

TO
THE
USA

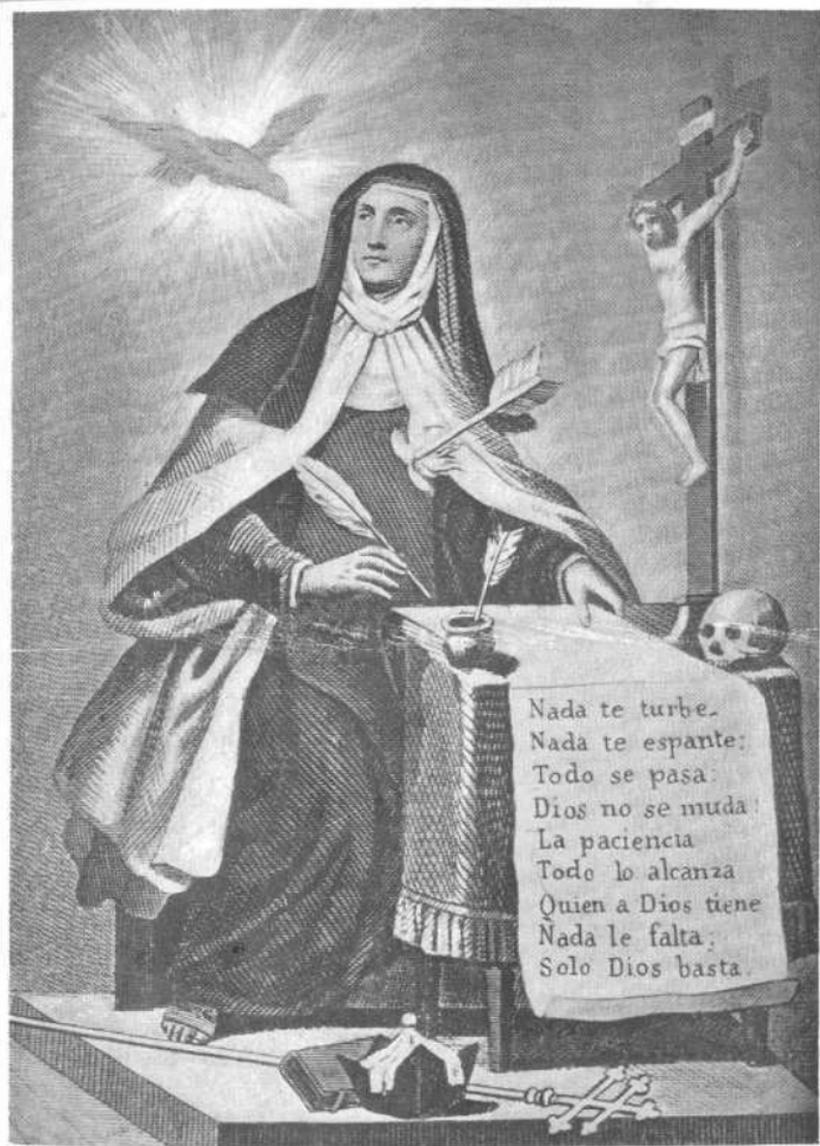
BY

BY

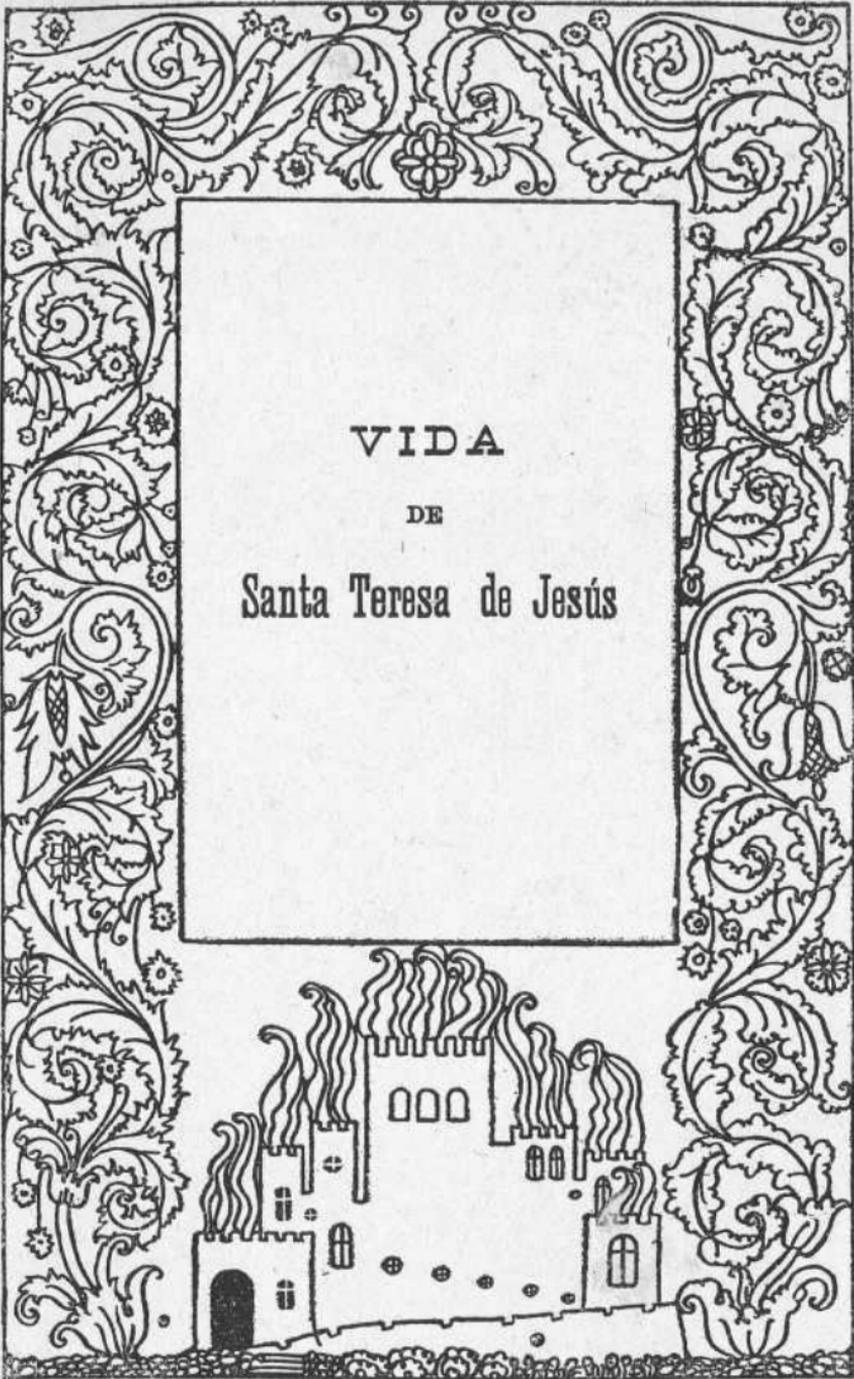
BY



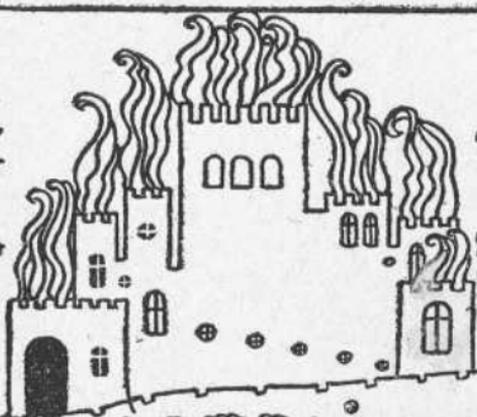
VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS



Nada te turbe.
Nada te espante;
Todo se pasa.
Dios no se muda.
La paciencia
Todo lo alcanza
Quien a Dios tiene
Nada le falta;
Solo Dios basta.



VIDA
DE
Santa Teresa de Jesús



PRINTED IN SPAIN

LIBRERIA RODRIGUEZ
RIBERA, 16-BILBAO



VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

FUNDADORA DE LA REFORMA DE LA ORDEN
DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(CON APROBACIÓN DEL ORDINARIO)

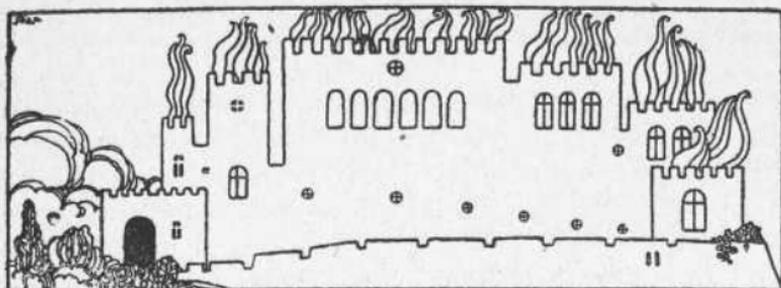
~~~~~  
TOMO PRIMERO  
~~~~~

CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 166.—Barcelona



DIBUJOS Y DIRECCION ARTISTICA: JUAN VILA



A LAS MADRES

PRIORA ANA DE JESÚS, Y RELIGIOSAS CARMELITAS
DESCALZAS DEL MONASTERIO DE MADRID

EL MAESTRO FRAY LUIS DE LEON

SALUD EN JESUCRISTO

Yo no conocí, ni vi a la santa madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, mas ahora que vive en el cielo la conozco, y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí que son sus hijas y sus libros, que a mi juicio son también testigos fieles, y mejores de toda excepción de la gran virtud; porque las figuras de su rostro, si las viera, mostraránme su cuerpo; y sus palabras, si las oyera, me declararar: algo de la virtud de su alma; y lo primero era común, y lo segundo sujeto a engaño, de que carecen estas dos cosas, en que la veo ahora: que como el Sabio dice, el hombre en sus hijos se conoce. Porque los frutos que cada uno deja de sí cuando falta, esos son el verdadero testigo de su vida, y por tal le tiene Cristo, cuando en el Evangelio, para diferenciar el malo del bueno, nos remite solamente a sus frutos. De sus frutos, dice, lo conoceréis.

Así que la virtud y la santidad de la santa madre Teresa, que viéndola a ella me pudiera ser dudosa e incierta, esta misma ahora no viéndola, y viendo sus libros y las obras de sus manos, que son sus hijas, tengo por cierto, y muy clara, porque por la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para Madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que en ellas Dios ahora hace, y por ellas. Que si es milagro lo que viene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es, que una mujer, y sola haya reducido a perfección una Orden en mujeres y hombres. Y otro la grande perfección a que los redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento a que ha venido en tan pocos años, y de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe San Pablo, luego se ve, que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa, que emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia y eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones, que trataba para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí, a todo lo que aborrece el sentido. En que (a lo que yo puedo juzgar) quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles, que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos de herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle, y para hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre, y sola que le desafiase, y levantase bandera contra él, y hiciese públicamente gente que le venza, huelle y acocee: y quiso sin duda para demostración de lo mucho que puede en esta edad, a dónde tantos millares de hombres, unos con sus

errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos, y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras. Y en esta vejez de la Iglesia tuvo por bien de mostrarnos, que no se envejece su gracia, ni es ahora menos la virtud de su espíritu, que fué en los primeros y felices tiempos de ella, pues con medios más flacos en linaje, que entonces, hace lo mismo, o casi lo mismo que entonces. Y no es menos clara, ni menos milagrosa la segunda imagen, que dije, que son las escrituras y libros, en los cuales, sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo, que la santa madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y calidad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así siempre que los leo me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece, que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo, sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son a mi parecer los que con más eficacia hacen. Uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro, encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno, es cosa maravillosa, ver cómo ponen a Dios delante de los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras, pega al alma fuego del

cielo, que le abrasa, y deshace. Y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime, ni precie, déjala, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y (si se puede decir así) tan ansiosa del bien, que vuela luego a él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera, que levantan llama por dondequiera que pasan. Así que tornando al principio, si no la vi mientras estuvo en la tierra, ahora la veo en sus libros e hijas. O por decirlo mejor, en vuestras reverencias solas la veo, ahora que son sus hijas de las más parecidas a sus costumbres, y son retrato vivo de sus escrituras y libros. Los cuales libros que salen a la luz, y el Consejo real me cometi6 que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos a ese santo convento, como de hecho lo hago, por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño. Porque no solamente he trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el Consejo mand6, sino también en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos días, y en reducirlos a su propia pureza en la misma manera que los dejó escritos de su mano la santa Madre, sin mudarlos, ni en palabras, ni en cosas de que se habían apartado mucho los traslados que andaban, o por descuido de los escribientes, o por atrevimiento y error. Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía a escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la santa Madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que

ingiere; mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura y es el lunar del refrán. Así que yo los he restituído a su primera pureza. Mas porque no hay cosa tan buena, en que la mala condición de los hombres no pueda levantar un achaque, será bien aquí (y hablando con vuestras reverencias) responder con brevedad a los pensamientos de algunos. Cuéntanse en estos libros revelaciones, y trátanse en ellos cosas interiores, que pasan en la oración, apartadas del sentido ordinario, y habrá por ventura quien diga en las revelaciones, que es caso dudoso, y que así no convenía que saliesen a la luz; y en lo que toca al trato interior del alma con Dios, que es negocio muy espiritual, y de pocos, y que ponerlo en público a todos, podrá ser ocasión de peligro. En que verdaderamente se engañan. Porque en lo primero de las revelaciones, así como es cierto que el demonio se transfigura algunas veces en ángel de luz, y burla y engaña las almas con apariencias fingidas; así también es cosa sin duda y de fe, que el Espíritu Santo habla con los suyos, y se les muestra por diferentes maneras, o para su provecho, o para el ajeno. Y como las revelaciones primeras no se han de escribir ni aprobar, porque son ilusiones; así estas segundas merecen ser sabidas y escritas. Que como el Angel dijo a Tobías: El secreto del rey bueno es esconderlo, mas las obras de Dios, cosa santa y debida es manifestarlas y descubrirlas. ¿Qué Santo hay que no haya tenido alguna revelación? ¿O qué vida de Santo se escribe, en que no se escriban las revelaciones que tuvo? Las historias de las Ordenes de los santos Domingo y Francisco, andan en las manos y en los ojos de todos, y casi no hay hoja en ellas sin revelación, o de los fundadores, o de sus discípulos. Habla Dios con sus amigos sin duda ninguna, y no les habla, para que nadie lo sepa, sino para que venga a juicio lo que les dice, que como es luz, ámala en

todas sus cosas; como busca la salud de los hombres, nunca hace estas mercedes especiales a uno, sino para aprovechar por medio de él a otros muchos. Mientras se dudó de la virtud de la santa madre Teresa, y mientras hubo gentes que pensaron al revés de lo que era, porque aún no se veía la manera en que Dios aprobaba sus obras, bien fué que estas Historias no saliesen a luz, ni anduviesen en público, para excusar la temeridad de los juicios de algunos; mas ahora después de su muerte, cuando las mismas cosas, y el suceso de ellas hacen certidumbre que es Dios, y cuando el milagro de la incorrupción de su cuerpo, y otros milagros que cada día hace, nos ponen fuera de toda duda su santidad, encubrir las mercedes que Dios le hizo viviendo, y no querer publicar los medios con que la perfeccionó para bien de tantas gentes, sería en cierta manera hacer injuria al Espíritu Santo, y obscurecer sus maravillas, y poner velo a su gloria. Y así ninguno qué bien juzgare, tendrá por bueno que estas revelaciones se encubran. Que lo que algunos dicen, ser inconveniente, que la santa Madre misma escriba sus revelaciones de sí, para lo que toca a ella, y a su humildad y modestia, no lo es, porque las escribió mandada y forzada, para lo que toca a nosotros y a nuestro crédito, antes es lo más conveniente. Porque de cualquiera otro que las escribiera, se pudiera tener duda, si se engañaba, o si quería engañar, lo que no se puede presumir de la santa Madre, que escribía lo que pasaba por ella: y era tan santa, que no trocará la verdad en cosas tan graves. Lo que yo de algunos temo es, que disgustan de semejantes escrituras, no por el engaño que puede haber en ellas, sino por el que ellos tienen en sí, que no les deja creer, que se humana Dios tanto con nadie, que no lo pensarían, si considerasen eso mismo qué creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, ¿qué dudan de que hable con el hombre? Y si creen que

fué crucificado, y azotado por ellos, ¿qué se espantan que se regale con ellos? ¿Es más aparecer a un siervo suyo, y hablarle, o hacerse él como siervo nuestro, y padecer muerte? Anímense los hombres a buscar a Dios por el camino que él nos enseña, que es la fe y la caridad, y la verdadera guarda de su ley, y consejos, que lo menos será hacerles semejantes mercedes. Así que los que no juzgan bien de estas revelaciones, si es porque no creen que las hay, viven en grandísimo error: y si es porque algunas de las que hay son engañosas, obligados están a juzgar bien de las que la conocida santidad de sus autores aprueba por verdaderas, cuales son las que se escriben aquí. Cuya historia no sólo no es peligrosa en esta materia de revelaciones, mas es provechosa, y necesaria para el conocimiento de las buenas en aquéllos que la tuvieren. Porque no cuenta desnudamente las que Dios comunicó a la santa madre Teresa, sino dice también las diligencias que ella hizo para examinarlas, muestra las señales que dejan de sí las verdaderas, y el juicio que debemos hacer de ellas, y si se ha de apetecer o rehusar el tenerlas. Porque lo primero, esa escritura nos enseña, que las que son de Dios, producen siempre en el alma muchas virtudes, así para el bien de quien las recibe, como para la salud de otros muchos. Y lo segundo nos avisa, que no habemos de gobernarnos por ellas, porque la regla de la vida es la doctrina de la Iglesia, y lo que tiene Dios revelado en sus libros, y lo que dicta la sana y verdadera razón. Lo otro nos dice, que no las apetezcamos, ni pensemos que está en ellas la perfección del espíritu, o que son señales ciertas de la gracia, porque el bien de las almas está propiamente en amar a Dios más, y en el padecer más por él, y en la mayor mortificación de los afectos, y mayor desnudez y desasimiento de nosotros mismos y de todas las cosas. Y lo mismo que nos enseña con las palabras aquesta escritura nos lo demuestra luego con

el ejemplo de la misma santa Madre, de quien nos cuenta el recelo con que anduvo siempre en todas sus revelaciones, y el examen que de ellas hizo, y cómo siempre se gobernó, no tanto por ellas, cuanto por lo que le mandaban sus prelados y confesores, con ser ellas tan notoriamente buenas, cuanto mostraron los efectos de reformation que en ella hicieron, y en toda su Orden. Así que las revelaciones que aquí se cuentan, ni son dudosas, ni abren puerta para las que son, antes descubren luz para conocer las que lo fueren; y son para aqueste conocimiento como la piedra de toque estos libros. Resta ahora decir algo a los que hallan peligro en ellos, por la delicadeza de lo que tratan, que dicen no es para todos, porque como hay tres maneras de gentes, unos que tratan de oración, otros que si quisiesen podrían tratar de ella, otros que no podrían por la condición de su estado: pregunto yo, ¿cuáles son los que de esto peligran? ¿Los espirituales? No, si no es daño saber uno eso mismo que hace y profesa. ¿Los que tienen disposición para serlo? Mucho menos, porque tienen aquí no sólo quien los guíe cuando lo fueren, sino quien los anime y encienda a que lo sean, que es un grandísimo bien. Pues los terceros ¿en qué tienen peligro? ¿En saber que es amoroso Dios con los hombres? ¿Que quien se desnuda de todo, le halla? ¿Los regalos que hace a las almas? ¿La diferencia de gustos que les da? ¿La manera como los apura y afira? ¿Qué hay aquí, que sabido no santifique a quien lo leyere? ¿Qué no críe en él admiración de Dios, y que no le encienda en su amor? Que si la consideración de estas obras exteriores que hace Dios en la oración y gobernación de las cosas, es escuela de común provecho para todos los hombres, el conocimiento de sus maravillas secretas ¿cómo puede ser dañoso a ninguno? Y cuando alguno, por su mala disposición, sacara daño, ¿era justo por eso cerrar la puerta a tanto provecho, y de tantos? No se publi-

que el Evangelio, porque en quien no lo recibe es ocasión de mayor perdición, como San Pablo decía. ¿Qué escrituras hay, aunque entren las sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error? En el juzgar de las cosas, débese entender a si ellas son buenas en sí, y convenientes para sus fines y no a lo que hará de ellas el mal uso de algunos: que si a esto se mira, ninguna hay tan santa, que no se pueda vedar. ¿Qué más santos que los Sacramentos? ¿Cuántos por el mal uso de ellos se hacen peores? El demonio como sagaz, y que vela en dañarnos, muda diferentes colores, y muéstrase en los entendimientos de algunos recatado y cuidadoso del bien de los prójimos, para, por excusar un daño particular, quitar de los ojos de todos lo que es bueno y provechoso en común. Bien sabe él que perderá más en los que se mejoraren, e hicieren espirituales perfectos, ayudados con la lección de estos libros, que ganará en la ignorancia, o malicia de cual, o cual que por su disposición se ofendiere. Y así, por no perder aquéllos, encarece, y pone delante los ojos el daño de aquestos, que él por otros mil caminos tiene dañados; aunque como decía, no sé ninguno tan mal dispuesto, que saque daño de saber que Dios es dulce con sus amigos, y de saber cuán dulce es, y de conocer por qué caminos se le llegan las almas a que se endereza toda aquesta escritura. Solamente me recelo de unos que quieren guiar por sí a todos, y que aprueban mal lo que no ordenan ellos, y que procuran no tenga autoridad lo que no es su juicio, a los cuales no quiero satisfacer, porque nace su error de su voluntad, y así no querrán ser satisfechos: mas quiero rogar a los demás, que no les den crédito, porque no lo merecen. Sola una cosa advertiré aquí, que es necesario se advierta, y es (1): Que la santa Madre, hablando de la oración

(1) Libro *Camino de Perfección*, cap. IV.

que llama de quietud y de otros grados más altos, y tratando de algunas particulares mercedes que Dios hace a las almas, en muchas partes de estos libros acostumbra a decir, que está el alma junto a Dios, y que ambos se entienden, y que están las almas ciertas que Dios les habla, y otras cosas de esta manera. En lo cual no ha de entender ninguno que pone certidumbre en la gracia y justicia de los que se ocupan en estos ejercicios, ni de otros ningunos, por santos que sean, de manera, que ellos estén ciertos de sí, que la tienen, si no son aquéllos a quien Dios lo revela. Que la santa Madre misma, que gozó de todo lo que en estos libros dice, y de mucho más que no dice, escribe en uno de ellos estas palabras de sí (1). Y lo que no se puede sufrir, Señor, es, no poder saber cierto si os amo, y son aceptos mis deseos delante de Vos. Y en otra parte. Mas ¡ay, Dios mío!, ¿cómo podré yo saber que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mía, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te deseará? Pues la ganancia que de ti se puede sacar, o esperar, que es contentar en todo a Dios, ¿está tan incierta y llena de peligros? Y en el libro de las Moradas (2), hablando de almas que han entrado en la séptima, que son las de mayor y más perfecto grado, dice de esta manera: De los pecados mortales que ellas entiendan estar libres, aunque no seguras, que ternan algunos que no entienden, que no les será pequeño tormento. Sólo quiere decir lo que es la verdad, que las almas en estos ejercicios sienten a Dios presente para los efectos que en ellas entonces hace, que son deleitarlas, y alumbrarlas, dándoles avisos y gustos; que aunque son grandes mercedes de Dios, y que muchas veces, o andan con la gracia que justifica, o encaminan a ella, pero no por eso son aquella mis-

(1) Exclam. I.

(2) *Moradas*, 7, cap. último.

ma gracia, ni nacen, ni se juntan siempre con ella. Como en la profecía se ve, que la puede haber en el que está en mal estado, el cual entonces está cierto de que Dios le habla, y no se sabe si le justifica: y de hecho no le justifica Dios entonces, aunque le habla y enseña. Y esto se ha de advertir, cuanto a toda la doctrina común, que en lo que toca particularmente a la santa Madre, posible es que después que escribió las palabras que ahora yo refería, tuviese alguna propia revelación y certificación de su gracia. Lo cual así como no es bien que se afirme por cierto, así no es justo que con pertinacia se niegue; porque fueron muy grandes los dones que Dios en ella puso, y las mercedes que le hizo en sus años postreros, a que aluden algunas cosas de las que en estos libros escribe. Mas dé lo que en ella por ventura pasó por merced singular, nadie ha de hacer regla en común. Hoy con este advertimiento queda libre de tropiezo toda aquesta escritura. Que según yo juzgo y espero, será tan provechosa a las almas, cuanto en las de vuestras reverencias, que se criaron y se mantienen con ella se ve. A quien suplico se acuerden siempre en sus santas oraciones de mí. En San Felipe de Madrid, a 15 de septiembre de 1587.





COPIA DEL VERDADERO RETRATO DE SANTA TERESA DE JESUS, A LOS 61 AÑOS, ORIGINAL DEL V. FR. JUAN DE LA MISERIA, QUE SE CUSTODIA EN EL CONVENTO DE RELIGIOSAS CARMELITAS DESCALZAS, DENOMINADO DE SAN JOSE DEL CARMEN, DE LA CIUDAD DE SEVILLA, REPRODUCIDA DEL GRABADO AL AGUA FUERTE HECHO POR A. A. MORGADO

Jr

Este tratado llamado
de los mil y noventa
y tres años de la vida
de nuestro
señor del carme
de sus hermanos y las
de los monjes carmelitas
de calcas



LA VIDA

DE LA SANTA MADRE

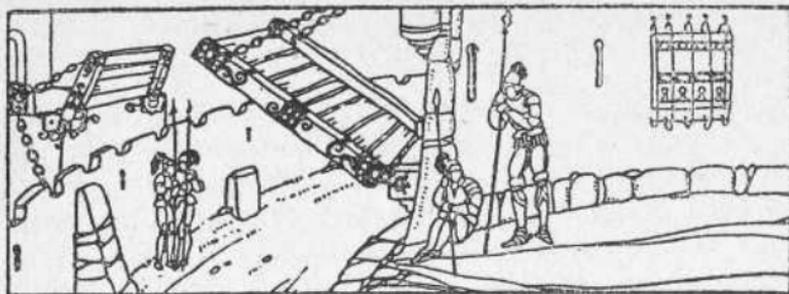
TERESA DE JESUS,

Y ALGUNAS DE LAS MERCEDES QUE DIOS LE HIZO;
ESCRITAS POR ELLA MISMA, POR MANDADO DE SU
CONFESOR, A QUIEN LO ENVÍA Y DIRIGE, Y DICE ANSÍ:

Quisiera yo, que como me han mandado y dado larga licencia, para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran, para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Diérame gran consuelo; mas no han querido, antes atádome mucho en este caso: y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado Santo, de los que se tornaron a Dios, con quien me consolar. Porque considero, que después que el Señor los llamaba, no le tornaban a ofender: yo no sólo tornaba a ser peor, sino que parece traía estudio a resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se veía obligar a ser-

vir más, y entendía de sí, no podía pagar lo menos de lo que debía. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó. A quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación, que mis confesores me mandan (y aun el Señor, sé yo, lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido), y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de aquí adelante conociéndome ellos mejor, ayuden a mi flaqueza, para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, a quien siempre alaben todas las cosas. Amén.





CAPITULO PRIMERO

EN QUE TRATA CÓMO COMENZÓ EL SEÑOR A DESPERTAR
ESTA ALMA EN SU NIÑEZ A COSAS VIRTUOSAS; LA
AYUDA QUE ES PARA ESTO SERLO LOS PADRES.

1. El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance; para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme de edad (a mi parecer) de seis o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad: y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos: decía, que de que no era libre, no lo podía

sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió, que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasó el tiempo que vivió: murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos: todos parecieron a sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, sino fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón: porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

2. Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor, y ellos a mí; juntábamonos entrambos a leer vidas de Santos: como veía los martirios, que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamnos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres, nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena y gloria era para siempre. Acaecíamnos estar muchos ratos tratando de esto: y gustábamnos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor

servido, me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que vi que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver, cómo me daba Dios tan presto, lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

3. Acuérdome, que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos: como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fúme a una imagen de nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana, en cuanto me he encomendado a ella, y en fin, me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh, Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plegue a vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho; ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada, a donde tan continuo habíades de morar?

Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a Vos nada por hacer; para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo: porque no vía en ellos sino

todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas) cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderle, como ahora diré.





CAPITULO II

TRATA CÓMO FUÉ PERDIENDO ESTAS VIRTUDES, Y LO QUE
IMPORTA EN LA NIÑEZ TRATAR CON PERSONAS VIR-
TUOSAS.

1. Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces, cuán mal lo hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamonos para leer en ellos: y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos, y fué causa que comenzase a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche

en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían a mí no eran ningún pecado muchos años: ahora veo cuán malo debía ser.

Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado y pluguiera a Dios que lo fuera destes también, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar a criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo; sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo: andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fué, mostrarse el alma a lo que fué causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor, que a lo mejor.

2. Así me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo, me aficioné

a tratar: con ella era mi conversación y pláticas; porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece había dejado a Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona dél, que a esto me hiciese rendir.

Ansí tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecía a mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer ésta vanamente, tenía extremo; los medios que eran menester para guardarla, no ponía ninguno; sólo para no perderme del todo, tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor del mal que hace: quería escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguna señal: y me parece me imprimía sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía: y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera to-

mando fuerzas el alma para no caer. Después quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía, me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella, y contra Dios.

3. Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, para que todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como a mí la afición. Y, pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad, que del todo no me perdiese: aunque no pudo ser tan secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra, y sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, a donde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo; porque aguardaron a coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo.

Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo, a quien todo lo ve. ¡Oh, Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que ha de

haber cosa secreta, que sea contra Vos! Tengo por cierto, que se excusarían grandes males, si entendiésemos, que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros a Vos.

4. Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad: traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adondequiera que estuviese, y así era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábanme de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, y religión y recatamiento.

Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse a acostumar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando, y remirando por dónde me podía tornar a sí. Bendito seáis Vos, Señor, que tanto me habéis sufrido. Amén. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas; y es, que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien, e informada de con quien me confesaba y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios. Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz, como ahora diré.



CAPITULO III

EN QUE TRATA CÓMO FUE PARTE LA BUENA COMPAÑIA PARA TORNAR A DESPERTAR SUS DESEOS; Y POR QUE MANERA COMENZÓ EL SEÑOR A DARLE ALGUNÁ LUZ DEL ENGAÑO QUE HABÍA TRAIIDO.

1. Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación desta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto a mi parecer en ningún tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja, por sólo leer lo que dice el Evangelio: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala, y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima: y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, o otras virtudes, habíala mucha envidia; porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada: comencé a rezar muchas oraciones vocales,

y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme. Al cabo deste tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que después entendí tenían, que me parecían extremos demasiados; y había algunas de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechara. También tenía yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino a donde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba a mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces, y luego se quitaban, y no podía persuadirme a serlo.

2. En este tiempo aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana, que residía en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y a su querer no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo a quien también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía, y fué fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga dellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a

mí me hiciese pesar, tanto que en otras fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh, válame Dios, por qué términos me andaba su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que sin quererlo yo me forzó a que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amén. Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas, como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de qué no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle.

3. En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí mesma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja, no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno, que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo; que este era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movía un temor servil, que amor. Poníame el demonio, que no podría sufrir los trabajos de la Religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por él; que él me ayudaría a llevarlos. Debía pensar (que esto postrero no me acuerdo) pasé hartas tentaciones estos días. Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Díome la vida haber quedado ya amiga de buenos libros: leía en las epístolas de San Hierónimo, que me animaban de suerte, que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna

manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fué, que después de sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía a mí y a mi flaqueza no tornase atrás, y así no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré.





CAPITULO IV

DICE CÓMO LA AYUDÓ EL SEÑOR PARA FORZARSE A SÍ MISMA PARA TOMAR HÁBITO, Y LAS MUCHAS ENFERMEDADES QUE SU MAJESTAD LA COMENZÓ A DAR.

1. En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entre ambos de irnos un día muy de mañana al monasterio a donde estaba aquella mi amiga, que era a lo que yo tenía mucha afición: puesto que ya en esta postrera determinación yo estaba de suerte, que a cualquiera que pensara servir más a Dios, o mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía dél. Acuérdaseme a todo mi parecer, y con verdad que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios, que quitase el amor del padre y parientes era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender, como favorece a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió

un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión; y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala: y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por dónde venía. Cuando desto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pudiese por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudó al principio a determinarme a hacerlo (que siendo sólo por Dios, hasta comenzarlo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio, y más sabroso se hace después) aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vías, que sólo quien goza dello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho en muchas cosas harto graves; y así jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por sólo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo, sea bendito por siempre. Amén.

2. Bastara, oh sumo Bien y descanso mío, las mercedes que me habíades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza a estado tan seguro, y a casa donde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión, y la gran determinación y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos: esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre, y quebrármeme el corazón, y no era mucho sentimiento para lo que después os ofendí.

Paréceme ahora, que tenía razón de no querer tan

gran dignidad, pues tan mal había de usar della: mas Vos, Señor mío, quisiste casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado, porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido; aunque entonces no era esa mi intención: mas veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién Vos sois, Esposo mío, y quién soy yo. Que es verdad cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas el contento que me da, que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que tanto he obscurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzaste a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzaste a mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia.

La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos, y dióme un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto a quien lo veía, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí a Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar a donde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron haría la mía. Fué conmigo esta amiga, que he dicho que tenía en casa, que era antigua. En la casa que era monja, no se prometía clausura.

Estuve casi un año por allá, y los tres meses dél

padeciendo tan grandísimo tormento en las curas, que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fui en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho que estaba en el aldea, esperando el mes de abril, porque estaba cerca, y no andar yendo y viniendo. Cuando iba me dió aquel tío mío (que tengo dicho que estaba en el camino) un libro, llámase tercer abecedario, que trata de enseñar oración de recogimiento; y puesto que este primer año había leído buenos libros, que no quise más usar de otros, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en oración, ni cómo recogerme, y así holguéme mucho con él, y determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas: y como ya el Señor me había dado dón de lágrimas, y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad, y a confesarme a menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro, porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué en veinte años después desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara a salir de las ocasiones que tuve para ofender a Dios.

3. Comenzóme su Majestad a hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender a Dios, como el libro me decía, mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda, tenía la de no hacer pecado mortal, y pluguiera a Dios la tuviera siempre: de los veniales hacía poco caso, y esto fué lo que me destruyó) comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a unión, aunque yo no

entendía qué era lo uno, ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía el mundo debajo de los pies, y así me acuerdo que había lástima a los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo nuestro bien y Señor dentro de mí presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación: porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aun para pensar y representar en mí, como lo procuraba traer la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta vía de no poder obrar con el entendimiento, llegan más presto a la contemplación, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupación de la voluntad, y el haber en que se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo y ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposición les conviene más pureza de conciencia, que a las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurre en lo que es mundo, y en lo que debe a Dios: y en lo mucho que sufrió, y en lo poco que le sirve, y lo que da a quien le ama, saca doctrina, para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros; pero quien no se puede aprovechar desto, tiénele mayor, y conviéndole ocuparse mucho en lección, pues de su parte no puede sacar ninguna.

Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña, aprieta en que sin lección (que ayuda mucho para recoger a quien desta manera procede, y le es necesario, aunque sea poco

lo que lea, sino en lugar de la oración mental que no puede tener) digo, que sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oración, que será imposible durar mucho en ella, y le hará daño a la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

4. Ahora me parece que proveyó el Señor, que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo y estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos éstos, si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro, que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía, o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario; mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma, y los pensamientos perdidos, con esto los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más; otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. Parecíame a mí en este principio que digo, que teniendo yo libros, y como tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien; y creo con el favor de Dios fuera así, si tuviera maestro, o persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios, y me hiciera salir dellas, si entrara con brevedad. Y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente a pecar. Mas fué tan sutil, y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los días que serví a Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como su Majestad me dió. Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran mag-

nificencia y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida ningún deseo bueno: por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando, y dando valor, y los males y pecados luego los escondía.

Aun en los ojos de quien los ha visto permite su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud que el mesmo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga. Quiero tornar a lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se había conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mío, para saber encarecer lo que en este caso le debo, y mi gran ingratitud y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido. Amén.





CAPITULO V

PROSIGUE EN LAS GRANDES ENFERMEDADES QUE TUVO, Y LA PACIENCIA QUE EL SEÑOR LE DIÓ EN ELLAS, Y CÓMO SACA DE LOS MALES BIENES, SEGÚN SE VERÁ EN UNA COSA QUE LE ACAECIÓ EN ESTE LUGAR QUE SE FUÉ A CURAR.

1. Olvidéme decir, cómo en el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces, yo lo llevaba con harta pena e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad, y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decían. Era aficionada a todas las cosas de religión, mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada: era curiosa en cuanto hacía: todo me parecía virtud: aunque esto no me será disculpa: porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfección: yo como ruin íbame a lo que veía falto, y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habían hecho de opila-

ciones, por donde echaba lo que comía: murió presto dello. Yo veía a todas temer aquel mal: a mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía a Dios, que dándomela así a mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba a ganarlos. Y espántome, porque aun no tenía a mí parecer amor de Dios, como después que comencé a tener oración me parecía a mí le he tenido, sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. También me oyó en esto su Majestad, que antes de dos años estaba tal, que aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

2. Venido el tiempo que estaba aguardando en el lugar que digo, que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con harto cuidado de mi regalo mi padre y hermana, y aquella monja mi amiga que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma, aunque Dios sacó dello harto bien. Estaba una persona de la Iglesia, que residía en aquel lugar a donde me fuí a curar, de harto buena calidad y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas. Yo comencéme a confesar con él, que siempre fuí amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados; porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia, que es mejor siendo virtuosos y de santas costumbres no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar a quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó: estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más: yo pensaba que sí, y que no era obligada a más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían, y de más libertad, que si fuera apretada,

yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial, decíanme que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí, para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas, para que yo me guardara dellas.

Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen, y me engañasen a mí: yo engañé a otras hartas con decirles lo mesmo que a mí me habían dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diecisiete años, hasta que un Padre dominico, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré. Pues, comenzándome a confesar con éste que digo, él se aficionó en extremo a mí, porque entonces tenía poco que confesar, para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fué la afición deste mala, mas de demasiada afición venía a no ser buena. Tenía entendido de mí, que no me determinaría a hacer cosa contra Dios que fuese grave por ningnua cosa, y él también me aseguraba lo mesmo, y así era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba, era tratar cosas dél; y como era tan niña, haciale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición: y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afición y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley a quien me quería. Maldita sea tal ley que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desati-

na; que debemos todo el bien que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad de mundo! Fuérades Vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra Vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Precuré saber, e informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre que le había rogado le trajese por amor della al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podersele quitar.

Yo no creo, es verdad, esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo vi, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza a Dios (que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad) que ninguna cosa dellas pueden confiar; y que a trueco de llevar adelante su voluntad, y aquella afición que el demonio las pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues, como supe esto, comencé a mostrarle más amor: mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debía aprovecharle, aunque más creo le hacía al caso el quererme mucho; porque por hacerme placer, me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en el río.

Quitado esto comenzó como quien despierta de un gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy de-

voto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le vi, murió. Ya había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad: mas también hubo ocasiones para que si no se tuviera muy delante a Dios, hubiera ofensas tuyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces. Y paréceme que le ayudaba a tenerme amor ver esto en mí: que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas a virtud; y aun para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí, según después diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación. Murió muy bien, y muy quitado de aquella ocasión: parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

3. Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedía mi complexión: a los dos meses a poder de medicinas me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazón, de que me fuí a curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían dél, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, sino era bebida, de gran hastío, calentura muy continua y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día) estaba tan abrasada, que se me comenzaron a encoger los nervios; con dolores tan incomportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener, y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó a traer mi padre, a donde tornaron a verme médicos: todos me desahuciaron, que decían sobre todo este mal estaba hética. Desto se me daba a mí poco, los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los pies hasta la cabeza;

porque de nervios son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaría más de tres meses que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dió, que se veía claro venir dél. Mucho me aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job en los Morales de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado a tener oración, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad.

Todas mis pláticas eran con él. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo.

4. Vino la fiesta de Nuestra Señora de agosto, que hasta entonces desde abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di priesa a confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme a menudo. Pensaron que era miedo de morirme; y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan avisado, que lo era harto, que no fué ignorancia, me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parasismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco menos: en esto me dieron el sacramento de la Unción, y cada hora o momento pensaban expiraba, y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos.

La pena de mi padre era grande, de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones a Dios muchas: bendito sea él que quiso oírlas, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nues-

tros frailes fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí; luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, mas a mi parecer, que no eran con el sentimiento y pena de sólo haber ofendido a Dios, que bastara para salvarme, si el engaño que traía de los que me habían dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto después lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran incomportables con que quedé, el sentido poco, aunque la confesión entera, a mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido a Dios; que esta merced me hizo su Majestad entre otras, que nunca después que comencé a comulgar dejé cosa por confesar, que yo pensase era pecado aunque fuese venial, que le dejase de confesar: mas sin duda me parece que lo iba harto mi salvación, si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra y por muchas ser yo tan ruin. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí, y viendo cómo parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien, o ánima mía, que miraras del peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado tan peligroso. Creo, no añadido muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermosos van. Por amor de Dios le pido, de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios, y lo que sufre a una alma. Sea bendito para siempre: plegue a su Majestad, que antes me consuma, que le deje yo más de querer.



CAPITULO VI

TRATA DE LO MUCHO QUE DEBIÓ AL SEÑOR EN DARLE CONFORMIDAD CON TAN GRANDES TRABAJOS; Y CÓMO TOMÓ POR MEDIANERO Y ABOGADO AL GLORIOSO SAN JOSEF, Y LO MUCHO QUE LE APROVECHÓ.

1. Quedé destos cuatro días de parasismo de manera, que sólo el Señor puede saber los incompotables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida: la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Todo me parecía estaba descoyuntada, con gradísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí, no había cómo; porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo, y otra de otro, me meneaban: esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía, que si no llegaban a mí, los dolores me cesaban muchas veces; y a cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor me había de faltar la paciencia: y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continuos dolores,

aunque a los recios fríos de cuartanas dobles, con que quedé recísimas, los tenía incomfortables; el hastío muy grande. Di luego tan gran priesa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle.

El extremo de flaqueza no se puede decir, que solos los huesos tenía: ya digo, que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios, con gran alegría porque todo se me hacía no nada, comparado con los dolores y tormentos del principio: estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Parece me era toda mi ansia de sanar, por estar a solas en oración, como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy a menudo: trataba mucho de Dios, de manera que edificaba a todas, y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque a no venir de mano de su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.

2. Gran cosa fué haberme hecho la merced en la oración que me había hecho; que ésta me hacía entender qué cosa era amarle; porque de aquel tiempo, vi nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron a sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda murmuración, porque traía muy delante cómo no había de querer, ni decir de otra persona, lo que no quería dijese de mí: tomaba esto en harto extremo, para las ocasiones que había, aunque no tan perfectamente, que algunas veces, cuando me las daban grandes, en algo no quebrase; mas lo continuo era esto: y así a las que estaban conmigo y me trataban persuadía tanto a esto, que se quedaron

en costumbre. Vínose a entender que donde yo estaba tenían seguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenía amistad y deudo, y enseñaba, aunque en otras cosas tengo bien que dar cuenta a Dios del mal ejemplo que les daba: plegue a su Majestad me perdone, que de muchos males fuí causa, aunque no con tan dañada intención, como después sucedía la obra. Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios; que si yo hallara con quién, más contento y recreación me daba, que toda la pulicía o grosería (por mejor decir) de la conversación del mundo; comulgar y confesar muy más a menudo, y desearlo: amiguísima de leer buenos libros: un grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido a Dios, que muchas veces me acuerdo que no osaba tener oración; porque temía la grandísima pena que había de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo.

Esto me fué creciendo después en tanto extremo, que no sé yo a qué comparar este tormento. Y no era poco, ni mucho por temor jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oración, y lo mucho que le debía, y veía cuán mal se lo pagaba, no lo podía sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas que por la culpa lloraba, cuando veía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones ni fatiga en que me veía para no tornar a caer, en poniéndome en la ocasión: parecíanme lágrimas engañosas, y parecíame ser después mayor la culpa, porque veía la gran merced que me hacía el Señor en dárme las, y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme con brevedad, y a mi parecer hacía de mi parte lo que podía para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones, y en los confesores que me ayudaban poco; que a) decirme en el peligro que andaba, y que tenía obligación a no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna vía sufriera andar

en pecado mortal sólo un día, si yo lo entendiera.

Todas estas señales de temer a Dios me vinieron con la oración, y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia cuanto a pecados mortales. ¡Oh váleme Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fué causa de todo mi daño! Pues como me vi tan tullida, y en tan poca edad, y cual me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces que si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así; mas todavía pensaba que serviría mucho más a Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

3. Comencé a hacer devociones de misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir, y a ellas les hacía devoción: después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas: y tomé por abogado y señor al glorioso San Josef, y encomendéme mucho a él: vi claro, que así desta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer.

Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que a otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía

nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad.

Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas: para el mal, y curiosidad, y vanidad tenía gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos deste glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Páreceme ha algunos años, que cada año en su día, le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien, que es encomendarse a este glorioso Patriarca, y tenerle devoción, en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San Josef por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe ora-

ción, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plegue al Señor no haya yo errado en atreverme a hablar en él, porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle, siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo como quien soy en usar mal desta merced.

4. ¿Quién dijera, que había tan presto de caer, después de tantos regalos de Dios, después de haber comenzado su Majestad a darme virtudes que ellas mismas me despertaban a servirle; después de haberme visto casi muerta, y en tan gran peligro de ir condenada; después de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva? ¡Qué es esto, Señor mío, en tan peligrosa vida hemos de vivir!, que escribiendo esto estoy, y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia, podría decir lo que San Pablo, aunque no con esa perfección: Que no vivo yo ya, sino que Vos, Criador mío, vivís en mí, según ha algunos años, que a lo que puedo entender, me tenéis de vuestra mano, y me veo con deseos y determinaciones (y en alguna manera probado por experiencia en estos años en muchas cosas) de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque debo hacer hartas ofensas a vuestra Majestad sin entenderlo: y también me parece, que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor, que con gran determinación me deje de poner a ella, y en algunas me habéis Vos ayudado para que salga con ellas; y no quiero mundo ni cosa dél, ni me parece me da contento cosa que no salga de Vos, y lo demás me parece pesada cruz.

Bien me puedo engañar, y así será, que no tengo esto que he dicho; más bien veis Vos, mi Señor, que a lo que puedo entender no miento, y estoy temiendo, y con mucha razón, si me habéis de tornar a dejar; porque ya sé a lo que llega mi fortaleza y poca vir-

tud, en no me la estando Vos dando siempre, y ayudando para que no os deje; y plegue a vuestra Majestad que aun ahora no esté dejada de Vos, pareciéndome todo esto a mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Parecíame a mí, Señor mío, ya imposible dejaros tan del todo a Vos, y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo a Vos, no me dejastes Vos a mí tan del todo, que no me tornase a levantar, con darme Vos siempre la mano; muchas veces, Señor, no la quería, ni quería entender, como muchas veces me llamábades de nuevo, como ahora diré.





CAPITULO VII

TRATA POR LOS TÉRMINOS QUE FUE PERDIENDO LAS MERCEDES QUE EL SEÑOR LE HABÍA HECHO, Y CUÁN PERDIDA VIDA COMENZÓ A TENER: DICE LOS DAÑOS QUE HAY EN NO SER MUY ENCERRADOS LOS MONASTERIOS DE MONJAS.

1. Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme a llegar a Dios; y ayúdome a esto, que como crecieron los pecados, comencéme a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Veía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto a mí, por faltaros yo a Vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé a temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar como los muchos, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada y vocalmente, que no tener oración mental y tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente; porque en lo exterior tenía buenas apariencias: y así no es de culpa a la casa a donde es-

taba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristianidad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, gloria a Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (que yo entienda) que en viniéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás: por ventura si Dios permitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, también cayera; mas su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito: antes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinión, como yo sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin, venía de que como me veían tan moza y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces a soledad a rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su Imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, no decir mal, y otras cosas desta suerte que tenían apariencia de virtud; y yo que de vana me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta y más libertad que a las muy antiguas, y tenían gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros o paredes, o de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar desta suerte, ni lo hice porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame a mí (que con advertencia y de propósito miraba muchas cosas), que poner la honra de tantas en aventura por ser yo ruin siendo ellas buenas, que era muy mal hecho, como si fuera bien otras cosas que hacía. A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera aunque era mucho.

2. Por esto me parece a mí, me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad porque no debían más, que no se prometía clausura;

para mí que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno si con tantos remedios y medios el Señor con muy particulares mercedes tuyas no me hubiera sacado deste peligro, y así me parece lo es grandísimo monasterio de mujeres con libertad; y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras y con mucha perfección al Señor que no puede su Majestad dejar (según es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda Religión sino de otros que yo sé y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos; y no una vez sino muchas para que se salven, según están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido a lo que están obligadas, que plegue a Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar a poner sus hijas a donde vayan camino de salvación sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca a su honra; y quieran más casarlas muy bajamente que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas; y plegue a Dios aproveche o se las tengan en su casa; porque si quieren ser ruines no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; y no sólo dañan a sí sino a todas; y a las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan: y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van a servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos que ni saben cómo se valer ni remediar; que la mocedad y sensualidad

y demonio las convida e inclina a seguir algunas cosas que son del mismo mundo.

Ve allí que lo tienen por bueno a manera de decir. Parece como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar y hacer entender que es bueno aquello que siguen y que lo creen así sin creerlo; porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo. ¡Oh grandísimo mal! Grandísimo mal de religiosos (no digo ahora más mujeres que hombres) a donde no se guarda religión: a donde en un monasterio hay dos caminos de virtud y religión, y falta de religión, y todos casi se andan por igual: antes mal dije, no por igual que por nuestros pecados caminase más el más imperfecto, y como hay más de él es más favorecido. Usase tan poco el de la verdadera Religión, que más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de veras a seguir del todo su llamamiento a los mismos de su casa que a todos los demonios. Y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea de tener con Dios, que en otras amistades y voluntades que el demonio ordena en los monasterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia; pues los que habían de ser los dechados para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor, que el espíritu de los Santos pasados dejaron en las religiones. Plegue a la divina Majestad ponga remedio en ello como ve que es menester. Amén.

3. Pues comenzando yo a tratar estas conversaciones, no me pareciendo como veía que se usaban, que había de venir a mi alma el daño y distraimiento, que después entendí eran semejantes tratos, parecióme que cosa tan general como es éste visitar en muchos monasterios, que no me haría a mí más mal que a las otras, que yo veía eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fué peligro, y en otras no le sería tanto; que alguno dudo yo lo deje de haber, aunque no sea sino tiempo malgastado. Es-

tando con una persona, bien al principio del conocerla, quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme, y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello le pesaba: vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de veinte y seis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no quería ver más a con quien estaba.

Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, sino era con los ojos del cuerpo; y el demonio que me ayudó a que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible y que se me había antojado, y que podía ser el demonio y otras cosas desta suerte; puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; mas como no era mi gusto, yo me hacía a mí mesma desmentir; y yo como no lo sé tratar con nadie, y tornó después a haber gran importunación, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra antes que la ganaba, torné la misma conversación y aun en otros tiempos a otras; porque fué muchos años los que tomaba esta recreación pestilencial que no me parecía a mí, como estaba en ello tan malo como era, aunque a veces claro veía no era bueno; mas ninguna me hizo el distraimiento que ésta que digo, porque la tuve mucha afición.

4. Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros, y otras personas que estaban allí también lo vieron, una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar; de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido; y la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto

cuidado y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó a mí!

5. Tenía allí una monja que era mi parienta, antigua y gran sierva de Dios y de mucha religión, ésta también me avisaba algunas veces; y no sólo no la creía, más disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto, para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tan gran ingratitud; y también porque si el Señor ordenare, y fuere servido en algún tiempo lea esto alguna monja, escarmiente en mí; y les pido yo por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plegue a su Majestad se desengañe alguna por mí de cuantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar, y por el mal ejemplo que las di (como he dicho) fui causa de hartos males, no pensando hacía tanto mal.

6. Estando yo mala en aquellos primeros días antes que supiese valerme a mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar a los otros: tentación muy ordinaria de los que comienzan, aunque a mí me sucedió bien. Como quería tanto a mi padre, deseábale con el bien, que me parecía tenía con tener oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que tener oración, y así por rodeo como pude, comencé a procurar con él la tuviese. Dile libros para este propósito: como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse también en él este ejercicio, que en cinco o seis años (me parece sería) estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuve de muchas maneras; todos los pasaba con grandísima conformidaad. Iba muchas veces a verme que se consolaba en tratar cosas de Dios.

Ya después que yo andaba tan distraída, y sin tener oración, como veía pensaba que era la que solía,

no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año y más sin tener oración pareciéndome más humildad; y ésta como después diré, fué la mayor atención que tuve, que por ella me iba a acabar de perder, que con la oración un día ofendía a Dios y tornaba otros a recogerme y apartarme más de la ocasión. Como el bendito hombre venía con esto, hacíase me recio verle tan engañado en que pensase trataba con Dios como solía, y díjele: que ya yo no tenía oración, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grande, siempre hasta hora las he tenido y tengo bien grandes; aunque de poco acá, no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras.

7. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de mediodía me acaecía no poder desayunarme; algunas veces más tarde: después acá que frecuento más a menudo las comuniones, es a la noche antes que me acueste con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas y otras cosas; porque si lo dejo es mucho el mal que siento; y casi nunca estoy a mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón; aunque el mal que me tomaba muy continuo es muy de tarde en tarde: perlesía recia y otras enfermedades de calenturas que solía tener muchas veces, me hallo buena ocho años ha. Destos males se me da ya tan poco que muchas veces me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó que era esta la causa, como él no decía mentira, y ya conforme a lo que yo trataba con él no la había yo de decir. Díjele, porque mejor lo creyese, que bien veía yo que para esto no había disculpa, que harto hacía en poder servir el coro.

Aunque tampoco era causa bastante para dejar cosa que no son menester fuerzas corporales para ella, sino sólo amor y costumbre; que el Señor da siempre oportunidad si queremos. Digo siempre, que aunque

con ocasiones y enfermedad, algunos ratos impida para muchos ratos de soledad, no deja de haber otros que hay salud para esto, y en la misma enfermedad y ocasiones, es la verdadera oración cuando es alma que ama en ofrecer aquello, y acordarse por quien lo pasa, y conformarse con ello y mil cosas que se ofrecen: aquí ejercita el amor que no es por fuerza que ha de haberla, cuando hay tiempo de soledad y lo demás no ser oración. Con un poquito de cuidado grandes bienes se hallan en el tiempo, que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la oración; y así lo había yo hallado cuando tenía buena conciencia. Mas él con la opinión que tenía de mí y el amor que me tenía, todo me lo creyó; antes me hubo lástima: mas como él estaba ya en tan subido estado, no estaba después tanto conmigo; sino como me había visto, íbase, que decía era tiempo perdido: como yo le gastaba en otras vanidades dábame poco.

No fué sólo a él sino a otras algunas personas las que procuré tuviesen oración. Aun andando yo en estas vanidades como las veía amigas de rezar, las decía como tenían meditación, y les aprovechaba y dábales libros; porque este deseo de que otras sirviesen a Dios, desde que comencé oración, como he dicho, le tenía. Parecíame a mí que ya que yo no servía al Señor como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado su Majestad a entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder a mí y procuraba ganar a otros.

8. En este tiempo dió a mi padre la enfermedad de que murió que duró algunos días. Fué yo a curar estando más enferma en el alma que en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera, que a cuanto entendía estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera.

Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví

algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un sér me le hacía: tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió y la gana que tenía de morirse, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extremaunción, el encargarnos le encomendásemos a Dios y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera.

Tengo por muy cierto que quince días antes le dió el Señor a entender no había de vivir; porque antes destos aunque estaba malo no lo pensaba. Después con tener mucha mejoría y decirlo los médicos, ningún caso hacía dellos sino entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas que jamás se le quitaba: algunas veces le apretaba tanto que le congojaba mucho. Díjele yo, que pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz a cuestras, que pensase su Majestad le quería dar a sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor.

Consolóse tanto que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero que nos espantábamos, y le tuvo hasta que a la mitad del Credo diciéndole él mesmo expiró. Quedó como un Angel; y así me parecía a mí lo era él, a manera de decir, en alma y disposición que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, sino es para culpar más mis ruindades después de haber visto tal muerte y entender tal vida, que por parecerme en algo a tal

padre la había yo de mejorar. Decía su confesor, que era dominico muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba y loaba su limpieza de conciencia.

9. Este Padre dominico, que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho porque me confesé con él, y tomó hacer bien a mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Hacíame comulgar de quince en quince días, y poco a poco comenzándole a tratar tratéle de mi oración. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios. Teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios tan enemigos uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos, y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo porque no andaba el espíritu señor sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años que ahora me espanto; que sujeto, bastó a sufrir que no dejase lo uno u lo otro; bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.

10. ¡Oh váleme Dios! ¡Si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo a meter en ellas y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! Yo a hacer obra para descubrir lo que era, y el Señor en cubrir los males, y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande en los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho; porque aunque algunas veces se traslucían mis vanidades, co-

mo veían otras cosas que les parecían buenas no lo creían; y era que había ya visto el Sabidor de todas las cosas que era menester así, para, que en las que después he hablado de su servicio me diesen algún crédito: y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

11. ¡Oh Señor de mi alma! ¿Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes? ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio, que para mí podía ser como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien que estuviese desatinada, tornando a la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad.

Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos; que una dellas me parece cierto me deshacía y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco según ellos eran muchos: mas verme recibir de nuevo mercedes pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible; y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento o amor de Dios; y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en víspera de tornar a caer: aunque mis determinaciones y deseos entonces por aquel rato digo estaban firmes. Gran mal es una alma sola entre tantos peligros; paréceme a mí

que si yo tuviera con quién tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios.

12. Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo: es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones, cuanto más que hay muchas más ganancias. Y no sé yo por qué, pues de conversaciones y voluntades humanas aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos se ha de permitir que, quien comenzare de veras a amar a Dios y a servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración. Porque si es de verdad el amistad que quiere tener con su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa saldrá dello con mérito: y creo que el que tratando con esta intención lo tratare, que aprovechará a sí y a los que le oyeren, y saldrá más enseñado así en entender como en enseñar a sus amigos. El que de hablar en esto tuviera vanagloria, también la terná en oír misa con devoción si le ven y en hacer otras cosas, que so pena de no ser cristiano las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto para las almas que no están fortalecidas en virtud, como tienen tantos contrarios y amigos para incitar al mal, que no sé cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado deste ardid como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda que de veras quieren procurar amar y contentar a Dios como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala y se publican las ofensas que en este caso se hacen a Dios.

13. No sé si digo desatinos; si lo son vuesa mer-

ced lo rompa; y si no lo son le suplico ayude a mi simpleza con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros los que le sirven para ir adelante, según se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo; y para éstos hay pocos ojos: y si uno comienza a darse a Dios hay tantos que murmuran, que es menester buscar compañía para defenderse hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer; y si no veránse en mucho aprieto. Paréceme que por esto debían usar algunos Santos, irse a los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer que para aquéllos con quien conversa le ayudará Dios; y crece la caridad con ser comunicadas, y hay mil bienes que no los osaría decir, si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos, mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí y creyere en esto a quien tiene experiencia. De mí sé decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad y diera medios para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oración, que cayendo y levantando iba a dar de ojos en el infierno; porque para caer había muchos amigos que me ayudasen: para levantarme hallábame tan sola que ahora me espanto cómo no estaba siempre caída: y alabo la misericordia de Dios que era sólo el que me daba la mano: sea bendito para siempre jamás. Amén.



CAPITULO VIII

TRATA DEL GRAN BIEN QUE LE HIZO NO SE APARTAR DEL TODO DE LA ORACIÓN PARA NO PERDER EL ALMA; Y CUÁN EXCELENTE REMEDIO ES PARA GANAR LO PERDIDO. PERSUADE A QUE TODOS LA TENGAN. DICE COMO ES TAN GRAN GANANCIA, Y QUE, AUNQUE LÁ TORNEN A DEJAR, ES GRAN BIEN USAR ALGÚN TIEMPO DE TAN GRAN BIEN.

1. No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida que bien veo no dará a nadie gusto ver cosa tan ruin, que cierto querría me aborreciesen los que esto leyesen de ver una alma tan pertinaz e ingrata, con quien tantas mercedes le ha hecho, y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté a Dios por no estar arimada a esta fuerte coluna de la oración. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas y con levantarme y mal, pues tornaba a caer; y en vida tan baja de perfección que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales aunque los temía no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros: sé decir que es una de las vidas penosas, que me parece se puede imaginar, porque ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo.

Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena: cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desahogaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir cuanto más tantos años.

Con todo veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración: digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él es menester mayor, que tratar traición al rey y saber que lo sabe y nunca se le quitar de delante. Porque puesto que siempre estamos delante de Dios, pareceme a mí es de otra manera los que tratan de oración; porque están viendo que los mira: que los demás podrá ser estén algunos días que aun no se acuerden que los ve Dios. Verdad es que en estos años hubo muchos meses; y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor y me daba mucho a la oración, y hacía algunas y hartas diligencias para no le venir a ofender. Porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto.

Mas acuérdaseme poco destes días buenos, y así debían ser pocos, y muchos de los ruines: ratos grandes de oración pocos días se pasaban sin tenerlos, si no era estar muy mala o muy ocupada. Cuando estaba mala estaba mejor con Dios: procuraba que las personas que trataban conmigo lo estuviesen, y suplicábalo al Señor, hablaba muchas veces en él. Así que si no fué el año que tengo dicho, en veinte y ocho años que ha que comencé oración, mas de los diez y ocho años pasé a esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo.

Los demás que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas con estar a lo que pienso en servicio de Dios y conocimiento de la vanidad que es el mundo, todo ha sido suave como diré después.

2. Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia de Dios y mi ingratitud; y lo otro para que se entienda el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone para tener oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y como si en ella persevera por pecados y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio; en fin, tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación, como (a lo que ahora parece) me ha sacado a mí: plegue a su Majestad no me torne yo a perder. El bien que tiene quien se ejercita en oración, hay muchos Santos y buenos que lo han escrito, digo oración mental, gloria sea a Dios por ello: y cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde no tan soberbia que en esto osara hablar.

3. De lo que yo tengo experiencia puedo decir y es, que por males que haga quien la ha comenzado no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse a remediar, y sin ella será muy más dificultoso: y no le tienta el demonio por la manera que a mí a dejarla por humildad, crea que no pueden faltar sus palabras; que en arrepintiéndonos de veras y determinándose a no le ofender, se torna a la amistad que estaba y a hacer las mercedes que antes hacía, y a las veces mucho más, si el arrepentimiento lo merece: y quien no la ha comenzado por amor del Señor, le ruego yo no carezca de tanto bien.

No hay aquí que temer sino que desear; porque cuando no fuere delante y se esforzare a ser perfecto que merezca los gustos y regalos que a éstos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase: porque no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aun no le amáis, porque para ser verdadero el amor y que

de la amistad, hanse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podéis acabar con vos de amarle tanto, porque no es de vuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que os ama, pasad por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.

4. ¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo y me veo desta suerte! ¡Oh regalo de los Angeles, que toda me querría cuando esto veo deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir Vos, a quien no os sufre que estéis con él! ¡Oh qué buen amigo hacéis, Señor mío, cómo le vais regalando y sufriendo, y esperáis a que se haga a vuestra condición, y tan de mientras le sufrís Vos la suya! Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar a Vos por esta particular amistad. Los malos que no son de vuestra condición, se deben llegar para que nos hagáis buenos, con que os sufran estéis con ellos siquiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con Vos, sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos del mundo como yo hacía. Por esta fuerza que se hacen a querer estar en tan buena compañía miráis (que en esto a los principios no pueden más ni después algunas veces) forzáis Vos, Señor, a los demonios, para que no los acometan, y que cada día tengan menos fuerza contra ellos, y dáisela a ellos para vencer. Sí, que no matéis a nadie, vida de todas las vidas de los que se fian de Vos y de los que os quieren por amigo, sino sustentáis la vida del cuerpo con más salud y dáisela al alma.

5. No entiendo esto: ¿qué temen los que temen comenzar oración mental? Ni sé de qué han miedo. Bien hace de ponerle el demonio para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace, no piense en

lo que he ofendido a Dios y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno y hay gloria, y en los grandes trabajos y dolores que pasó por mí. Esta fué toda mi oración, y ha sido cuanto anduve en estos peligros; y aquí era mi pensar cuando podía y muy muchas veces algunos años tenía más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas: y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana que recogerme a tener oración. Y es cierto que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacía o mi ruin costumbre, que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud y regalo que algunas veces que tenía deseo de rezar. Pues si a cosa tan ruin como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro que por aquí se remediaron todos mis males, ¿qué persona por mala que sea podrá temer? Porque por mucho que lo sea, no lo será tantos años después de haber recibido tantas mercedes del Señor. ¿Ni quién podrá desconfiar, pues a mí tanto me sufrió, sólo porque deseaba y procuraba algún lugar y tiempo, para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacía o me la hacía el mismo Señor? Pues si a los que no le sirven sino que le ofenden, les está también la oración y les es tan necesaria, y no puede nadie hallar con verdad daño que pueda hacer que no fuera mayor el no tenerla; los que sirven a Dios y le quieren servir, ¿por qué lo han de dejar? Por cierto si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar a Dios la



puerta para que en ella no les dé contento. Cierto los he lástima, ¡que a su costa sirven a Dios! Porque a los que tratan la oración el mesmo Señor les hace la costa; pues por un poco de trabajo da gusto para que con él se pasen los trabajos. Porque destes gustos que el Señor da a los que perseveran en la oración se tratará mucho, no digo aquí nada: sólo digo, que para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí, es la puerta la oración; cerrada está no sé cómo las hará; porque aunque quiera entrar a regalarse con un alma y regalarla, no hay por dónde; que la quiere sola y limpia y con gana de recibirlas. Si le ponemos muchos tropiezos y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir a nosotros y queremos nos haga Dios grandes mercedes?

6. Para que vean su misericordia, y el gran bien que fué para mí no haber dejado la oración y lección, diré aquí, pues va tanto en entender, la batería que da el demonio a un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura tornarla a sí, y se guarden de los peligros que yo no me guardé, y sobre todo por amor de nuestro Señor, y por el gran amor con que anda granjeando tornarlos a sí, pido yo se guarden de las ocasiones, porque puestos en ellas, no hay que fiar donde tantos enemigos nos combaten, y tantas flaquezas hay en nosotros para defendernos. Quisiera yo saber figurar la captividad que en estos tiempos traía mi alma, porque bien entendía yo que lo estaba, y no acababa de entender en qué, ni podía creer del todo que lo que los confesores no me agravaban tanto, fuese tan malo como yo lo sentía en mi alma. Díjome uno, yendo yo a él con escrupulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya a la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome más de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo de la ocasión. Como me veían con buenos deseos y ocupación de oración, parecíales

~~~~~

hacía mucho; mas entendía mi alma que no era hacer lo que era obligada por quien debía tanto: lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos y contentos, con decir eran lícitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima a ellos, de manera que si veía alguno predicar con espíritu y bien, un amor particular le cobraba sin procurarlo yo, que no sé quién me lo ponía, casi nunca me parecía tan mal sermón, que no le oyese de buena gana, aunque al dicho de los que le oían no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreación. De hablar de Dios, o oír dél, casi nunca me cansaba: esto después que comencé oración. Por un cabo tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendía yo que no era la que había de ser con mucha parte. Suplicaba al Señor me ayudase; mas debía faltar, a lo que ahora me parece, de no poner en todo la confianza en su Majestad y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio; hacía diligencias; mas no debía entender que todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí, y yo dejádole.



## CAPITULO IX

TRATA POR QUÉ TÉRMINOS COMENZÓ EL SEÑOR A DESPERTAR SU ALMA, Y DARLE LUZ EN TAN GRANDES TINIEBLAS, Y A FORTALECER SUS VIRTUDES PARA NO OFENDERLE.

1. Pues ya andaba mi alma cansada, y aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme, que entrando un día en el oratorio vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía; y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba; que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me ol-

vidaba aquel sentimiento, y encomendábame a aquesta gloriosa Santa para que me alcance perdón.

3. Mas esta postrera vez desta imagen que digo, me parece me aprovechó más; porque estaba ya muy desconfiada de mí, y ponía toda mi confianza en Dios. Páreceme le dije entonces, que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces. Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, a mi parecer, en las partes a donde le veía más solo. Parecíame a mí que estando solo y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí. Destas simplicidades tenía muchas, en especial me hallaba muy bien en la oración del huerto; allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido: si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves.

Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las más noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones: y tengo para mí, que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración, sin saber qué era; y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

4. Pues tornando a lo que decía del tormento que me daban los pensamientos; esto tiene este modo de proceder sin discurso de entendimiento que el alma ha de estar muy ganada, o perdida: digo perdida la consideración; en aprovechando, aprovechan mucho, porque es en amar. Mas para llegar aquí es muy a

su costa, salvo a personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas a oración de quietud, que yo conozco algunas: para las que van por aquí, es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechábame a mí también ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador; digo que me despertaban, y recogían, y servían de libro, y en mi ingratitud y pecados. En cosas del cielo, ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero, que jamás por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.

5. Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación; como hacen otras personas, que pueden hacer representaciones a donde se recogen. Y sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es así, que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura, y veía imágenes, sino como quien está ciego, o a obscuras, que aunque habla con alguna persona y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, mas no la ve. Desta manera me acaecía a mí, cuando pensaba en nuestro Señor. A esta causa era tan amiga de imágenes. Desventurados de los que por su culpa pierden este bien: bien parece que no aman al Señor, porque si le amarán, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien.

6. En este tiempo me dieron las Confesiones de San Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a San Agustín, porque el monasterio a donde estuve seglar era de su orden, y también por haber sido pecador, que de los Santos, que después de serlo el Señor tornó a sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que como los había el Señor perdonado podía hacer a mí: salvo que una cosa me desconsolaba,

como he dicho, que a ellos sola una vez los había el Señor llamado, y no tornaban a caer, y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme, que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces.

7. ¡Oh váleme Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me veía, para no me determinar a darme del todo a Dios. Como comencé a leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí, comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión, y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió a mí, según sintió mi corazón: estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas. y entre mí mesma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh qué sufre un alma, váleme Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora, cómo podía vivir en tanto tormento; sea Dios alabado, que me dió vida para salir de muerte tan mortal: paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis clamores, y haber lástima de tantas lágrimas.

8. Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con él, y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía a amar a su Majestad; que bien entendía yo a mi parecer le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras a Dios, como lo había de entender. No me parece acababa yo de disponerme a quererle servir, cuando su Majestad me comenzaba a tornar a regalar. No parece sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo, que yo lo quisiese recibir, que era ya en estos postreros años, darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ter-

nura de devoción, jamás a ello me atreví, sólo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los veía tan grandes, aun desear regalos ni gusto, nunca de advertencia osaba: harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo en consentirme delante de sí, y traerme a su presencia, que veía yo; si tanto él no lo procurara, no viniera. Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde me dió lo que me había atrevido a pedir. Bien sabía yo era lícito pedirlo, mas parecíame a mí, que lo es a los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender a Dios, y estar dispuestos y determinados para todo bien. Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo creo me valieron; porque como digo, en especial después destas veces de tan gran compunción dellas y fatiga de mi corazón, comencé más a darme a oración, y a tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aun no las dejaba del todo, sino, como digo, fuéme ayudando Dios a desviarme, como no estaba su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré. Cosa no usada darlas el Señor sino a los que están en más limpieza de conciencia.



## CAPITULO X

COMIENZA A DECLARAR LAS MERCEDES QUE EL SEÑOR LA HACÍA EN LA ORACIÓN, Y EN LO QUE NOS PODEMOS NOSOTROS AYUDAR, Y LO MUCHO QUE IMPORTA QUE ENTENDAMOS LAS MERCEDES QUE EL SEÑOR NOS HACE. PIDE A QUIEN ESTO ENVÍA, QUE DE AQUÍ ADELANTE SEA SECRETO LO QUE ESCRIBIERE; PUES LA MANDAN DIGA TAN PARTICULARMENTE LAS MERCEDES QUE LE HACE EL SEÑOR.

1. Tenía yo algunas veces, como he dicho (aunque con mucha brevedad pasaba) comienzo de lo que ahora diré. Acaeciame en esta representación que hacia de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en él. Esto no era manera de visión; creo lo llaman mística teología: suspende el alma de suerte que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre a mi parecer, mas no

se picrde; mas como digo no obra (1), sino está como espantado de lo mucho que entiende, porque quiere Dios entienda, que de aquello que su Majestad le representa, ninguna cosa entiende.

2. Primero había tenido muy continuo una ternura, que en parte algo de ella me parece se puede procurar: un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza, y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida, en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama; otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algún amor, regalase el alma, enternécese el corazón, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos la hace para no poder nosotros resistirlas. Parece nos paga su Majestad aquel cuidadito con un dón tan grande, como es el consuelo que da a un alma, ver que llora por tan gran Señor, y no me espanto, que le sobra la razón de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

3. Paréceme bien esta comparación que ahora se me ofrece; que son estos gozos de oración, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto más de lo que el Señor conforme a lo que

---

(1) Dice que no obra el entendimiento, porque, como ha dicho, no discurre de unas cosas en otras, ni saca consideraciones, porque le tiene ocupado entonces la grandeza del bien que se le pone delante; pero en realidad de verdad sí obra, pues pone los ojos en lo que se le presenta, y conoce que no lo puede entender como es. Pues dice: No obra, esto es, no discurre, sino está como espantado de lo mucho que entiende; esto es, de la grandeza del objeto que ve; no porque entienda mucho dél, sino porque ve que es tanto él en sí, que no le puede enteramente entender.

merecen quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan grandísima diferencia de gozar a gozar en el cielo, mucho más que acá hay de unos gozos espirituales a otros, que es grandísima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios le hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido; y sóbrale la razón, que una lágrima destas, que como digo, casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa) no me parece a mí que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con ellas; ¿y qué más ganancia, que tener algún testimonio que contentamos a Dios? Así que quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atrás.

4. No cure de unas humildades que hay, de que pienso tratar, que les parece humildad no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien como ello es, que nos lo da Dios sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a su Majestad; porque si no conocemos que recibimos no nos despertaremos a amar; y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aun más verdadera humildad: lo demás es acobardar el ánimo a parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor a dárselos, comienza él a atemorizarse con miedo de vanagloria. Creamos que quien nos da los bienes nos dará gracia, para que en comenzando el demonio a tentar en este caso, le entendamos, y fortaleza para resistirle; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar sólo a él, y no a los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más a una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues si es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria

que tenemos de Dios el sér, y que nos crió de no nada, y que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven; ¿por qué no será lícito que entienda yo, vea y considere muchas veces que solía hablar en vanidades; y que ahora me ha dado el Señor, que no quería sino hablar en él? He aquí una joya, que acordándonos que es dada, y ya la poseemos, forzado convida a amar, que es todo el bien de la oración fundada sobre humildad. Pues ¿qué será, cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio del mundo, y aun de sí mismo? Está claro que se han de tener por más deudores y más obligados a servir, y entender que no teníamos nada desto, y a conocer la largueza del Señor, que a un alma tan ruin y pobre, y de ningún merecimiento como la mía, que bastaba la primer joya destas y sobraba para mí, quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear.

Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir y procurar no ser ingratos; porque con esa condición las da el Señor, que si no usamos bien del tesoro y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará a tomar y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas a quien luzga y aproveche con ellas a sí y a los otros. Pues ¿cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entiende que está rico? Es imposible conforme a nuestra naturaleza, a mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá: porque con estos dones es a donde el Señor nos da fortaleza, que por nuestros pecados nosotros pedimos. Y mal deseará se descontenten todos

dél y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le atiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos a lo que presente vemos; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen. Ya puede ser que yo como soy tan ruin juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe, para hacer obras muy perfectas, que yo como miserable todo lo he habido menester.

5. Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan; y si no fuere bien, romperálo a quien lo envió, que sabrá mejor entender lo que va mal, que yo. A quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados, lo publiquen, desde ahora doy licencia, y a todos mis confesores, que así lo es a quien esto va; y si quisieren luego en mi vida; porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien; y cierto, cierto con verdad digo a lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo.

Para lo que de aquí adelante dijere no se la doy; ni quiero, si a alguien lo mostraren, digan quién es por quién pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro, ni a nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda por no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diera gracia para decirla; que si lo fuere, será suya, y no mía, por ser yo sin letras y buena vida, ni ser informada de letrado, ni de persona ninguna (porque solos los que me lo mandan escribir, saben lo que escribo, y al presente no están aquí, y casi hurtando el tiempo y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre y con hartas ocupaciones; así que aunque el Señor me diera más habilidad y memoria, que aun con ésta pudiérame aprovechar de lo que he oído y leído, mas ¡es po-

quisima la que tengo!) Así que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien; lo que fuere malo será de mí, y vuesa merced lo quitará. Para lo uno ni para lo otro ningún provecho tiene decir mi nombre; en vida está claro que no se ha de decir de lo bueno; en muerte no hay para qué, sino para que pierda autoridad el bien, y no le dar ningún crédito, por ser dicho de persona tan baja y tan ruin; y por pensar vuesa merced hará esto que por amor del Señor le pido, y los demás que lo han de ver, escribo con libertad; de otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demás basta ser mujer, para caérseme las alas, cuanto más mujer y ruin. Y así lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuesa merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaración de las mercedes que me hace Dios en la oración, si fuere conforme a las verdades de nuestra santa fe católica; y si no vuesa merced lo queme luego, que yo a esto me sujeto, y diré lo que pasa por mí, para que cuando sea conforme a esto podrá hacer a vuesa merced algún provecho; y si no desengañará mi alma, para que no gane el demonio a donde me parece gano yo; que ya sabe el Señor (como después diré) que siempre he procurado buscar quien me dé luz.

6. Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien obscuro para quien no tuviere experiencia. Algunos impedimentos diré, que a mi entender lo son para ir adelante en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia y después tratádolo yo con grandes letrados, y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veintisiete años que ha que tengo oración, me ha dado su Majestad la experiencia, con andar en tantos tropiezos y tan mal este camino, que a otros en cuarenta y siete, y treinta y siete, que con penitencia y siempre virtud han caminado por

él. Sea bendito por todo y sírvase de mí, por quien su Majestad es, que bien sabe mi Señor que no pretendo otra cosa en esto sino que sea alabado y engrandecido un poquito, de ver que un muladar tan sucio y de mal olor hiciese huerto de tan suaves flores. Plegue a su Majestad que por mi culpa no las torne yo a arrancar y se torne a ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor, le pida vuesa merced pues sabe la que soy con más claridad que aquí me lo ha dejado decir.





## CAPITULO XI

DICE EN QUÉ ESTÁ LA FALTA DE NO AMAR A DIOS CON PERFECCIÓN EN BREVE TIEMPO: COMIENZA A DECLARAR POR UNA COMPARACIÓN QUE PONE, CUATRO GRADOS DE ORACIÓN: VA TRATANDO AQUÍ DEL PRIMERO: ES MUY PROVECHOSO PARA LOS QUE COMIENZAN, Y PARA LOS QUE NO TIENEN GUSTOS EN LA ORACIÓN.

1. Pues hablando ahora de los que comienzan a ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos a seguir por este camino de oración al que tanto nos amó) es una dignidad tan grande, que me regalo extrañamente en pensar en ella, porque el temor servil luego va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡Oh Señor de mi alma y bien mío! ¡Por qué no quisistes que en determinándose un alma a amaros con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luego gozase de subir a tener este amor perfecto? Mal he dicho; había de decir y quejarme porque no queremos nosotros, pues toda la falta nuestra es no gozar luego de tan gran dignidad, pues en llegando a tener con perfección este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes. Somos tan caros y tan tardíos de darnos del todo a Dios, que como su Majestad no quiere gocemos de

cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo, que no le hay con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos en no nos asir a cosa della, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo; creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos como algunos Santos lo hicieron: mas parécenos que lo damos todo; y es que ofrecemos a Dios la renta o los frutos, y quedámonos con la raíz y posesión. Determinámonos a ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos a tener cuidado y diligencia, para que no nos falte no sólo lo necesario sino lo superfluo, y a granjear los amigos que nos lo den y ponernos en mayor cuidado y por ventura peligro porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda. Parece también que dejamos la honra en ser religiosos, o en haber ya comenzado a tener vida espiritual y a seguir perfección, y no nos ha tocado en un punto de honra cuando no se nos acuerda la hemos ya dado a Dios, y nos queremos tornar a alzar con ella y tomársela como dicen de las manos, después de haberle de nuestra voluntad al parecer hecho Señor: así son todas las cosas.

2. Donosa manera de buscar amor de Dios, y luego le queremos a manos llenas (a manera de decir) tenernos nuestras aficiones, ya que no procuramos efectuar nuestros deseos, y no acabarlos de levantar de la tierra, y muchas consolaciones espirituales con esto. No viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Así que porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro; plegue al Señor que gota a gota nos lo dé su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo.

Harto gran misericordia hace, a quien da gracia y ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien; porque si persevera, no se niega Dios a nadie; poco a poco va habilitando el ánimo,

para que salga con esta victoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios, para que no comience este camino de hecho, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no sólo en perder aquel alma, sino a muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios, a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va sólo al cielo, siempre lleva mucha gente tras sí; como a buen capitán, le da Dios quien vaya en su compañía. Así que ponerles tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho y mucho favor de Dios.

3. Pues hablando de los principios de los que ya van determinados a seguir este bien y a salir con esta empresa (que de lo demás que comencé a decir de mística teología, que creo se llama así, diré más adelante) en estos principios está todo el mayor trabajo; porque son ellos los que trabajan dando el Señor el caudal, que en los otros grados de oración lo más es gozar, puesto que primeros y medianos y postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes, que por este camino que fué Cristo han de ir los que le siguen si no se quieren perder; y bienaventurados trabajos que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan. Habré de aprovecharme de alguna comparación, que yo las quisiera excusar por ser mujer y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación; servirá de dar recreación a vuesa merced de ver tanta torpeza. Paréceme ahora a mí que he leído u oído esta comparación, que como tengo mala memoria, ni sé a dónde ni a qué propósito, mas para el mío ahora conténtame. Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy ma-

las yerbas para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina a tener oración una alma y lo ha comenzado a usar; y con ayuda de Dios hemos de procurar como buenos hortelanos que crezcan estas plantas y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan a échar flores que den de sí gran olor, para dar recreación a este Señor nuestro, y así se venga a deleitar muchas veces a esta huerta, y a holgarse entre estas virtudes.

4. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar, para que entendamos lo que hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor la ganancia, o hasta que tanto tiempo se ha de tener. Paréceme a mí que se puede regar de cuatro maneras; o con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo: o con noria y arcaduces, que se saca con un torno; yo la he sacado algunas veces, es a menos trabajo que estotro, y sácase más agua; o de un río o arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua y no se ha menester regar tan a menudo, y es menos trabajo mucho del hortelano; o con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras de aguas de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que a mí me hace el caso y ha parecido que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor por su bondad ha puesto algunas veces mi alma. Plegue a su bondad atine a decirlo, de manera que aproveche a una de las personas que esto me mandaron escribir, que la ha traído el Señor en cuatro meses harto más adelante que yo estaba en diecisiete años: hase dispuesto mejor; y así sin trabajo suyo riega este vergel con todas estas cuatro aguas; aunque la postrera aun no

se le da sino a gotas, mas va de suerte, que presto se engolfará en ella con ayuda del Señor: y gustaré que se ría, si le pareciere desatino la manera de declarar.

5. De los que comienzan a tener oración podemos decir son los que sacan el agua del pozo; que es muy a su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados a andar derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbando a no se les dar nada de ver ni oír, y a ponerlo por obra las horas de oración, sino estar en soledad, y apartados pensar su vida pasada; aunque estos primeros y postreros todos lo han de hacer muchas veces: hay más, y menos de pensar en esto, como después diré. Al principio andan con pena que no acaban de entender que se arrepienten de los pecados; y si hacen, pues se determinan a servir a Dios tan de veras.

Han de procurar de tratar de la vida de Cristo, y cánsase el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, entiéndese con el favor de Dios, que sin éste ya se sabe no podemos tener un buen pensamiento. Esto es comenzar a sacar agua del pozo; y aun plegue a Dios la quiera tener, mas al menos no queda por nosotros, que ya vamos a sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas flores; y es Dios tan bueno, que cuando por lo que su Majestad sabe (por ventura para gran provecho nuestro) quiere que esté seco el pozo haciendo lo que es en nosotros como buenos hortelanos sin agua sustenta las flores, y hacer crecer las virtudes; llamo agua aquí las lágrimas, y aunque no las haya, la ternura y sentimiento interior de devoción.

6. Pues ¿qué hará aquí el que ve que en muchos días no hay sino sequedad y disgusto, y desabor, y tan mala gana para venir a sacar el agua, que si no se le acordase que hace placer y servicio al Señor de la huerta, y mirase a no perder todo lo servido y

aun lo que espera ganar del gran trabajo, que es echar muchas veces el caldero en el pozo y sacarle sin agua, lo dejaría todo? Y muchas veces le acaecerá aun para esto no se le alzar los brazos ni podrá tener un buen pensamiento: que este obrar con el entendimiento entendido va que es el sacar agua del pozo. Pues como digo, ¿qué hará aquí el hortelano? Alegrarse y consolarse, y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan gran Emperador; y pues sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse a sí sino a él, alábele mucho que hace dél confianza, pues ve que sin pagarle nada tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó, y ayúdele a llevar la cruz y piense que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino ni deje jamás la oración; y así se determine, aunque por toda la vida le dure esta sequedad, no dejar a Cristo caer con la cruz; tiempo verná que se lo pague por junto: no haya miedo que se pierda el trabajo, a buen amo sirve, mirándolo está, no haga caso de malos pensamientos, mire que también los representaba el demonio a San Hierónimo en el desierto; su precio se tienen estos trabajos, que como quien los pasó muchos años, que cuando una gota de agua sacaba deste bendito pozo, pensaba me hacía Dios merced. Sé que son grandísimos, y me parece es menester más ánimo que para otros muchos trabajos del mundo; mas he visto claro que no deja Dios sin gran premio aun en esta vida; porque es así cierto que con una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de sí, después acá me parece quedan pagadas todas las congojas que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé. Tengo para mí, que quiere el Señor dar muchas veces al principio y otras a la postre estos tormentos y otras muchas tentaciones que se ofrecen para probar a sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle a llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros: y para bien nuestro creo nos

quiere su Majestad llevar por aquí para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes de después, que quiere por experiencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las dé; porque no nos acaezca lo que a Lucifer.

7. ¿Qué hacéis Vos, Señor mío, que no sea para mayor bien del alma que entendéis que es ya vuestra, y que se pone en vuestro poder para seguimos por donde fuéredes hasta muerte de cruz, y que está determinada a ayudárosela a llevar y a no dejaros solo con ella? Quien viere en sí esta determinación, no hay que temer; gente espiritual no hay porque se afligir puestos ya en tan alto grado, como es querer tratar a solas con Dios, y dejar los pasatiempos del mundo; lo más está hecho, alabad por ello a su Majestad y fiad en su bondad que nunca faltó a sus amigos: atapad os los ojos de pensar, ¿por qué da a aquél de tan pocos días devoción y a mí no da tantos años? Creamos es todo para más bien nuestro; guíe su Majestad por donde quisiere, ya no somos nuestros, sino suyos: harta merced nos hace en querer que queramos cavar en su huerto y estarnos cabe el Señor dél, que cierto está con nosotros: si él quiere que crezcan estas plantas y flores, a unos con dar agua que saquen deste pozo, a otros sin ella, ¿qué se me da a mí? Haced Vos, Señor, lo que quisiéredes, no os ofenda yo, no se pierdan las virtudes si alguna me habéis ya dado por sola vuestra bondad: padecer quiero, Señor, pues Vos padecistes; cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad; y no plegue a vuestra Majestad, que cosa de tanto precio como vuestro amor, se dé a gente que os sirva sólo por gustos.

8. Hase de notar mucho, y dígolo porque lo sé por experiencia, que el alma que en este camino de oración mental comienza a caminar con determinación, y puede acabar consigo de no hacer mucho

caso, ni consolarse ni desconsolarse mucho, porque falten estos gustos y ternura, o la dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino; y no haya miedo de tornar atrás aunque más tropiece, porque va comenzando el edificio en firme fundamento. Sí que no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y consolámonos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo, y humildad. Recibid, más me parece a mí eso, que no dar nosotras nada. Para mujércitas como yo flacas, y con poca fortaleza, me parece a mí conviene (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos; porque pueda sufrir algunos trabajos que ha querido su Majestad tenga: mas para siervos de Dios hombres de tono, de letras y entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les da devoción, que me hace disgusto oírlo. No digo yo que no la tomen si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entonces verá su Majestad que conviene: mas que cuando no la tuvieren que no se fatiguen, y que entiendan que no es menester, pues su Majestad no la da, y anden señores de sí mismos. Crean que es falta, yo lo he probado y visto. Crean que es imperfección, y no andar con libertad de espíritu sino flacos para acometer.

9. Esto no lo digo tanto por los que comienzan, aunque pongo tanto en ello, porque les importa mucho comenzar con esta libertad y determinación; sino por otros, que habrá muchos que lo ha que comenzaron y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte éste no abrazar la cruz desde el principio. Que andarán afligidos, pareciéndoles no hacen nada, en dejando de obrar el entendimiento no lo pueden sufrir; y por ventura entonces engorda la voluntad y toma fuerzas, y no lo entienden ellos. Hemos de pensar que no mira el Señor en estas cosas; que aunque a nosotros nos parecen faltas, no lo son; ya sabe su Majestad nuestra miseria y bajo natural, mejor que

nosotros mismos; y sabe que ya estas almas desean siempre pensar en él y amarle. Esta determinación es la que quiere: estotro afligimiento que nos damos, no sirve de más de inquietar el alma, y si había de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Porque muy muchas veces (yo tengo grandísima experiencia dello, y sé que es verdad porque lo he mirado con cuidado, y tratado después a personas espirituales) que viene de indisposición corporal, que somos tan miserables, que participa esta escarceladita desta pobre alma de las miserias del cuerpo y las mudanzas de los tiempos; y las vueltas de los humores muchas veces hacen que sin culpa suya no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras; y mientras más la quieren forzar en estos tiempos, es peor y dura más el mal; sino que haya discreción, para ver cuándo es desto y no la ahoguen a la pobre; entiendan son enfermos: múdese la hora de la oración y hartas veces será algunos días. Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de un alma que ama a Dios, ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere por tener tan mal huésped como es este cuerpo. Dije con discreción, porque alguna vez el demonio lo hará; y así es bien, ni siempre dejar la oración cuando hay gran distraimiento y turbación en el entendimiento, ni siempre atormentar el alma a lo que no puede; otras cosas hay exteriores de obras de caridad y de lección, aunque a veces aun no estará para esto, sirva entonces al cuerpo por amor de Dios; porque otras veces muchas sirva él a el alma, y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones que lo sean, o irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la experiencia que da a entender lo que nos conviene, y en todo se sirve Dios: suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad para su mayor aprovechamiento. Así que

torno a avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada; que importa mucho que de sequedades ni de inquietud y distraimiento en los pensamientos, nadie se apriete ni aflija, si quiere ganar libertad de espíritu y no andar siempre atribulado; comience a no se espantar de la cruz, y verá cómo se la ayuda también a llevar el Señor, y con el contento que anda y el provecho que saca de todo; porque ya se ve que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es, que no hemos de estar descuidados para cuando la haya sacarla; porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.





## CAPITULO XII

PROSIGUE EN ESTE PRIMER ESTADO; DICE HASTA DÓNDE  
PODEMOS LLEGAR CON EL FAVOR DE DIOS POR NOS-  
OTROS MISMOS Y EL DAÑO QUE ES QUERER HASTA  
QUE EL SEÑOR HAGA SUBIR EL ESPÍRITU A COSAS  
SOBRENATURALES Y EXTRAORDINARIAS.

1. Lo que he pretendido dar a entender en este capítulo pasado, aunque me he divertido mucho en otras cosas por parecerme muy necesarias, es decir, hasta lo que podemos nosotros adquirir y cómo en esta primera devoción podemos nosotros ayudarnos algo; porque en pensar y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos a compasión; y es sabrosa esta pena y las lágrimas que proceden de aquí; y de pensar la gloria que esperamos y el amor que el Señor nos tuvo y su Resurrección, muévenos a gozo, que ni es del todo espiritual ni sensual, sino gozo virtuoso, y la pena muy meritoria. Desta manera son todas las cosas que causan devoción adquirida con el entendimiento en parte, aunque no podida merecer ni ganar si no la da Dios. Estále muy bien a un alma que no la ha subido de aquí no procurar subir ella: y nótese esto mucho, porque no le aprovechará más de perder. Puede en este estado hacer muchos actos para determinarse hacer mucho por Dios y des-

pertar el amor: otros para ayudar a crecer las virtudes, conforme a lo que dice un libro llamado arte de servir a Dios, que es muy bueno y apropiado para los que están en este estado, porque obra el entendimiento.

Puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad, y traerle siempre consigo y hablar con él, pedirle para sus necesidades y quejarsele de sus trabajos, alegrarse con él en sus contentos, y no olvidarle por ellos sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme a sus deseos y necesidades. Es excelente manera de aprovechar, y muy en breve, y quien trabajare a traer consigo esta preciosa compañía y se aprovechar mucho della, y de veras cobrare amor a este Señor a quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado. Para esto no se nos ha de dar nada de no tener devoción, como tengo dicho, sino agradecer al Señor que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras.

Este modo de traer a Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo para ir aprovechando el primero y llegar en breve al segundo grado de oración, y para los postreros andar seguros de los peligros que el demonio puede poner.

2. Pues esto es lo que podemos: quien quisiere pasar de aquí y levantar el espíritu a sentir gustos que no se los dan, es perder lo uno y lo otro a mi parecer; porque es sobrenatural y perdido el entendimiento, quédase el alma desierta y con mucha sequedad; y como este edificio todo va fundado en humildad, mientras más llegados a Dios, más adelante ha de ir esta virtud; y si no va todo perdido: y parece algún género de soberbia querer nosotros subir a más; pues Dios hace demasiado según somos, en allegarnos cerca de sí. No se ha de entender que digo esto por el subir con el pensamiento a pensar cosas altas del cielo o de Dios, y las grandezas que

allá hay, y su gran sabiduría; porque aunque yo nunca lo hice (que no tenía habilidad como he dicho, y me hallaba tan ruin, que aun para pensar cosas de la tierra me hacía Dios merced de que entendiese esta verdad, que no era poco atrevimiento, cuanto más para las (del cielo) otras personas se aprovecharán en especial si tienen letras, que es un grande tesoro para este ejercicio a mi parecer, si son con humildad. De unos cinco días acá lo he visto por algunos letrados que ha poco que comenzaron y han aprovechado muy mucho; y esto me hace tener grandes ansias porque muchos fuesen espirituales como adelante diré.

3. Pues lo que digo, no se suban sin que Dios los suba, es lenguaje de espíritu; entenderme ha quien tuviere alguna experiencia, que yo no lo sé decir si por aquí no se entiende. En la mística teología que comencé a decir, pierde de obrar en entendimiento porque le suspende Dios (1), como después decla-

---

(1) El suspender Dios el pensamiento o entendimiento de que habla aquí la santa Madre, y lo llama «Mística Teología», es presentarle delante un bulto de cosas sobrenaturales y divinas, e infundir en él gran copia de luz para que las vea con una vista simple, y sin discurso ni consideraciones ni trabajo. Y esto con tanta fuerza, que no puede atender a otra cosa ni divertirse. Y no para el negocio en sólo ver y admirar, sino pasa la luz a la voluntad, y tórnase fuego en ella que la enciende en amor. De manera que, quien esto padece, por el tiempo que lo padece tiene el entendimiento enclavado en lo que ve, y espantado dello, y la voluntad ardiendo en amor dello mismo, y la memoria del todo ociosa: porque el alma ocupada con el gozo presente, no admite otra memoria. Pues deste elevamiento o suspensión dice, que es sobrenatural, quiere decir, que nuestra alma en ello más propiamente padece, que hace. Y dice, que nadie presuma elevarse desta manera, antes que le eleven: lo uno, porque excede toda nuestra industria, y así será en balde; lo otro, porque será falta de humildad. Y avisa desto la santa Madre con grande causa, porque hay libros de oración que aconsejan a los que oran, que suspenden el pensamiento totalmente y que no figuren en la imaginación cosa ninguna, ni aun resuellen, de que sucede quedarse fríos e indevotos.

raré más si supiere y él me diere para ello su favor. Presumir ni pensar de suspenderle nosotros, es lo que digo no se haga ni se deje de obrar con él; porque nos quedaremos bobos y fríos, y ni haremos ni lo uno ni lo otro. Que cuando el Señor le suspende y hace parar, dale de que se espante y se ocupe; y que sin discurrir entienda más en un credo que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años. Ocupar la potencia del ánima y pensar hacerlas estar quedas, es desatino: y torno a decir, que aunque no se entiende es de no gran humildad, aunque no con culpa, con pena sí que será trabajo perdido, y queda el alma con un disgustillo como quien va a saltar y le asen por detrás, que ya parece ha empleado su fuerza, y hállase sin efectuar lo que con ella quería hacer; y en la poca ganancia que queda, verá quien lo quisiere mirar este poquillo de falta de humildad que he dicho; porque esto tiene excelente esta virtud, que no hay obra a quien ella acompañe que deje el alma disgustada. Paréceme lo he dado a entender y por ventura será sólo para mí; abra el Señor los ojos de los que lo leyeren con experiencia, que por poca que sea luego lo entenderán.

4. Hartos años estuve yo que leía muchas cosas, y no entendía nada dellas; y mucho tiempo, que aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo a entender, que no me ha costado esto poco trabajo; cuando su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que aunque hablaba con muchas personas espirituales que querían darme a entender lo que el Señor me daba para que se lo supiese decir; y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba; o quería el Señor (como su Majestad fué siempre mi maestro, sea por todo bendito, que harta confusión es para mí poder decir esto con verdad) que no tuviese a na-

die que agradecer: y sin querer ni pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo sino en otras vanidades) dármelo Dios en un punto a entender con toda claridad y para saberlo decir; de manera que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque entendía mejor mi torpeza. Esto ha poco, y así lo que el Señor no me ha enseñado no lo procuro, sino es lo que toca a mi conciencia.

5. Torno otra vez a avisar que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no lo subiere; qué cosas, se entiende luego: en especial para mujeres es malo, que podrá el demonio causar alguna ilusión, aunque tengo por cierto no consiente el Señor dañar a quien con humildad se procura llegar a él, antes sacará más provecho y ganancia por donde el demonio le pensare hacer perder. Por ser este camino de los primeros más usado e importar mucho los avisos que he dado, me he alargado tanto, y habránlos escrito en otras partes muy mejor, yo lo confieso, y que con harta confusión y vergüenza lo he escrito, aunque no tanta como había de tener. Sea el Señor bendito por todo, que a una como yo quiere y consiente que hable en cosas suyas, tales y tan subidas.





### CAPITULO XIII

PROSIGUE EN ESTE PRIMER ESTADO, Y PONE AVISOS PARA ALGUNAS TENTACIONES QUE EL DEMONIO SUELE PONER ALGUNAS VECES, Y DA AVISOS PARA ELLÁS; ES MUY PROVECHOSO.

1. Hame parecido decir algunas tentaciones que he visto, que se tienen a los principios (y algunas he tenido yo), y dar algunos avisos de cosas que me parecen necesarias. Pues procúrese a los principios andar con alegría y libertad, que hay algunas personas que parece se les ha de ir la devoción, si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí, para no se fiar poco ni mucho de ponerse en ocasión, donde suele ofender a Dios, que esto es muy necesario, hasta estar ya muy entero en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan estar tanto, que en ocasiones aparejadas a su natural se puedan descuidar. Que siempre mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza; mas hay muchas cosas a donde se sufre (como he dicho) tomar recreación aun para tornar a la oración más fuertes.

En todo es menester discreción. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos sino creer de Dios que si nos esforzamos, poco a

poco aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos Santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran a desearlo y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere su Majestad y es amigo de ánimas animosas como vayan con humildad, y ninguna confianza de sí: y no he visto ninguna destas, que quede baja en este camino y ningún alma cobarde, aun con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estos otros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas, aunque luego no tenga fuerzas, el alma da un vuelo y llega a mucho, aunque como avecita que tiene pelo malo, cansa y queda.

2. Otro tiempo traía yo delante muchas veces lo que dice San Pablo, que todo se puede en Dios: en mí bien entendía no podía nada. Esto me aprovechó mucho y lo que dice San Agustín: Dame, Señor, lo que me mandas, y manda lo que quisieres. Pensaba muchas veces que no había perdido nada San Pedro en arrojarse en la mar, aunque después temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primero estado es menester irse más deteniendo, y atados a la discreción y parecer de maestro: mas han de mirar que sea tal, que no los enseñe a ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma a sólo cazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras.

3. Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos y querer imitar a los Santos y desear ser mártires. Luego nos dice o hace entender, que las cosas de los Santos son para admirar, mas no para hacerlas los que somos pecadores. Esto también lo digo

yo, mas hemos de mirar cuál es de espantar y cuál de imitar, porque no sería bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas, yéndose a un desierto a donde ni pudiese dormir, ni tuviese que comer, o cosas semejantes.

4. Mas pensar que nos podemos esforzar con el favor de Dios, a tener un gran desprecio de mundo, un no estimar honra, un no estar atado a la hacienda. Que tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo y dar al espíritu. Luego parece ayuda al recogimiento tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan a la oración. Desto me pesa a mí que tengamos tan poca confianza de Dios y tanto amor propio que nos inquiete ese cuidado. Y es así que a donde está tan poco medrado el espíritu como esto, unas naderías nos dan tan gran trabajo como a otras cosas grandes y de mucho tomo; y en nuestro sexo presumimos de espirituales.

Paréceme ahora a mí esta manera de caminar un querer concertar cuerpo y alma, para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios; y así será ello si se anda en justicia y vamos asidos a virtud, mas es paso de gallina, nunca con él se llegará a libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme a su llamamiento: mas para otro estado, en ninguna manera deseo de tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado: y siempre me estuviera así si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.

5. Aunque en esto de deseos siempre los tuve grandes; mas procuraba esto que he dicho, tener oración, mas vivir a mi placer. Creo si hubiera quien me sacara a volar más, me hubiera puesto en que estos deseos fueran con obra, mas hay por nuestros

pecados tan pocos, tan contados que no tengan discreción demasiada en este caso, que creo es harta causa para que los que comienzan no vayan más presto a gran perfección; porque el Señor nunca falta ni queda por él, nosotros somos los faltos y miserables.

6. También se pueden imitar los Santos en procurar soledad y silencio, y otras muchas virtudes que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho a hacerlos inhábiles, cuando ve un poco de temor. No quiere él más para hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud: hasta en tener lágrimas, nos hace temer de cegar.

He pasado por esto y por eso lo sé; y no sé yo qué mejor vista ni salud podemos desear, que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada sin valer nada; y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiéndose este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo: Poco va en que me muera: sí, el descanso; no he ya menester descanso sino cruz. Así otras cosas. Vi claro que en muy muchas aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentación del demonio o flojedad mía: que después que no estoy tan mirada y regalada tengo mucha más salud. Así que va mucho a los principios de comenzar oración a no amilantar los pensamientos: y créanme esto porque lo tengo por experiencia. Y para que escarmienten en mí, aun podría aprovechar decir estas mis faltas.

7. Otra tentación es luego muy ordinaria que es, desear que todos sean muy espirituales como comienzan a gustar del sosiego y ganancia que es. El desearlo no es malo, el procurarlo podría ser no bueno, si no hay mucha discreción y disimulación en

hacerse de manera que no parezca enseñar; porque quien hubiere de hacer algún provecho, en este caso es menester que tenga las virtudes muy fuertes para que no dé tentación a los otros. Acaeciome a mí y por eso lo entiendo, cuando (como he dicho) procuraba que otras tuviesen oración, que como por una parte me veían hablar grandes cosas del gran bien que era tener oración, y por otra parte me veían con gran pobreza de virtudes tenerla yo, traíalas tentadas y desatinadas: y con harta razón, que después me lo han venido a decir; porque no sabían cómo se podía compadecer lo uno con lo otro: y era causa de no tener por malo lo que de suyo lo era, por ver que lo hacía yo algunas veces, cuando les parecía algo bien de mí. Y esto hace el demonio, que parece se ayuda de las virtudes que tenemos buenas para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que por poco que sea, cuando es en una comunidad, debe ganar mucho: cuanto más que lo que yo hacía malo era muy mucho, y así en muchos años solas tres se aprovecharon de lo que les decía, y después que el Señor me había dado más fuerzas en la virtud se aprovecharon en dos o tres años muchas, como después diré. Y sin esto hay otro gran inconveniente, que es perder el alma; porque lo más que hemos de procurar al principio, es sólo tener cuidado de sí sola, y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella: y esto es lo que le conviene mucho.

8. Da otra tentación, y todas van con un celo de virtud (que es menester entenderse y andar con cuidado) de pena de los pecados y faltas que ven en los otros. Pone el demonio que es sola pena de querer que no ofendan a Dios, y pesarle por su honra, y luego querrían remediarlo, e inquieta esto tanto, que impide la oración, y el mayor daño es pensar que es virtud, y perfección, y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan pecados públicos (si los hubiese en costumbre de una congregación o daños de la

Iglesia) destas herejías a donde vemos perder tantas almas, que está muy buena, y como lo es buena no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oración, descuidarse de todo y de todos, y tener cuenta consigo, y contentar a Dios.

Esto conviene muy mucho, porque si hubiese de decir los yerros que he visto suceder fiando en la buena intención, nunca acabaría. Pues procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros, y atapar sus defectos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar, que aunque luego no se haga con perfección se viene a ganar una gran virtud, que es tener a todos por mejores que nosotros, y comiézase a ganar por aquí con el favor de Dios (que es menester en todo, y cuando falta, excusadas son las diligencias) y suplicarle nos dé esta virtud, que con las que hagamos no falta a nadie. Miren también este aviso los que discurren mucho con el entendimiento sacando muchas cosas de una cosa y muchos conceptos: (que de los que no pueden obrar con él, como yo hacía, no hay que avisar sino que tengan paciencia, hasta que el Señor les dé en qué se ocupen, y luz, pues ellos pueden tan poco por sí, que antes los embaraza su entendimiento que los ayuda).

9. Pues tornando a los que discurren, digo que no se les vaya el tiempo en esto; porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oración sabrosa, que ha de haber día de domingo, ni rato que no sea trabajar. Luego les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que como he dicho se representen delante de Cristo, y sin cansancio del entendimiento se estén hablando y regalandó con él, sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades, y la razón que tiene para no nos sufrir allí. Lo uno un tiempo, lo otro otro, porque no se canse el alma de comer siempre un manjar. Estos son muy gustosos y provechosos: si el gusto

se usa a comer dellos, traen consigo gran sustentamiento para dar vida al alma y muchas ganancias.

10. Quiérome declarar más, porque estas cosas de oración todas son dificultosas, y si no se halla maestro, muy malas de entender: y esto hace que aunque quisiera abreviar, y bastaba para el entendimiento bueno, de quien me mandó escribir estas cosas de oración, sólo tocarlas; mi torpeza no da lugar a decir y dar a entender en pocas palabras cosas que tanto importa declarar bien. Que como yo pasé tanto, he lástima a los que comienzan con solos libros, que es cosa extraña cuán diferentemente se entiende de lo que después de experimentado se ve. Pues tornando a lo que decía, ponémos a pensar un paso de la Pasión, digamos el de cuando estaba el Señor a la coluna, anda el entendimiento buscando las causas que allí dan a entender los dolores grandes y pena que su Majestad ternía en aquella soledad, y otras muchas cosas que si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; o que si es letrado, es el modo de oración en que han de comenzar, y de mediar, y acabar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve a otras cosas sobrenaturales. Digo todos; porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones, que en la de la sagrada Pasión. Que así como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte: algunas si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa, y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasión y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien.

11. Ha menester aviso el que comienza, para mirar

en lo que aprovecha más. Para esto es muy necesario el maestro si es experimentado, que si no, mucho puede errar y traer un alma sin entenderla ni dejarla a sí mesma entender, porque como sabe que es gran mérito estar sujeta a maestro, no osa salir de lo que se le manda. Yo he topado almas acorraladas y afligidas, por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí porque no entendiendo el espíritu, afligen alma y cuerpo, y estorban el aprovechamiento.

Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años había, a que no la dejaba salir de propio conocimiento, y tenía ya el Señor en oración de quietud y así pasaba mucho trabajo. Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar ni hay alma en este camino tan gigante que no haya menester muchas veces tornar a ser niño, y a mamar: y esto jamás se olvide, que quizá lo diré más veces, porque importa mucho, porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio. Y esto de los pecados y conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean en este camino de oración, y sin este pan no se podrían sustentar: mas hase de comer con tasa, que después que un alma se ve ya rendida, y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga, para lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí, sino irnos a otras cosas que el Señor pone delante, y no es razón las dejemos? Que su Majestad sabe mejor que nosotros de lo que nos conviene comer.

12. Así que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia, si con esto tiene letras, es de grandísimo negocio: mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque le-

trados pueden procurar para comunicarse con ellos, cuando tuvieren necesidad. Digo que a los principios, si no tienen oración, aprovechan pocas letras. No digo que no tratan con letrados, porque espíritu que no va comenzando en verdad, yo más le querría sin oración, y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz: y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones a bobas nos libre Dios.

Quiérome declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta de no me saber dar a entender (como he dicho) sino a costa de muchas palabras. Comienza una monja a tener oración, si un simple la gobierna y se le antoja, harále entender que es mejor que le obedezca a él, que no a su superior, y sin malicia suya sino pensando acierta. Porque si no es de Religión, parecerle ha es así, y si es mujer casada, dirála que es mejor cuando ha de entender en su casa, estarse en oración aunque descontente a su marido: así que no sabe ordenar el tiempo ni las cosas para que vayan conforme a verdad; por faltarle a él la luz, no la da a los otros, aunque quiera.

Y aunque para esto parece no son menester letras: mi opinión ha sido siempre y será que cualquiera cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si puede, y mientras más mejor: y los que van por camino de oración, tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más. Y no se engañen con decir, que letrados sin oración no son para quien la tiene: yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurado con la mayor necesidad, y siempre fui amiga dellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen el espíritu ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para mí, que persona de oración que trate con letrados, si

ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

13. He dicho esto, porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oración, si no tienen espíritu. Ya dije, es menester espiritual maestro; mas si éste no es letrado, gran inconveniente es. Y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos; aunque no tengan espíritu, me aprovechará, y Dios le dará a entender lo que ha de enseñar, y aun le hará espiritual, para que nos aproveche; y esto no lo digo sin haberlo probado y acaecíome a mí con más de dos. Digo que para rendirse un alma del todo a estar sujeta a sólo un maestro que yerra mucho, en no procurar que sea tal, si es religioso, pues ha de estar sujeto a su prelado; que por ventura le faltarán todas tres cosas, que no será pequeña cruz sin que él de su voluntad sujete su entendimiento a quien no le tenga bueno. Al menos esto no lo he yo podido acabar conmigo, ni me parece conviene. Pues si es seglar alabe a Dios, que puede escoger a quien ha de estar sujeto, y no pierda esta tan virtuosa libertad; antes esté sin ninguno hasta hallarle, que el Señor se le dará, como vaya fundado todo en humildad y con deseo de acertar.

Yo le alabo mucho, y las mujeres, y los que no saben letras, le habíamos siempre de dar infinitas gracias: porque haya quien con tantos trabajos hayan alcanzado la verdad que los ignorantes ignoramos. Espántame muchas veces letrados (religiosos en especial) con el trabajo que han ganado, lo que sin ninguno, mas de preguntarlo me aprovecha a mí: ¡y que haya personas que no quieran aprovecharse desto! No plegue a Dios. Véolos sujetos a los trabajos de la Religión, que son grandes, con penitencias y mal comer, sujetos a la obediencia (que algunas veces me es gran confusión cierto): con esto mal dormir,

todo trabajo, todo cruz; paréceme sería gran mal, que tanto bien ninguno por su culpa lo pierda. Y podrá ser que pensemos algunos que estamos libres de estos trabajos, y nos lo dan guisado (como dicen) y viviendo a nuestro placer; que por tener un poco de más oración, nos hemos de aventajar a tantos trabajos. Bendito seáis Vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicistes: mas aláboos muy mucho, porque despertáis a tantos que nos despiertan. Había de ser muy continua nuestra oración por éstos que nos dan luz. ¿Qué seríamos sin ellos, entre tan grandes tempestades como ahora tiene la Iglesia? Y si algunos ha habido ruines, más resplandecerán los buenos. Plegue al Señor los tenga de su mano, y los ayude, para que nos ayuden. Amén.

14. Mucho he salido del propósito de lo que comencé a decir, mas todo es propósito para los que comiencen camino tan alto de manera que vayan puestos en verdadero camino. Pues tornando a lo que decía de pensar a Cristo a la coluna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; mas que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con él acallado el entendimiento. Si pudiere ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe y pida; humillese y regálese con él y acuérdesese que no merecía estar allí. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar oración, hallará grande provecho y hace muchos provechos esta manera de oración; al menos hallóle mi alma. No sé si acierto a decirlo. Vuesa merced lo verá: plegue al Señor acierte a contentarle siempre. Amén.



## CAPITULO XIV

COMIENZA A DECLARAR EL SEGUNDO GRADO DE ORACIÓN, QUE ES YA DAR EL SEÑOR AL ALMA A SENTIR GUSTOS MÁS PARTICULARES. DECLÁRALO PARA DAR A ENTENDER CÓMO SON YA SOBRENATURALES. ES HARTO DE NOTAR.

1. Pues ya queda dicho con el trabajo que se riega este vergel y cuán a fuerza de brazos sacando el agua del pozo; digamos ahora el segundo modo de sacar el agua que el Señor del huerto ordenó, para que con artificio de un torno y arcaduces sacase el hortelano más agua y a menos trabajo, y pudiese descansar sin estar contino trabajando. Pues este modo aplicado a la oración que llaman de quietud es lo que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza a recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello por diligencias que haga. Verdad es, que parece que algún tiempo se ha cansado en andar el torno y trabajar con el entendimiento, e hinchidose los arcaduces; mas aquí está el agua más alta y así se trabaja muy menos que en sacarla del pozo: digo que está más cerca el agua, porque la gracia da más claramente a conocer al alma. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más

gusto, mas no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa de manera, que sin saber cómo se cautiva, sólo da consentimiento para que le encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. ¡Oh Jesús, y Señor mío, que nos vale aquí vuestro amor; porque éste tiene al nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto a otra cosa sino a Vos!

2. Las otras dos potencias ayudan a la voluntad para que vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto; mas entonces no haga caso dellas sino esté en su gozo y quietud. Porque si las quiere recoger ella y ellas se perderán, que son entonces como unas palomas que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar sin trabajarlo ellas, y van a buscar de comer por otras partes y hállanlo tan mal que se tornan; y así van y vienen a ver si les da la voluntad de lo que goza. Si el Señor quiere echarles cebo, detiéndense, y si no tórnanle a buscar; y deben pensar que hacen a la voluntad provecho, y a las veces en querer la memoria o imaginación representarla lo que goza, la daña. Pues tenga aviso de haberse con ellas como diré. Pues todo esto que pasa aquí es con grandísimo consuelo y con tan poco trabajo, que no cansa la oración aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso a paso, y saca muy mucha más agua que no sacaba del pozo: las lágrimas que Dios aquí da ya van con gozo; aunque se sienten, no se procuran.

3. Esta agua de grandes bienes y mercedes que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy más sin comparación que en la oración pasada; porque se va ya esta alma subiendo de su miseria y dársele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo la hace más crecer y también llegar más cerca de la verdadera virtud de donde todas las vir-

tudes vienen que es Dios; porque comienza su Majestad a comunicarse a esta alma, y quiere que sienta ella cómo se lo comunica.

Comiéndase luego en llegando aquí a perder la codicia de lo de acá y pocas gracias: porque ve claro que un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites, que basten a dar un cierra ojo y abre deste contentamiento, porque es verdadero, y contento que se ve que nos contenta; porque los de acá por maravilla me parece entendemos a dónde está este contento, porque nunca falta un sí, no: aquí todo es sí en aquel tiempo; el no, viene después por ver que se acabó y que no lo puede tornar a cobrar ni sabe cómo; porque si se hace pedazos a penitencias y gracia, y todas las demás cosas, si el Señor no lo quiere dar aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza que entienda esta alma que está su Majestad tan cerca della, que ya no ha menester enviarle mensajero, sino hablar ella mesma con él, y no a voces, porque está ya tan cerca que en meneando los labios la entienden.

4. Parece impertinente decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios y está con nosotros. En esto no hay que dudar que es así: mas quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar a obrar en el alma en la gran satisfacción interior y exterior que le da, y en la diferencia que (como he dicho) hay deste deleite y contento a los de acá, que parece hinche el vacío que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo muy íntimo della esta satisfacción, y no sabe por dónde ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer, ni qué querer, ni qué pedir. Todo parece lo halla junto y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé cómo darlo a entender; porque para hartas cosas eran menester letras; porque aquí viniera bien dar

a entender qué es auxilio general o particular, que hay muchos que lo ignoran: y como este particular quiere el Señor aquí que casi le vea el alma por vista de ojos (como dicen); y también para muchas cosas que irán erradas; mas como lo han de ver personas que entiendan si hay yerro voy descuidada; porque así de letras como de espíritu, sé que lo puedo estar, yendo a poder de quien va que entenderán y quitarán lo que fuere mal. Pues querría dar a entender esto porque son principios, y cuando el Señor comienza a hacer estas mercedes, la misma alma no las entiende ni sabe qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor como hizo a mí, es gran trabajo si no hay quien la entienda; y esla gran gusto verse pintada, y entonces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer para ir aprovechando en cualquier estado destes; porque he yo pasado mucho y perdido harto tiempo por no saber qué hacer: y he gran lástima a almas que se ven solas cuando llegan aquí; porque aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso decláranse muy poco: y si no es alma muy ejercitada, aun declarándose mucho terná harto que hacer en entenderse.

5. Querría mucho el Señor me favoreciese, para poner los efectos que obran en el alma estas cosas (que ya comienzan a ser sobrenaturales) para que se entienda por los efectos cuando es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme a lo que acá se puede entender, aunque siempre es bien andemos con temor y recato; que aunque sea de Dios, alguna vez podrá transfigurarse el demonio en Angel de luz: y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejercitada, que para entender esto es menester llegar muy a la cumbre de la oración. Ayúdame poco el poco tiempo que tengo, y así ha menester su Majestad hacerlo, porque he de andar con la comunidad y con otras hartas ocupaciones (como estoy en casa que ahora

se comienza, como después se verá), y así es muy sin tener asiento lo que escribo, sino a pocos a pocos, y éste quisiera, porque cuando el Señor da espíritu pónese con facilidad y mejor. Parece como quien tiene un dechado delante que está sacando aquella labor; mas si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje, que si fuese algarabía a manera de decir, aunque hayan muchos años pasado en oración. Y así me parece es grandísima ventaja cuando lo escribo estar en ella, porque veo claro no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé después cómo lo acerté a decir: esto me acaece muchas veces.

16. Ahora tornemos a nuestra huerta o vergel, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y dar después fruto; y las flores y los claveles lo mesmo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios (y plegue al Señor haya yo ahora comenzado a servir a su Majestad) digo, principio de lo que diré de aquí adelante de mi vida, me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban a lo que parecía a querer salir, y que fuese para su gloria y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria deste huerto, todo parece está seco, y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud.

Pásese mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano, que todo el que ha tenido en sustentarle y regarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar y quitar de raíz las yerbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas con conocer no hay diligencia que baste, si el agua de la gracia nos quita Dios: y tener en poco nuestra nada

y aun menos que nada. Gánase aquí mucha humildad, tornan de nuevo a crecer las flores.

7. ¡Oh Señor mío y bien mío! ¡Que no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma, que queráis Vos, Señor, estar así con nosotros y estáis en el Sacramento, que con toda verdad se puede creer, pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparación; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con Vos, que Vos os holgáis con nosotros, pues decís ser vuestros deleites estar con los hijos de los hombres! ¡Oh Señor mío! ¿Qué es esto? Siempre que oigo esta palabra, me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, que haya alma que llegue a que Vos le hagáis mercedes semejantes y regalos, y a entender que Vos os holgáis con ella, que os torne a ofender después de tantos favores y tan grandes muestras del amor que la tenéis, que no se puede dudar, pues se ve claro la obra? Si hay por cierto, y no una vez sino muchas, que soy yo: y plegue a vuestra bondad, Señor, que se vea sola la ingrata, y la que haya hecho tan gran maldad y tenido tan excesiva ingratitud: porque aun ya della algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¿Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar? Suplícoos yo, Dios mío, sean así, y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan a los que las ven; y a mí me sacan de mí muchas veces, para poder mejor alabaros a Vos, que estando en mí sin Vos, no podría, Señor mío, nada, sino tornar a ser cortadas estas flores deste huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase a servir de muladar como antes. No lo permitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprastes, y tantas veces de nuevo la habéis tornado a rescatar y quitar de los dientes del espantoso dragón. Vuesa merced me perdone que salgo

de propósito, y como hablo a mi propósito no se espante, que es como toma a la alma lo que se escribe, que a las veces hace harto de dejar de ir adelante en álabanzas de Dios como se le se presenta, escribiendo lo mucho que le debe. Y creo no le hará a vuesa merced gran gusto, porque entrambos me parece podemos cantar una cosa, aunque en diferente manera; porque es mucho más lo que yo debo a Dios, porque me ha perdonado más, como vuesa merced sabe.





## CAPITULO XV

PROSIGUE EN LA MESMA MATERIA, Y DA ALGUNOS AVISOS DE CÓMO SE HAN DE HABER EN ESTA ORACIÓN DE QUIETUD, TRATA DE CÓMO HAY MUCHAS ALMAS QUE LLEGAN A TENER ESTA ORACIÓN, Y POCAS QUE PASEN ADELANTE. SON MUY NECESARIAS Y PROVECHOSAS LAS COSAS QUE AQUÍ SE TOCAN.

1. Ahora tornemos al propósito. Esta quietud y recogimiento del alma es cosa que se siente mucho en la satisfacción y paz que en ella se pone, con grandísimo contento y sosiego de las potencias y muy suave deleite. Parécele como no ha llegado a más que no le queda qué desear, y que de buena gana diría con San Pedro que fuese allí su morada.

No osa bullirse ni menearse, que de entre las manos les parece se le ha de ir aquel bien; ni resollar algunas veces no querría. No entiende la pobrecita, que pues ella por sí no pudo nada para traer a sí aquel bien, que menos podrá detenerle más de lo que el Señor quisiere. Ya he dicho que en este primer recogimiento y quietud no faltan las potencias del alma; mas está tan satisfecha con Dios, que mientras aquello dura aunque las dos potencias se desbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud y el sosiego, antes ella poco a poco

torna a recoger el entendimiento y memoria: porque aunque ella aun no está de todo punto engolfada, está también ocupada sin saber cómo, que por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento y gozo; antes muy sin trabajo se va ayudando, para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

2. Plegue a su Majestad me dé gracia para que yo dé esto a entender bien; porque hay muchas almas que llegan a este estado, y pocas las que pasan adelante, y no sé quién tiene la culpa: a buen seguro que no falta Dios, que ya su Majestad hace merced que llegue a este punto, no creo cesaría de hacer muchas más si no fuese por nuestra culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí conozca la dignidad grande en que está, y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razón no había de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, si no queda por su culpa.

Y desventurada será si torna atrás; yo pienso será para ir hacia abajo, como yo iba si la misericordia del Señor no me tornara; porque por la mayor parte será por graves culpas a mi parecer: ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal. Y así ruego yo por amor del Señor a las almas, a quien su Majestad ha hecho tan gran merced, de que lleguen en este estado que se conozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presunción para no tornar a las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza y maldad, y ruin y miserable natural cayeren como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha, y anden con temor (que tienen razón de tenerle) que si tornan a la oración, han de ir de mal en peor. Que ésta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien; y con estas almas hablo, que no digo que no han de ofender a Dios y caer en pecados, aunque sería razón se guardase mucho dellos quien ha comenzado

a recibir estas mercedes, mas somos miserables. Lo que aviso mucho es, que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor y fortaleza para levantarse; y crea, crea que si desta se aparta, que lleva a mi parecer peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque como he dicho juzgo por mí.

3. Es, pues, esta oración una centellica que comienza el Señor a encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo. Esta quietud, y recogimiento, y centellica, si es espíritu de Dios y no gusto dado del demonio, o procurado por nosotros; aunque a quien tiene experiencia, es imposible no entender luego que no es cosa que se puede adquirir; sino que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas que todo lo prueba, mas quédase muy en frío bien en breve, porque por mucho que quiera comenzar a hacer arder el fuego para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle: pues esta centellica puesta por Dios por pequeña que es, hace mucho ruido; y si no la matan por su culpa, ésta es la que comienza a encender el gran fuego, que echa llamas de sí (como diré en su lugar) del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad tengan las almas perfectas.

Es esta centella una señal o prenda que da Dios a esta alma, de que la escoge ya para grandes cosas si ella se apareja para recibillas; es gran dón mucho más de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, porque como digo, conozco muchas almas que llegan aquí, y que pasen de aquí como han de pasar, son tan pocas, que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe de haber que por algo nos sustenta Dios; digo lo que he visto. Querríalas mucho avisar que miren no escondan al talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas (en especial en estos tiem-

pos que son menester amigos fuertes de Dios, para sustentar los flacos); y los que esta merced conocieren en sí, téngase por tales si saben responder con las leyes que aun la buena amistad del mundo pide; y si no (como he dicho) teman y hayan miedo no se hagan a sí mal, y plegue a Dios sea a sí solos.

4. Lo que ha de hacer el alma en los tiempos desta quietud, no es más de con suavidad y sin ruido; llamo ruido, andar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones, para dar gracias deste beneficio y ámontonar pecados suyos y faltas, para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí y representa el entendimiento y bulle la memoria, que cierto estas potencias a mí me cansan a ratos, que con tener poca memoria no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego y cordura; entienda que no se negocia bien con Dios a fuerza de brazos: y que éstos son unos leños grandes puestos sin discreción para ahogar esta centella, y conózcalo, y con humildad diga: ¿Señor, qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el cielo? ¡Oh, palabras que se ofrecen aquí de amor fundado mucho en conocer; que es verdad lo que dice; y no haga caso del entendimiento que es un moledor! Y si ella le quiere dar parte de lo que goza, o trabaja por recogerle (que muchas veces se verá en esta unión de la voluntad y sosiego, y el entendimiento muy desbaratado) no acierta, más vale que le deje, que no que vaya ella tras él (digo la voluntad), sino estése ella gozando de aquella merced, y recogida como sabia abeja: porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas a otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel.

5. Así que perderá mucho el alma si no tiene aviso en esto, en especial si es el entendimiento agudo, que cuando comienza a ordenar pláticas y buscar razones en tantico, si son bien dichas pensará hacer algo. La razón que aquí ha de haber, es entender

claro que no hay ninguna, para que Dios nos haga tan gran merced sino sola su bondad; y ver que estamos tan cerca y pedir a su Majestad mercedes, y rogarle por la Iglesia y por los que se nos han encomendado, y por las ánimas del purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oya. Es oración que comprende mucho, y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad algunas razones, que de la misma razón se representarán de verse tan mejorada para avivar este amor, y hacer algunos actos amorosos de que hará por quien tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento, a que busque grandes cosas. Mas hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y menos serán que pajas, si las ponemos nosotros), y más le ayudan a encender, que no mucha leña junta de razones muy doctas a nuestro parecer, que en un Credo la ahogarán. Esto es bueno para los letrados que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar Escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras antes y después; aquí en estos ratos de oración poca necesidad hay dellas, a mi parecer, si no es para entibiar la voluntad; porque el entendimiento está entonces de verse cerca de la luz con grandísima claridad, que aun yo con ser la que soy, parezco otra. Y es así, que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latín, en especial del Salterio, no sólo entender el verso en romance, sino pasar delante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir. Dejémos si hubiesen de predicar o enseñar, que entonces bien es de ayudarse de aquel bien, para ayudar a los pobres de poco saber como yo, que es gran cosa la caridad, y éste aprovechar almas siempre yendo desnudamente por Dios.

6. Así que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso: quédense las le-

tras a un cabo, tiempo verná que aprovechen al Señor y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber sólo para servir a su Majestad, porque ayudan mucho; mas delante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto della, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir: sino que conocer lo que somos con llaneza y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como a la verdad lo es delante de su presencia) pues su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos.

También se mueve el entendimiento a dar gracias muy compuestas; mas la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el Publicano, hace más hacimiento de gracias, que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer. En fin, aquí no se ha de dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras aun vocales si quisieren alguna vez o pudieren; porque si la quietud es grande, puédese mal hablar, si no es con mucha pena. Siéntese a mi parecer, cuando es espíritu de Dios o procurado de nosotros, con comienzo de devoción que da Dios, y queremos (como he dicho) pasar nosotros a esta quietud de la voluntad; entonces no hace efecto ninguno, acábase presto, deja sequedad. Si es del demonio alma ejercitada, paréceme lo entenderá; porque deja quietud y poca humildad, y poco aparejo para los efectos que hace el de Dios; no deja luz en el entendimiento, ni firmeza en la verdad.

7. Puede hacer aquí poco daño o ninguno, si el alma endereza su deleite y suavidad que allí siente a Dios, y pone en él sus pensamientos y deseos (como queda avisado) no puede ganar nada el demonio; antes permitirá Dios, que con el mesmo deleite que causa en el alma, pierda mucho; porque éste ayudará a que el alma como piensa que es Dios, venga muchas veces a la oración con codicia dél: y si es alma hu-

milde y no curiosa ni interesal de deleites (aunque sean espirituales) sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no podrá ansí hacer si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Mas cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto y deleite se humilla (que en esto ha de tener mucho cuidado en todas las cosas de oración, y gustos procurar salir humilde), no tornará muchas veces el demonio, viendo su pérdida. Por esto y por otras muchas cosas, avisé yo en el primer modo de oración, y en la primer agua que es gran negocio comenzar las almas oración, comenzándose a desasir de todo género de contentos, y entrar determinadas a sólo ayudar a llevar la cruz a Cristo como buenos caballeros, que sin sueldo quieren servir a su Rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar.

8. Es muy gran cosa traer esto siempre delante, en especial en los principios; que después tanto se ve claro que antes es menester olvidarlo para vivir, que procurarlo traer a la memoria lo poco que dura todo, y cómo no es todo nada, y en lo no nada que se ha de estimar el descanso; parece que esto es cosa muy baja; y ansí es verdad, que los que están adelante en más perfección, terían por afrenta y entre sí se correrían, si pensasen que porque se han de acabar los bienes deste mundo los dejen, sino que aunque durasen para siempre, se alegran de dejarlos por Dios; y mientras más perfectos fueren, más: y mientras más duraren, más. Aquí en éstos está ya crecido el amor, y él es el que obra; mas a los que comienzan esles cosa importantísima, y no lo tengan por bajo, que es gran bien el que se gana, y por eso lo aviso tanto que les será menester aun a los muy encumbrados en oración algunos tiempos que los quiere Dios, probar, y parece que su Majestad los deja. Que como ya he dicho y no querría esto se olvidase en esta vida que vivimos, no crece el alma como el cuerpo, aunque deci-

mos que sí, y de verdad crece: mas un niño después, que crece y echa gran cuerpo y ya le tiene de hombre, no torna a decrecer y a tener pequeño cuerpo, acá quiere el Señor que sí (a lo que yo he visto por mí, que no lo sé por más), debe ser por humillarnos para nuestro gran bien, y para que no nos descuidemos mientras estuviéremos en este destierro; pues el que más alto estuviere, más se ha de temer y fiar menos de sí. Vienen veces que es menester para librarse de ofender a Dios éstos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfección se dejarían atormentar, y pasarían mil muertes; que para no hacer pecados, según se ven combatidos de tentaciones y persecuciones, se han menester aprovechar de las primeras armas de la oración, y tornar a pensar que todo se acaba, y que hay cielo e infierno, y otras cosas desta suerte. Pues tornando a lo que decía gran fundamento es para librarse de los ardidés y gustos que da el demonio, el comenzar con determinación de llevar camino de cruz desde el principio y nos los desear, pues el mesmo Señor mostró este camino de perfección, didiciendo: Toma tu cruz, y sígueme. El es nuestro dechado, no hay que temer, quien por sólo contentarle siguiere sus consejos. En el aprovechamiento que vieren en sí, entenderán que no es demonio; que aunque tornen a caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto, y éstas que ahora diré.

9. Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión: porque el mesmo Señor la da de manera bien diferente, de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz, que enseña aquí el Señor, que hace una confesión que hace deshacer. Esto es cosa muy conocida, el conocimiento que da Dios, para que conozcamos que ningún bien tenemos de nosotros; y mientras mayores mercedes, más. Pone un

gran deseo de ir adelante en la oración, y no la dejar por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder, a todo se ofrece. Una seguridad con humildad y temor de que ha de salvarse. Echa luego el temor servil del alma, y pónese el filial temor muy más crecido. Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interese suyo, y desea ratos de soledad para gozar más de aquel bien. En fin, por no me cansar, es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término que no les falte casi nada para brotar, y esto verá muy claro el alma; y en ninguna manera por entonces se podrá determinar a que no estuvo Dios con ella, hasta que se torna a ver con quebras e imperfecciones, que entonces todo lo teme, y es bien que tema; aunque almas hay, que les aprovecha más creer cierto, que es Dios, que todos los temores que le puedan poner; porque si de suyo es amorosa y agradecida, más la hace tornar a Dios la memoria de la merced que le hizo, que todos los castigos del infierno que le representan: al menos a la mía, aunque tan ruin, esto le acaecía.

10. Porque las señales del buen espíritu se irán diciendo más (como a quien le cuestan muchos trabajos sacarlas en limpio) no las digo ahora aquí. Y creo con el favor de Dios, en esto atinaré algo; porque (dejada la experiencia en que he mucho entendido) sólo de algunos letrados muy letrados y personas muy santas, a quien es razón se dé crédito y no anden las almas tan fatigadas, cuando llegaren aquí por la bondad del Señor, como yo he andado.





## CAPITULO XVI

TRATA DEL TERCER GRADO DE ORACIÓN, Y VA DECLARANDO COSAS MUY SUBIDAS, Y LO QUE PUEDE EL ALMA QUE LLEGA AQUÍ, Y LOS EFECTOS QUE HACEN ESTAS MERCEDES TAN GRANDES DEL SEÑOR. ES MUY PARA LEVANTAR EL ESPÍRITU EN ALABANZAS DE DIOS, Y PARA GRAN CONSUELO DE QUIEN LLEGARE AQUÍ.

1. Vengamos ahora a hablar de la tercer agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río, o de fuente, que se riega muy a menos trabajo, aunque alguno da el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al hortelano de manera que casi él es el hortelano y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. El gusto y suavidad, y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia a la garganta esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe cómo ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candelá en la mano, que le falta poco para morir muerte que le desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino,

una celestial locura a donde se deprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma. Y es así, que ha que me dió el Señor en abundancia esta oración, creo cinco y aun seis años y muchas veces, y que ni yo la entendía ni la supiere decir; y así tenía por mí, llegada aquí decir muy poco o nada. Bien entendía que no era del todo unión de todas las potencias, y que era más que la pasada muy claro; mas yo confieso que no podía determinar y entender cómo era esta diferencia. Creo que por la humildad que vuesa merced ha tenido en querer-se ayudar de una simpleza tan grande como la mía, me dió el Señor hoy acabando de comulgar esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma que cierto yo me espanté y entendí en un punto. Muchas veces estaba así como desatinada y embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obraba aquí; porque en hecho de verdad están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado he en extremo de haberlo ahora entendido. Bendito sea el Señor, que así me ha regalado.

2. Sólo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no me parece que del todo se podría entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierta; al menos el entendimiento no vale aquí nada: querría dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí un desasosiego sabroso: ya, ya se abren las flores, ya comienzan a dar olor. Aquí querría el alma que todos la vieses, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios y que ayudasen a ello, y darle parte de su gozo que querría llamar o llamaba a sus vecinas. Esto me parece debía

sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tañía y cantaba con la arpa en alabanzas de Dios. Deste glorioso Rey soy yo muy devota, y querría todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

3. ¡Oh, váleme Dios! cuál está un alma cuando está así, toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos atinando siempre a contentar a quien la tiene así. Yo sé persona que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria que tan sabrosa pena le daba, se quejaba della a su Dios. Todo su cuerpo y alma querría se despedazase para mostrar el gozo que con esta pena sienta. ¿Qué se le pondrá entonces delante de tormentos que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? Ve claro, que no hacían casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos; porque conoce bien el alma, viene de otra parte la fortaleza. Mas ¿qué sentirá de tornar a tener seso para vivir en el mundo, y haber de tornar a los cuidados y cumplimientos dél? Pues no me parece he encarecido cosa que no quede baja en este modo de gozo, que el Señor quiere en este destierro que goce un alma. Bendito seáis por siempre, Señor, alaben os todas las cosas por siempre. Queréd ahora, Rey mío, suplícooslo yo, que pues cuanto esto escribo, no estoy fuera desta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, que tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, o permitáis que no trate yo con nadie, o ordenad Señor, como no tenga y cuenta en cosa del mundo, o me sacad dél. No pueda ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin Vos le vienen; que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis Vos. Querría ya esta alma verse libre; el comer la mata: el dormir la congoja: ve que se le pasa el tiempo

de la vida pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos. ¡Oh, verdadero Señor, y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que llegan a este estado! Delgada porque es suave; pesada porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre della, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada y nunca hasta la fin del mundo morirse; no tiene en nada su descanso, a trueque de haceros un pequeño servicio no sabe qué desee, más bien entiende que no desea otra cosa sino a Vos.

4. ¡Oh, Padre mío! (que es tan humilde, que así se quiere nombrar a quien va esto dirigido y me lo mandó escribir) sean sólo para vuesa merced las cosas en que viere salgo de términos; porque no hay razón que baste a no me sacar della, cuando me saca el Señor de mí; ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgué; parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos deste mal que estoy yo ahora. Suplico a vuesa merced seamos todos locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron; pues dice vuesa merced que me quiere en disponerse para que Dios le haga esta merced, quiero que me lo muestre porque veo muy pocos que no los vea con seso demasiado para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuesa merced, Padre mío, pues es mi confesor y a quien he fiado mi alma, desengañeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

5. Este concierto querría hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra su Majestad, y ordenar maldades y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca a sí como

conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje: hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar; buena intención tendrán y la obra lo será, mas así se enmiendan pocos. Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? Sabe que me parece, porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él con gran fuego del amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama: no digo yo sea tanta como ellos tenían, mas querría que fué más de lo que veo. ¿Sabe vuesa merced en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra, que no se les daba más a truco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo, que ganarlo todo: que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser. ¡Oh gran libertad! Tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme a las leyes del mundo, que como ésta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse y tornar a su tierra. Y, pues, este es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor. Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí y perdóneme, que he estado muy atrevida.





## CAPITULO XVII

PROSIGUE EN LA MESMA MATERIA DE DECLARAR ESTE TERCER GRADO DE ORACIÓN; ACABA DE DECLARAR LOS EFECTOS QUE HACE; DICE EL IMPEDIMENTO QUE AQUÍ HACE LA IMAGINACIÓN Y MEMORIA.

1. Razonablemente está dicho deste modo de oración, y lo que ha de hacer el alma, o por mejor decir, hace Dios en ella que es el que toma ya el oficio de hortelano y quiere que ella huelgue: sólo consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza, y se ha de ofrecer a todo lo que en ella quisiere hacer la verdadera sabiduría; porque es menester ánimo cierto; porque es tanto el gozo que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir deste cuerpo: ¡y qué venturosa muerte sería! Aquí me parece viene bien (como a vuesa merced se dijo) dejarse del todo en los brazos de Dios: si quiere llevarle al cielo, vaya, si al infierno, no tiene pena, como vaya con su bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años también: haga su Majestad como cosa propia, ya no es suya el alma de sí mesma, dada está del todo al Señor, descúidese del todo. Digo que en tan alta oración como ésta (que cuando la da Dios al alma, puede hacer todo esto y mucho más, que éstos son sus efectos) entiende que lo hace sin ningún cansancio del entendimiento; sólo me parece está como espantado de ver cómo el Señor hace tan buen hortelano, y no quiere que tome él

trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar a oler las flores. Que en una llegada desta por poco que dure, como es tal el hortelano, en fin Criador del agua, dala sin medida; y lo que la pobre del alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto y crece la fruta, y madúrala de manera que se puede sustentar de su huerto, queriéndolo el Señor; mas no le da licencia que reparta la fruta, hasta que él esté tan fuerte con lo que ha comido della, que no se le vaya en gustaduras y no dándole nada de provecho, ni pagándosela a quien la diere, sino que los mantenga y dé de comer a su costa y quedarse a él por ventura muerto de hambre. Esto bien entendido va para tales entendimientos, y sabránlo aplicar mejor que yo lo sabré decir y cánsome.

2. En fin es, que las virtudes quedan ahora más fuertes que en la oración de quietud pasada; porque se ve otra el alma, y no sabe cómo comienza a obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores que quiere el Señor que se abran, para que ella crea que tiene virtudes, aunque ve muy bien que no las podía ella ni ha podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortelano se las dió. Aquí es muy mayor la humildad y más profunda que el alma queda, que en lo pasado; porque ve más claro que poco ni mucho hizo, sino consentir que le hiciese el Señor mercedes y abrazarlas la voluntad.

3. Paréceme este modo de oración, unión muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere su Majestad dar licencia a las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas y muy muchas veces estando unida la voluntad (para que vea vuestra merced puede ser esto y lo entienda cuando lo tuviere, al menos a mí trájome tonta y por eso lo digo aquí) entiéndese que está la voluntad atada y gozando; y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento y me-



moria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, porque allí está el alma que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración puede también ser Marta. Así que está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y puede entender en obras de caridad y negocios que convengan a su estado, y leer; aunque no del todo están la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro, y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo para que en teniendo tiempo de soledad o desocupación de negocios, venga el alma a muy sosegada quietud. Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento de manera, que no a todo manjar arrostraría; mas no tan harta que si los ve buenos deje de comer de buena gana: así no le satisface ni querría entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más de estar con él: esto es lo que quiere.

4. Hay otra manera de unión que aún no es entera unión, mas es más que la que acabo de decir; y no tanto como la que se ha dicho de esta tercer agua. Gustará vuesa merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito y entender lo que es, porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es, y qué gracia; y otra es saber decirla y dar a entender cómo es: y aunque no parece es menester más de la primera para no andar el alma confusa y medrosa, e ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo y merced; porque cada una es razón alabe mucho al Señor, quien

la tiene y quien no porque la dió su Majestad a alguno de los que viven para que nos aprovechase a nosotros. Ahora, pues, acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir (en especial a mí, que me hace Dios esta merced desta suerte muy muchas), que coge Dios la voluntad y aun el entendimiento a mi parecer, porque no discurre si no está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando y ve tanto que no sabe hacia dónde mirar, uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa.

5. La memoria queda libre (junto con la imaginación debe ser) y ella como se ve sola es para alabar a Dios la guerra que da, y como procura desasosegarlo todo: a mí cansada me tiene y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo: ¿Cuándo, mi Dios, ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos sin poder valerse a sí? Aquí veo el mal que nos causó el pecado, pues así nos sujetó a no hacer lo que queremos de estar siempre ocupados en Dios. Digo que me acaece a veces (y hoy ha sido la una y así lo tengo bien en la memoria), que veo deshacerse mi alma, por verse junta a donde está la mayor parte y ser imposible, sino que le da tal guerra la memoria e imaginación que no la dejan valer; y como faltan las otras potencias, no valen aun para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar, digo para hacer mal, porque no tienen fuerza ni paran en un sér; como el entendimiento no la ayuda poco ni mucho, a lo que le representa no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino destas maripositas de las noches importunas y desasosegadas, así anda de un cabo a otro. En extremo, me parece, le viene al propio esta comparación; porque aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal importuna a los que la ven. Para esto no sé qué remedio haya, que hasta ahora no me le ha dado Dios a entender, que de buena gana le tomaría para mí,

que me atormenta como digo muchas veces. Representáse aquí nuestra miseria y muy claro el gran poder de Dios; pues ésta que queda suelta, tanto nos daña y nos cansa, y las otras que están con su Majestad, el descanso que nos dan.

6. El postrer remedio que he hallado al cabo de haberme fatigado hartos años, es lo que dije en la oración de quietud, que no se haga caso della más que de un loco, sino dejarla con su tema que sólo Dios se la puede quitar: y en fin, aquí por esclava queda, hémosla de sufrir con paciencia como hizo Jacob a Lia; porque harta merced nos hace el Señor que gocemos de Raquel. Digo que queda esclava, porque en fin no puede por mucho que haga traer a sí las otras potencias; antes ellas sin ningún trabajo la hacen venir a sí. Algunas es Dios servido de haber lástima de verla tan perdida y desasosegada, con deseo de estar con las otras, y consiéntela su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su natural casi estando sobrenaturalmente gozando de tan grandes bienes.

7. En todas estas maneras que desta postrer agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite participa dél el cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho. Parece ha querido el Señor declarar estos estados en que se ve el alma a mi parecer lo más que acá se puede dar a entender. Trátelo vuesa merced con persona espiritual, que haya llegado aquí y tenga letras: si le dijere que está bien, crea que se lo ha dicho Dios, y ténganlo en mucho a su Majestad; porque como he dicho, andando el tiempo, se holgará mucho de entender lo que es; mientras no le diere la gracia (aunque se la dé de gozarlo) para entenderlo como le haya dado su Majestad la primera, con su entendimiento y letras lo entenderá por aquí. Sea alabado por todos los siglos por todo, Amén.



## CAPITULO XVIII

EN QUE TRATA DEL CUARTO GRADO DE ORACIÓN; COMIENZA A DECLARAR POR EXCELENTE MANERA LA GRAN DIGNIDAD EN QUE EL SEÑOR PONE AL ALMA QUE ESTÁ EN ESTE ESTADO: ES PARA ANIMAR MUCHO A LOS QUE TRATAN ORACIÓN, PARA QUE SE ESFUERCEN DE LLEGAR A TAN ALTO ESTADO, PUES SE PUEDE ALCANZAR EN LA TIERRA; AUNQUE NO POR MERECCERLO, SINO POR LA BONDAD DEL SEÑOR. LÉASE CON ADVERTENCIA; PORQUE SE DECLARA POR MUY DELICADO MODO, Y TIENE COSAS MUCHO DE NOTAR.

1. El Señor me enseñe palabras cómo se pueda decir algo de la cuarta agua: bien es menester su favor aun más que para la pasada; porque en ella aun siente el alma no está muerta del todo que así lo podemos decir, pues lo está al mundo. Mas, como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir su soledad, y aprovéchase de lo exterior para dar a entender lo que siente, siquiera por señas. En toda la oración y modos della, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querría salir dél; y así no se siente por trabajo ni por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien a donde junto se encierran todos los bie-

nes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder entender en otra cosa interior ni exteriormente. Antes dábaseles licencia, para que (como digo) hiciesen algunas muestras del gran gozo que sienten: acá el alma goza más sin comparación, y puédesse dar a entender muy menos; porque no queda poder en el cuerpo, ni en el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo le sería gran embarazo y tormento, y estorbo de su descanso; y digo, que si es unión de todas las potencias que aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede ya no es unión. El cómo es esta que llaman unión y lo que es, yo no lo sé dar a entender; en la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos, ni sé entender qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma o espíritu tampoco, todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí mesma a manera de un fuego que está ardiendo y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuesas mercedes lo entenderán con sus letras, que yo no lo sé más decir.

2. Lo que yo pretendo declarar es, que siente el alma cuando está en esta 'divina unión. Lo que es unión, ya se está entendido, que es dos cosas divinas hacerse una. ¡Oh, Señor mío, qué bueno sois! Bendito seáis para siempre; alaben os, Dios mío, todas las cosas, que así nos amastes de manera que con verdad podamos hablar desta comunicación, que aun en este destierro tenéis con las almas; y aun con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad; en fin, vuestra, Señor mío, que dais como quien sois. ¡Oh, largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras! Espanta a quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno

para entender verdades. ¿Pues qué hagáis a almas que tanto os han ofendido, mercedes tan soberanas? Cierto a mí me acaba el entendimiento; y cuando llego a pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disparates me remedio algunas veces. Acaéceme muchas cuando acabo de recibir estas mercedes, o me las comienza Dios a hacer (que estando en ellas, ya he dicho, que no hay poder hacer nada) decir: Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces, que lo torno a derramar. No pongáis tesoro semejante a donde aun no está como ha de estar perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza desta ciudad, y llaves de la fortaleza della a tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, oh Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, según yo soy) no puede dar con ellas a ganar a nadie. En fin, mujer, y no buena, sino ruin. Parece que no sólo se esconden los talentos, sino que se entierran en tierra tan astrosa. No soléis Vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas. Ya sabéis, Dios mío, que de toda voluntad y corazón os lo suplico, y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque las hagáis Vos a quien con este bien

más aproveche, porque crezca vuestra gloria. Estas y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Vea después mi necesidad y poca humildad; porque bien sabe el Señor lo que conviene, y que no había fuerzas en mi alma para salvarse, si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

3. También pretendo decir las gracias y efectos que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, o si es parte para llegar a tan grande estado. Acaece venir este levantamiento de espíritu, o juntamiento con el amor celestial: que a mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta misma unión. A quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle ha que no; y a mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera, y en el crecimiento de desasir el alma de las criaturas, más mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque como digo, sea todo uno, o lo parezca; mas un fuego pequeño también es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno a lo otro. En un fuego pequeño primero que un hierro pequeño se hace ascua, pasa mucho espacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su sér al parecer. Así me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere llegado a arrobamientos lo entenderá bien: si no lo ha probado, parécele ha desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar en una cosa tal, y dar a entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con que lo comenzar, no es mucho que desatine.

4. Mas creo esto del Señor (que sabe su Majestad, que después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto) que me ha en ello de ayudar. No diré cosa que no la haya experimentado mucho: y es así, que cuando comencé esta postrer agua a escribir, que me parecía im-

posible saber tratar cosa más que hablar en griego; que así es ello dificultoso; con esto lo dejé y fui a comulgar. Bendito sea el Señor, que así favorece a los ignorantes. ¡Oh, virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, y otras poniéndome delante cómo lo había de decir, que (como hizo en la oración pasada) su Majestad parece quiere decir, lo que yo no puedo, ni sé. Esto que digo, es entera verdad, y así lo que fuere bueno, es suya la doctrina; lo malo está claro, es del piélago de los males, que soy yo: y así digo, que si hubiere personas que hayan llegado a las cosas de oración, que el Señor ha hecho merced a esta miserable (que debe haber muchas) y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles descaminadas, que ayudaría el Señor a su sierva, para que saliese con su verdad adelante.

5. Ahora hablando desta agua que viene del cielo, para con su abundancia hinchar, y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara cuando la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve qué descanso tuviera el hortelano; y a no haber invierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltaran flores y frutas, ya se ve qué deleite tuviera; mas mientras vivimos, es imposible: siempre ha de haber cuidado de cuando faltare la una agua, procurar la otra. Esta del cielo viene muchas veces, cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es que a los principios casi siempre es después de larga oración mental, que de un grado en otro viene el Señor a tomar esta avecita, y ponerla en el nido para que descanse: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad, y con todas sus fuerzas buscar a Dios, y contentarle, quiérela dar el premio aun en esta vida; ¡y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!

6. Estando así el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera, que si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera: oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, si no es para no la acabar de dejar a su placer y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido. Esta oración no hace daño por larga que sea, al menos a mí nunca me lo hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. ¿Mas qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.

7. Verdad es, que a los principios pasa en tan breve tiempo (al menos a mí así me acaecía) que en estas señas exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto a entender cuanto pasa con brevedad; más bien se entiende en la sobra de las mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que a mí parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho: yo nunca, a mi parecer, estuve tanto.

Verdad es que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente, mas digo, que de una vez en muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan a importunar: como la voluntad está queda, tórnala a suspender, y están otro poco, y tornan a vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias a emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan a perder de sí, para estar muy más ganadas; y acompañan a la voluntad y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo y sin ninguna imaginación en nada (que a mi entender también se pierde del todo) digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco a cogerlas Dios consigo.

8. Ahora vengamos a lo interior de lo que el alma aquí siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oración que escribo) qué hacia el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí, y no es ella la que vive, sino yo: como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo. Quien lo hubiere probado entenderá algo desto, porque no se puede decir más claro, por ser tan obscuro lo que allí pasa. Sólo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera, que en ninguna manera (como he dicho) se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiera habido dél: si lee, en lo que leía, no hay acuerdo, ni parar: si rezar, tampoco. Ansí que a esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le

quemar las alas, ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama: el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: a mí no me parece que entiende; porque como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto. Acaeciómeme a mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas; y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible dejar de creer que estaba allí, no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras, me decían que estaba solo por gracia, yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la orden del glorioso patriarca Santo Domingo me quitó desta duda; que me dijo estar presente, y como se comunicaba con nosotros, que me consoló harto. Es de notar y entender, que siempre esta agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias como ahora diré.





## CAPITULO XIX

PROSIGUE EN LA MESMA MATERIA, COMIENZA A DECLARAR LOS EFECTOS QUE HACE EN EL ALMA ESTE GRADO DE ORACIÓN. PERSUADE MUCHO A QUE NO TORNEN ATRÁS, AUNQUE DESPUÉS DESTA MERCED TORNEN A CAER, NI DEJEN LA ORACIÓN. DICE LOS DAÑOS QUE VERNÁN DE NO HACER ESTO: ES MUCHO DE NOTAR, Y DE GRAN CONSOLACIÓN PARA LOS FLACOS Y PECADORES.

1. Queda el alma desta oración y unión con grandísima ternura; de manera, que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas: hállase bañada dellas, sin sentirlo, ni saber cuándo, ni cómo las lloró; mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace más crecer: parece esto algarabía, y pasa ansí. Acaecido me ha algunas veces en este término de oración, estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño, o si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de agua (que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo) veía que no había sido sueño; esto era a los principios, que pasaba con brevedad. Queda el ánimo animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heroicas, la viveza de los

deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada y altamente, que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella excesiva merced, y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla, ni para tenerla. Vese claro indignísima (porque empieza a donde entra mucho sol no hay telaraña escondida) ve su miseria: va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco, o ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece, que aunque no quiso le cerraron la puerta a todos los sentidos, para que más pudiese gozar del Señor: quédase sola con él, ¿qué ha de hacer sino amarle? Ni ve, ni oye, si no fuese a fuerza de brazos, poco hay que le agradecer. Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios, con gran verdad, y sin haber menester andar a caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer, y entender. De sí ve que merece el infierno, y que le castigan con gloria: deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora. Bendito seáis, Señor mío, que así hacéis de piscina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis alabado, ¡oh, regalo de los Angeles, que así queréis levantar un gusano tan vil!

2. Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma: puede ya (con entender claro que no es suya la fruta) comenzar a repartir della, y no le hace falta a sí. Comienza a dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y a tener deseos de repartirlos con otros, suplicar a Dios no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí: ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse a ellas. Entienden que tienen virtudes, y ven la fruta, que es codiciosa; querríanle ayudar a comer. Si esta tierra está muy cavada con trabajos, y persecuciones,

y murmuraciones, y enfermedades (que pocos deben de llegar aquí sin esto), y si está mullida, con ir muy desasida de propio interese, el agua se embebe tanto, que casi nunca se seca; mas si es tierra que aun se está en la tierra, y con tantas espinas, como yo al principio estaba, y aún no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida como merece tan gran merced, tór-nase la tierra a secar; y si el hortelano se descuida, y el Señor por sola su bondad no torna a querer llover, dad por perdida la huerta, que así me acaeció a mi algunas veces; que cierto yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí, no lo pudiera creer: escribolo para consuelo de almas flacas como la mía, que nunca desesperen ni dejen de confiar en la grandeza de Dios, aunque después de tan encumbradas, como es llegarlas al Señor aquí, cayan, no desmayen, si no se quieren perder del todo: que lágrimas todo lo ganan, un agua trae otra. Una de las cosas porque me animo, siendo la que soy, a obedecer en escribir esto, y dar cuenta de mi ruin vida y de las mercedes que me ha hecho el Señor, con no servirle sino ofenderle, ha sido ésta; que cierto yo quisiera aquí tener gran autoridad, para que se me creyera esto: al Señor suplico, su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado a tener oración, con decir: Si torno a ser malo, es peor ir adelante con el ejercicio della. Yo lo creo, si se deja la oración y no se enmienda del mal; mas si no la deja, crea que le sacará a puerto de luz. Hízome en esto gran batería el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruin, que (como ya he dicho) la dejé año y medio, al menos un año, que del medio no me acuerdo bien; y no fuera más, ni fué, que meterme yo mesma, sin haber menester demonios que me hiciesen ir al infierno. ¡Oh, váleme Dios, qué ceguedad tan grande! ¡Y qué bien acierta el demonio para su propósito en cargar aquí la mano! Sabe el traidor, que alma que tenga con perseverancia oración, la tiene perdida, y que todas las caí-

das que la hace dar, la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello.

3. ¡Oh, Jesús mío! ¡Qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando Vos por vuestra misericordia la tornáis a dar la mano, y la levantáis; cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias, y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas: aquí el no osar alzar los ojos: aquí es el levantarlos, para conocer lo que os debe: aquí se hace devota de la Reina del cielo, para que os aplaque: aquí invoca los Santos que cayeron, después de haberlos Vos llamado para que le ayuden: aquí es el parecer, que todo le viene ancho lo que le dais, porque ve no merece la tierra que pisa: el acudir a los Sacramentos: la fe viva que aquí le queda de ver la virtud que Dios en ellos puso: el alabaros, porque dejasteis tal medicina y unguento para nuestra llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan. Espántase desto; ¿y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande, y merced tan crecida, a traición tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me parte el corazón cuando esto escribo, porque soy ruin. Con estas lagrimillas que aquí lloro, dadas de Vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte) parece que os hago pago de tantas traiciones, siempre haciendo males, y procurándoos deshacer las mercedes que Vos me habéis hecho. Ponedlas Vos, Señor mío, valor; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé a alguno tentación en echar juicios (como me la ha dado a mí) pensando; ¿por qué, Señor, dejáis unas personas muy santas, que siempre es han servido y trabajado, criadas en religión, y siéndolo, y no como yo, que no tenía más del nombre, y ver claro que no las hacéis las mercedes que a mí? Bien veo yo, Bien mío, que les guardéis Vos el premio para dársele junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello, y

los tratáis como a gente esforzada y no interesal. Mas con todo sabéis Vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de Vos, disculpando a las personas que me murmuraban, porque me parecía les sobraba razón. Esto era ya, Señor, después que me teníades por vuestra bondad, para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecía os podía enojar: y en haciendo yo esto comenzastes, Señor, a abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa, sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibirlos, según con brevedad comenzastes a no sólo darlos, sino a querer entendiesen me los dábades.

4. Esto entendido, comenzó a tenerse buena opinión de la que todos aun no tenían bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucía. Comenzó la murmuración y persecución de golpe, y a mi parecer con mucha causa; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos a Vos, mirásedes la razón que tenían. Decían que me quería hacer santa, y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte, aun a cumplir toda mi regla, ni a las muy buenas y santas monjas que en casa había, ni creo llegaré, si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino antes lo era ya para quitar lo bueno, y poner costumbres que no lo eran; al menos hacía lo que podía para ponerlas, y en el mal podía mucho. Así que sin culpa suya me culpaban. No digo eran sólo monjas, sino otras personas: descubríanme verdades, porque lo permitíades Vos.

5. Una vez rezando las horas (como yo algunas tenía esta tentación) llegué al verso que dice, *Justus es Domine*, y tus juicios: comencé a pensar cuán gran verdad era; que en esto no tenía el demonio fuerzas jamás para tentarme de manera, que yo dudase tenéis Vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fe; antes me parecía, mientras más sin camino natural iban, más firme la tenía; y me daba devoción

grande en ser todopoderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas que hiciéradés Vos: y en esto, como digo, jamás tenía duda; pues pensando cómo con justicia, permitiades a muchas que había, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos y mercedes que me hacíades a mí, siendo la que era; respondísteme, Señor: Sírveme tú a mí, y no te metas en eso. Fué la primera palabra que entendí hablarme Vos, y así me espantó mucho; porque después declararé esta manera de entender con otras cosas, no lo digo aquí, que es salir de propósito; y creo harto he salido dél. Casi no sé lo que me he dicho: no puede ser menos, sino que ha vuestra merced de sufrir estos intervalos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido, y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo y he de decir.

6. Plegue al Señor, que siempre sean esos mis desatinos, y que no permita ya su Majestad tenga yo poder para ser contra él un punto, antes en este que estoy me consuma. Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una, sino muchas veces que ha perdonado tanta ingratitud. A San Pedro una vez que lo fué, a mí muchas; que con razón me tentaba el demonio, no pretendiese amistad estrecha con quien trataba enemistad tan pública. ¡qué ceguedad tan grande la mía! ¿A dónde pensaba, Señor mío, hallar remedio, sino en Vos? Qué disparate, huir de la luz, para andar siempre tropezando. ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada a la columna y báculo, que me ha de sustentar, para no dar tan gran caída! Ahora me santiguo, y no me parece que he pasado peligro tan peligroso, como esta invención que el demonio me enseñaba por vía de humildad. Poníame en el pensamiento, que ¿cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes había de llegarme a la oración? Que me bastaba rezar lo que debía, como todas: mas que aun pues esto no hacía bien, ¿cómo quería hacer más? Que era poco acatamiento, y tener en po-

co las mercedes de Dios. Bien era pensar y entender esto, mas ponerlo por obra fué el grandísimo mal. Bendito seáis Vos, Señor, que así me remediastes. Principio de la tentación que hacía a Judas, me parece ésta; sino que no osaba el traidor tan al descubierto: mas él viniera de poco en poco a dar conmigo, a donde dió con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oración. Sepan, que el tiempo que estuve sin ella, era mucho más perdida mi vida: mírese qué buen remedio me daba el demonio, y qué donosa humildad, un desasosiego en mí grande. Mas ¿cómo había de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenía presentes las mercedes y favores, veía los contentos de acá ser asco: cómo pudo pasar me espanto: era con esperanza, que nunca yo pensaba (a lo que ahora me acuerdo, porque debe haber esto más de veinte y un años) dejaba de estar determinada de tornar a la oración, mas esperaba estar muy limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el día del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno: pues teniendo oración y lección, que era ver verdades, y el ruin camino que llevaba, e importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin, que no me podía valer; apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones, y pocas ayudas, y (osaré decir ninguna, sino para ayudarme a caer) ¿qué esperaba, sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo gran letrado, que él me despertó deste sueño; él me hizo (como creo he dicho) comulgar de quince a quince días, y del mal no tanto, comencé a tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor: mas como no había perdido el camino, aunque poco a poco cayendo y levantando iba por él; y el que no deja de andar, e ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración. Dios nos libre, por quien él es.

7. Queda de aquí entendido (y nótese mucho por

amor del Señor) que aunque un alma llegue a hacerla Dios tan grandes mercedes en la oración, que no se fie de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera. Mírese mucho, que va mucho, que el engaño que aquí puede hacer el demonio después, aunque la merced sea cierta de Dios, es aprovecharse el traidor de la misma merced en lo que puede; y a personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas, porque aquí no quedan fortalecidas tanto que baste (como adelante diré) para ponerse en las ocasiones y peligros, por grandes deseos y determinaciones que tenga. Es excelente doctrina esta, y no mía, sino enseñada de Dios: y así querría que personas ignorantes como yo la supiesen; porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí para salir a combatir, porque hará harto en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y aun no tiene fuerza para pelear contra ellos, y traerlos debajo de los pies, como hacen los que están en el estado que diré después. Este es el engaño con que coge el demonio, que como se ve un alma tan llegada a Dios, y ve la diferencia que hay del bien del cielo al de la tierra, y el amor que la muestra el Señor, deste amor nace confianza y seguridad de no caer de lo que goza. Parecele que ve claro el premio, que no es posible ya en cosa, que aun para la vida es tan deleitosa, y suave, dejarla por cosa tan baja y sucia como es el deleite: y con esta confianza quítale el demonio la poca que ha de tener en sí: y como digo, pónese en los peligros, y comienza con buen celo a dar de la fruta sin tasa, creyendo que ya no hay que temer de sí. Y esto no va con soberbia, que bien entiende el alma que no puede de sí nada; sino de mucha confianza de Dios, sin discreción; porque no mira que aun tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, mas aun no está para volar: porque las virtudes aun no están fuertes, ni tiene experiencia

para conocer los peligros, ni sabe el daño que hace en confiar de sí.

8. Esto fué lo que a mí me destruyó, y para esto y para todo hay gran necesidad de maestro, y trato con personas espirituales. Bien creo que el alma que llega a Dios a este estado, si muy del todo no deja a su Majestad, que no la dejará de favorecer, ni la perder, mas cuando, como he dicho, cayere, mire, mire por amor del Señor, no la engañe, en que deje la oración, como hacia mí con humildad falsa como ya lo he dicho, y muchas veces lo querría decir; fie de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros conociéndonos queremos tornar a su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos más presto, como a gente que ya era de su casa, y ha comido, como dicen, su pan. Acuérdense de sus palabras, y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito para siempre, amén; y alábenle todas las cosas.





## CAPITULO XX

EN QUE TRATA LA DIFERENCIA QUE HAY DE UNIÓN A ARROBAMIENTO: DECLARA, QUÉ COSA ES ARROBAMIENTO, Y DICE ALGO DEL BIEN QUE TIENE EL ALMA, QUE EL SEÑOR POR SU BONDAD LLEGA A ÉL: DICE LOS EFECTOS QUE HACE.

1. Querría saber declarar con el favor de Dios, la diferencia que hay de unión a arrobamiento o elevamiento, o vuelo que llaman de espíritu, o arrebatamiento, que todo es uno.

Digo, que estos diferentes nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasis (1). Es grande la ventaja que hace a la unión: los efectos muy mayores hace, y otras hartas operaciones; porque la unión parece principio, y medio, y fin, y lo es en lo interior; mas así como estos fines son en más alto grado, hacen los efectos interior y exteriormente. Decláralo el Señor, co-

---

(1) Dice que el arrobamiento hace ventaja a la unión: que es decir, que el alma goza de Dios más en el arrobamiento; y que se apodera della Dios más que en la unión. Y vese ser así, porque en el arrobamiento se pierde el uso de las pōtencias exteriores e interiores. Y en decir que la unión es principio, medio y fin, quiere decir, que la pura unión casi siempre es por una misma manera: mas en el arrobamiento hay grados en que unos son como principio, y otros como medio, y otros como fin. Y por esta causa tiene diferentes nombres, que unos significan lo menos dél, y otros lo más alto y perfecto, como se declara en otras partes.

mo ha hecho lo demás, que cierto si su Majestad no me hubiera dado a entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

2. Consideremos ahora, que esta agua postrera que hemos dicho es tan copiosa, que si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma (digamos ahora, a manera que las nubes cogen los vapores de la tierra), y levántala toda della; helo oído así esto, de que cogen las nubes los vapores, o el sol, y sube la nube al cielo, y llévala consigo, y comiéndola a mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra; mas en hecho de verdad ella pasa así. En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo; y así se siente muy sentido, faltar dél el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite.

3. Aquí no hay ningún remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza, resistirse puede casi siempre: acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas sin prevenir el pensamiento, ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, o esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas. Y digo, que se entiende, y veis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios, y es menester ánima determinada y animosa mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniera, y dejarse en las manos de Dios, e ir a donde nos llevaren de grado, pues os llevan, aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces quería yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser enga-

ñada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento, como quien pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansada: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas; porque como una vez fuese a donde estábamos juntas en el coro, y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota: y así mandé a las monjas (porque es ahora, después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mesmo, y aun estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la Vocación) en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse a tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced no podía su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora la he tenido: verdad es que ha poco.

4. Es así que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder.

5. Otras veces es servido de contentarse, con que veamos nos quiere hacer la merced, y que no queda por su Majestad: y resistiéndose por humildad, deja los mesmos efectos que si del todo se consintiese. Los que esto hacen son grandes: lo uno muéstrase el gran poder del Señor, y como no somos parte, cuando su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo, como el alma, ni somos señores dello, sino que mal

que nos pese, vemos que hay superior, y que estas mercedes son dadas dél, y que de nosotros no podemos en nada, nada; e imprímese mucha humildad. Y aun yo confieso que gran temor me hizo, al pñncipio, grandísimo; porque verse así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque él espíritu le lleva tras sí, y con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido; al menos yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada. Muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluza los cabellos y queda un gran temor de ofender a tan gran Dios. Este envuelto en grandísimo amor, que se cobra de nuevo a quien vemos le tiene tan grande a un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma a sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho. También deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir cómo es: paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más, que estotras cosas de sólo espíritu, porque ya que estén, cuanto al espíritu, con todo desasimiento de las cosas, aquí parece quiere el Señor que el mesmo cuerpo lo ponga por obra: y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy más penosa la vida. Después da una pena que ni la podemos traer a nosotros, ni venida se puede quitar.

6. Yo quisiera harto dar a entender esta gran pena y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y ha-se de notar que estas cosas son ahora muy a la postre después de todas las visiones y revelaciones que escribiré, y del tiempo que solía tener oración, a donde el Señor me daba tan grandes gustos y regalos. Ahora ya que eso no cesa algunas veces, las más, y lo más ordinario es esta pena que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir; porque aunque adelante diré destos grandes im-

petus que me daban cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos no tienen más que ver, a mi parecer, que una cosa muy corporal a una muy espiritual: y creo no lo encarezco mucho. Porque aquella pena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo; entrambos parece participan della, y no es con el extremo de desamparo que en esta. Para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces a deshora viene un deseo, que no sé cómo se mueve; y deste deseo que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar, que sube muy sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe le parece hay en la tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible a hablar, aprovecha poco; que su espíritu aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejísimos Dios, a veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creará ni entenderá sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse, de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.

7. Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa que aunque el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir; y por ventura lo dijo el real Profeta, estando en la misma soledad, sino que que como a Santo se la daría el Señor a sentir en más excesiva manera: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Y así se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece está el alma,

no en sí, sino en el tejado o techo de sí mesma, y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

8. Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando a sí mesma: ¿Dónde está tu Dios? Y es de mirar que el romance destes versos yo no sabía bien el que era, y después que lo entendía me consolaba de ver, que me los había traído el Señor a la memoria sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice San Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto así, que ya lo veo; mas parece que está así el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo (que es como he dicho una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear) es para más tormento: porque acrecienta el deseo de manera, que a mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar a el alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite, luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino a su Dios; mas no ama cosa particular dél, sino todo junto lo quiere, y no sabe lo que quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginación; ni a mi parecer, mucho tiempo de de lo que está así, no obran las potencias: como en la unión y arrobamiento el gozo, así aquí la pena la suspende.

9. ¡Oh, Jesús, quién pudiera dar a entender bien a vuesa merced esto, aun para que me dijera lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma! Lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta

en estas ansias de muerte, y teme cuando ve que comienzan; porque no se ha de morir; mas llegada a estar en ello, lo que hubiese de vivir querría en este padecer. Aunque es tan excesivo, que el sujeto lo puede mal llevar; y así algunas veces se me quitan todos los pulsos casi, según dicen las que algunas veces se llegan a mí de las hermanas que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas, y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y así me queda dolor hasta otro día en los pulsos y en el cuerpo, que parece me han descoyuntado. Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que a mí parecer bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces, ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecía el infierno, todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios; y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo le podría dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este tormento, y ver, que aunque se queje dél, nadie le parece la ha de creer.

10. También la atormenta que esta pena es tan crecida, que no querría soledad como otras, ni compañía sino con quien se pueda quejar. Es como uno que tiene la soga a la garganta y se está ahogando, que procura tomar huelgo; así me parece que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza: que como nos pone la pena en peligro de muerte (que esto sí hace, yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades y ocasiones, como he dicho y creo podría decir, es éste tan grande como todos) así el deseo que el cuerpo y alma tienen de no se apartar, es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo y quejarse y divertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad del espíritu, o de lo superior del alma que no querría salir desta pena.

11. No sé yo, si atino a lo que digo, o si lo sé decir, mas a todo mi parecer pasa así. Mire vuesa merced, qué descanso puedo tener en esta vida; pues el que había que era la oración y soledad (porque allí me consolaba el Señor) es ya lo más ordinario este tormento; y es tan sabroso, y ve el alma que es de tanto precio, que ya le quiere más que todos los regalos que solía tener. Parécele más seguro, porque es camino de cruz y en sí tiene un gusto muy de valor a mi parecer: porque no participa con el cuerpo sino pena; y el alma es la que padece y goza sólo del gozo y contento que da este padecer. No sé yo cómo puedo ser esto; mas así pasa, que a mi parecer no trocaría esta merced que el Señor me hace (que viene de su mano, como he dicho, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural) por todas las que después diré: no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se deje de tener acuerdo, que digo que estos ímpetus es después de las mercedes que aquí van, que me ha hecho el Señor, después de todo lo que va escrito en este libro, y en lo que ahora me tiene el Señor.

12. Estando yo a los principios con temor (como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante su Majestad asegura) me dijo, que no temiese y que tuviese en más esta merced, que todas las que me había hecho; que en esta pena se purificaba el alma y se labra o purifica, como el oro en el crisol, para poder mejor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en purgatorio. Bien entendía yo esta gran merced, mas quedé con mucha más seguridad, y mi confesor me dice que es bueno. Y aunque yo temí, por ser yo tan ruin, nunca podía creer que era malo, antes el muy sobrado bien me hacía temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor, que tan bueno es. Amén. Parece que he salido de propósito, porque comencé a decir de arrobamientos,

y esto que he dicho aún es más que arrobamiento, y así deja los efectos que he dicho.

13. Ahora tornemos a arrobamientos, de lo que en ellos es más ordinario. Digo, que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre dél me quitaba, y algunas era tanto, que casi no entendía poner los pies en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento, el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido a mí perderle del todo, pocas y poco rato: mas lo ordinario es que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí, cuanto a lo exterior, no deja de entender y oír como cosa de lejos. No digo que entiende y oye, cuando está en lo subido dél: digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente a mi parecer; mas (como dije en la oración de unión pasada) este transformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente, ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.

14. Diráme vuesa merced ¿que cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es, que como dije en la oración pasada, gózase con intervalos, muchas veces se engolfa el alma, o la engolfa el Señor en sí, por mejor decir, y teniéndola en sí un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme es este bullicio de estotras potencias, como el que tiene una lengüecilla destes relojes de sol, que nunca para; mas cuando el Sol de justicia quiere, hácelas detener. Esto digo, que es poco rato, mas como fué grande el ímpetu y levantamiento de espíritu, y aunque estas tornen a bullirse, queda en-

golfada la voluntad y hace como señora de toda aquella operación en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras las quieran estorbar, de los enemigos lo menos, no la estorben también los sentidos: y así hace que estén suspendidos, porque lo quiere así el Señor. Y por la mayor parte están cerrados los ojos, aunque no queramos cerrarlos: y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina ni advierte lo que ve.

15. Aquí, pues, es mucho menos lo que puede hacer de sí, para que cuando se tornaren las potencias a juntar, no haya tanto que hacer. Por eso a quien el Señor diere esto, no se desconsuele cuando se vea así atado el cuerpo muchas horas, y a veces el entendimiento y memoria divertidos. Verdad es, que lo ordinario es estar embebidas en alabanzas de Dios, o en querer comprender o entender lo que ha pasado por ellas; y aun para esto no están bien despiertas, sino como una persona que ha mucho dormido y soñado, y aun no acaba de despertar. Declárome tanto en esto, porque sé que hay ahora aun en este lugar personas a quien el Señor hace estas mercedes; y si los que las gobiernan no han pasado por esto, por ventura les parecerá que han de estar como muertas en arrobamiento, en especial si no son letrados; y lastima lo que se padece con los confesores que no lo entienden, como yo diré después. Quizá yo no sé lo que digo, vuesa merced lo entenderá, si atino en algo, pues el Señor le ha ya dado experiencia dello, aunque como no es de mucho tiempo, quizá no habrá mirádolo tanto como yo. Así que, aunque mucho lo procuro, por muchos ratos no hay fuerzas en el cuerpo para poderse menear, todas las llevó el alma consigo. Muchas veces queda sano el que estaba bien enfermo y lleno de grandes dolores, y con más habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece a lo que quiere el alma. Después que

torna en sí, si ha sido grande el arrobamiento, acaece andar un día o dos, y aun tres, tan absortas las potencias o como embobecidas, que no parece andan en sí.

16. Aquí es la 'pena de haber de tornar a vivir, aquí le nacteron las alas para bien volar, ya se le ha caído el pelo malo; aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa, sino que este Alcaide desta fortaleza se sube, o le suben a la torre más alta a levantar la bandera por Dios. Mira a los de abajo, como quien está en salvo, ya no teme los peligros, antes los desea; como a quien por cierta manera se le da allí seguridad de la victoria. Vese aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar, y lo nada que es. Quien está de lo alto alcanza muchas cosas. Ya no quiere querer, ni tener otra voluntad que la del Señor, y así se lo suplica; dale las llaves de su voluntad. Hele aquí al hortelano hecho alcaide, no quiere hacer cosa, sino la voluntad del Señor; ni serlo él de sí, ni de nada, ni de un pero desta huerta, sino que si algo bueno hay en ella, lo reparta su Majestad, que de aquí adelante no quiere cosa propia, sino que haga de todo conforme a su gloria y a su voluntad. Y en hecho de verdad pasa así todo esto, si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efectos y aprovechamiento que queda dicho: y si no son éstos, dudaría yo mucho serlos de parte de Dios, antes temería no sean los arrobamientos que dice San Vicente. Esto entiendo yo, y he visto por experiencia, quedar aquí el alma señora de todo, y con libertad en una hora y menos, que ella no se puede conocer. Bien ve que no es suyo, ni sabe cómo se le dió tanto bien, mas entiendo claro el grandísimo provecho que cada rato destes trae. No hay quien lo crea, si no ha pasado por ello; y así no creen a la pobre alma, como la han visto ruin, y tan presto la ven pretender cosas tan animosas; porque luego dan en no se contentar con servir en poco al Señor, sino en lo más que ella

puede. Piensan que es tentación y disparate. Si entendiesen no nace della, sino del Señor a quien ya ha dado las llaves de su voluntad, no se espantarían. Tengo para mí, que un alma que llegue a este estado, que ya ella no habla, ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer tiene cuidado este soberano Rey. ¡Oh, váleme Dios, qué claro se ve aquí la declaración del verso y cómo se entiende tenía razón y la ternán todos, de pedir alas de paloma! Entiéndese claro, es vuelo el que da el espíritu, para levantarse de todo lo criado y de sí mesmo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

17. ¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí que lo mire todo sin estar enredada en ello! ¡Qué corrida está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguedad! ¡Qué lástima da de los que están en ella, en especial si es gente de oración, y a quien Dios ya regala! Querría dar voces, para dar a entender que engañados están; y aun así lo hace algunas veces y lluévenle en la cabeza mil persecuciones. Tiénela por poco humilde, y que quiere enseñar a de quien había de depender; en especial si es mujer. Aquí es el condenar y con razón; porque no saben el ímpetu que la mueve, que a veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar a los que quiere bien y desea ver sueltos desta cárcel desta vida, que no es menos, ni le parece menos, en la que ella ha estado.

18. Fatigase del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traía de creer que era honra lo que el mundo llama honra; ve que es grandísima mentira y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera honra no es mentirosa sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios. Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros y codicias dellos, aunque en esto nunca creo y es así verdad,

confesé culpa: harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; mas ve que este bien se gana con dejarlo todo.

19. ¿Qué es esto que se compra con estos dineros que deseamos? ¿Es cosa de precio? ¿Es cosa durable? ¿O para qué los queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin. ¡Oh, si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfgos, con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de hora y dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

20. Ve de los deleites tan gran ceguedad, y cómo con ellos compra trabajo, aun para esta vida, y desasosiego. ¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! Aquí no sólo las telarañas ve de su alma y las faltas grandes; sino un polvito que haya, por pequeño que sea. Porque el sol está muy claro, y así por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si ñe veras la coge este Sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro; y si da en él, vese que está todo lleno de motas. Al pie de la letra es esta comparación, antes de estar el alma en esta éxtasis, parecele que trae cuidado de no ofender a Dios y que conforme a sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada a aquí, que le da este Sol de justicia que la hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querría tornar a cerrar. Porque aun no es tan hijo desta águila caudalosa, que pueda mirar este Sol de hito en hito; mas por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Acuérdate del verso que dice: ¿Quién será justo delante de ti? Cuando mira este divino Sol, deslúmbrale la claridad, como se mira a sí, el barro le tapa los ojos, ciega está esta palomita: así acaece muy muchas veces quedarse así

ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta y no ella; y así no se pega nada a las manos, todo el bien que tiene va guiado a Dios: si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí; y aunque quiera no puede ignorarlo; porque lo ve por vista de ojos, que mal que le pese, se los hacen cerrar a las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades.





## CAPITULO XXI

PROSIGUE Y ACABA ESTE POSTRER GRADO DE ORACIÓN:  
DICE LO QUE SIENTE EL ALMA QUE ESTÁ EN ÉL DE  
TORNAR A VIVIR EN EL MUNDO, Y DE LA LUZ QUE DA  
EL SEÑOR DE LOS ENGAÑOS DÉL: TIENE BUENA DOC-  
TRINA.

1. Pues acabando en lo que iba, digo, que no ha menester aquí consentimiento desta alma, ya se le tiene dado, y sabe que con voluntad se entregó en sus manos y que no le puede engañar, porque es sabidor de todo. No es como acá, que está toda la vida llena de engaños y dobleces; cuando pensáis tenéis una voluntad ganada, según lo que os muestra, venís a entender que todo es mentira; no hay ya quien viva en tanto tráfico, en especial si hay algún poco de interés. Bienaventurada alma, que la trae el Señor a entender verdades. ¡Oh, qué estado éste para los reyes! ¡Cómo les valdría mucho más procurarlo, que no gran señorío! ¡Qué rectitud habría en el reino! ¡Qué de males se excusarían y habrían excusado! Aquí no se teme perder la vida, ni honra por amor de Dios. ¡Qué gran bien éste para quien está más obligado a mirar la honra del Señor, que todos los que son menos, pues han de ser los reyes a quien sigan! Por un punto de aumento en la fe, y de haber dado luz en algo a los herejes, perderían mil reinos; y con razón,

otro ganar es un reino que no se acaba, que con sólo una gota que gusta un alma desta agua dél, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será? ¡Oh, Señor! Si me diérades estado para decir a voces esto, no me creyeran (como hacen muchos, que lo saben decir de otra suerte que yo), mas al menos satisfaciérame yo. Paréceme que tuviera en poco la vida, por dar a entender una sola verdad destas, no sé después lo que hiciera, que no hay que fiar de mí; con ser la que soy me dan grandes ímpetus por decir esto a los que mandan que me deshacen. De que no puedo más tórnome a Vos, Señor mío, a pediros remedio para todo; y bien sabéis Vos, que muy de buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habéis hecho, con quedar en estado que no os ofendiese, y las daría a los reyes, porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de haber grandísimos bienes. ¡Oh, Dios mío! Dadles a entender a lo que están obligados; pues los quisistes Vos señalar en la tierra de manera, que aun he oído a decir hay señales en el cielo, cuando lleváis alguno. Que cierto cuando pienso esto, me hace devoción, que queráis Vos, Rey mío, que hasta en esto entiendan os han de imitar en vida; pues en alguna manera hay señal en el cielo, como cuando moristes Vos en su muerte. Mucho me atrevo: rómpalo vuesa merced si mal le parece; y crea se lo diría mejor en presencia, si pudiese o pensase me han de creer, porque los encomiendo a Dios mucho y querría me aprovechase. Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era poco precio aventurar a ganar mucho; porque no hay ya quién viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos y la ceguedad que traemos.

2. Llegada un alma aquí, no es sólo deseos lo que tiene por Dios, su Majestad la da fuerzas para ponerlos por obra, no se le pone cosa adelante en que

piense le sirve a que no se abalance; y no hace nada, porque como digo ve claro que no es todo nada, sino contentar a Dios, el trabajo es, que no hay que se ofrezca a las que son de tan poco provecho como yo. Sed Vos, bien mío, servido, venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado de lo mucho que os debo; ordenad Vos, Señor, como fuéredes servido, como ésta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras y han hecho cosas heroicas por amor de Vos; yo no soy para más de hablar, y así no queréis Vos, Dios mío, ponerme en obras, todo se va en palabras y deseos, cuanto he de servir; y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltara en todos. Fortaleced Vos mi alma y disponedla primero bien de todos los bienes, oh, Jesús mío; y ordenad luego la manera como haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada: cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de Vos tan vacías las manos, pues conformes a las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad, todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo, mas llegada a Vos, subida en esta atalaya a donde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré; que si os apartáis por poco que sea, iré a donde estaba que era el infierno.

3. ¡Oh, qué es un alma que se ve aquí, haber de tornar a tratar con todos: a mirar y ver esta farsa desta vida tan mal concertada, a gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, vese en cadena y presa, entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos y la miseria de la vida. Conoco la razón que tenía San Pablo de suplicar a Dios le librase della; da voces con él, pide a Dios libertad, como otras veces he dicho: mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere sa-

lir el alma del cuerpo a buscar esta libertad, ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra ajena: y lo que más le fatiga es no hallar muchos que se quejen con ella y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh, si no estuviésemos asidos a nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin él, templaría el miedo de la muerte, con el deseo de gozar de la vida verdadera! Considero algunas veces, cuando una como yo por haberme el Señor dado esta luz con tan tibia caridad y tan incierto el descanso verdadero, por no lo haber merecido mis obras, siento tanto verme, en este destierro muchas veces, ¿qué sería el sentimiento de los Santos? ¿Qué debía de pasar San Pablo y la Magdalena y otros semejantes, en quien tan crecido estaba este fuego de amor de Dios? Debía ser un continuo martirio. Parece que quien me da algún alivio, y con quien descanso de tratar, son las personas que hallo destos deseos. Digo, deseos con obras: digo con obras, porque hay algunas personas que a su parecer están desasidas, y así lo publican (y había ello de ser, pues su estado lo pide y los muchos años que ha que algunas han comenzado camino de perfección), mas conoce bien esta alma desde muy lejos los que lo son de palabras, o los que ya estas palabras han confirmado con obras: porque tiene entendido el poco provecho que hacen los unos y el mucho los otros: y es cosa que quien tiene experiencia lo ve muy claramente.

4. Pues dicho está ya estos efectos que hacen los arrobamientos que son espíritu de Dios. Verdad es que hay más o menos: digo menos, porque a los principios aunque hace estos efectos, no están experimentados con obras, y no se puede así entender que los tiene: y también va creciendo la perfección y procurando no haya memoria de telaraña, y esto requiere algún tiempo; y mientras más crece el amor

y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí y para los otros. Verdad es que de esta manera puede obrar el Señor en el alma en un rato destes, que puede poco que trabajar a el alma en adquirir perfección, porque no podrá nadie creer, si no lo experimenta, lo que el Señor le da aquí; que no hay diligencia nuestra que a esto llegue, a mi parecer. No digo que con el favor del Señor, ayudándose muchos años por los términos que escriben los que han escrito de oración, principios y medios, no llegarán a la perfección y desasimiento mucho con hartos trabajos; mas no en tan breve tiempo, como sí ninguno nuestro obra el Señor aquí, y determinadamente saca el alma de la tierra y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya más merecimientos que había en la mía, que no lo puedo más encarecer, porque era casi ninguno. El porqué lo hace su Majestad, es porque quiere y como quiere hacerlo; y aunque no haya en ella disposición, la dispone para recibir el bien que su Majestad la da. Así que no todas veces los da, porque se lo han merecido en granjear bien el huerto (aunque es muy cierto a quien esto hace bien y procura desasirse, no dejar de regalarle) sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra que es más ruin, como tengo dicho, y disponerla para todo bien; de manera que parece no es ya en parte en cierta manera, para no tornar a vivir en las ofensas de Dios que solía.

5. Tiene el pensamiento tan habituado a entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños: ríese entre sí algunas veces, cuando ve a personas graves de oración y religión, hacer mucho caso de unos puntos de honra que esta alma tiene ya, debajo de los pies. Dicen que es discreción y autoridad de su estado, para más aprovechar: sabe ella muy bien, que aprovecharían más en un día que propusiesen aquella autoridad de estado

por amor de Dios, que con ella en diez años. Ansí vive vida trabajosa y siempre con cruz, mas va en gran crecimiento; cuando parece a los que las tratan están muy en la cumbre, desde a poco están muy más mejoradas, porque siempre las va favoreciendo más. Dios es alma suya, es el que la tiene ya a cargo y ansí le luce; porque parece asistentemente le está siempre guardando para que no la ofenda, y favoreciendo y despertando para que le sirva. En llegando mi alma a que Dios la hiciese esta gran merced, cesaron mis males y me dió el Señor fortaleza para salir dellos, y no me hacía más estar en las ocasiones y con gente que me solía distraer, que si no estuviera; antes me ayudaba lo que me solía dañar: todo me era medios para conocer más a Dios y amarle, y ver lo que le debía y pesarme de lo que había sido.

6. Bien entendía yo no venía aquello de mí, ni lo había ganado con mi diligencia, que aun no había habido tiempo para ello, su Majestad me había dado fortaleza para ello por su sola bondad. Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor a hacer esta merced destos arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su bondad me ha tenido de su mano, para no tornar atrás; ni me parece como es ansí, hago nada casi de mi parte, sino que entiendo claro el Señor es el que obra: y por esto me parece que a alma que el Señor hace estas mercedes, que yendo con humildad y temor, siempre entendiendo el mesmo Señor le hace, y nosotros casi no nada, que se podrá poner entre cualquiera gente; aunque sea más distraída y viciosa, no le hará al caso ni moverá en nada; antes, como he dicho, le ayudará, y serle a modo para sacar muy mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar a otras; aunque esta fortaleza no viene de sí: de poco en poco, en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos. Aquí son las

verdaderas revelaciones en este éxtasis, y las grandes mercedes y visiones, y todo aprovecha para humillar y fortalecer el alma, y que tenga en menos las cosas desta vida y conozca más claro las grandezas del premio que el Señor tiene aparejado a los que le sirven. Plegue a su Majestad, sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuercen y animen los que esto leyeren a dejarlo todo del todo por Dios; pues tan cumplidamente para su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio y la ganancia que tienen los que le sirven: ¿qué será en la otra?





## CAPITULO XXII

EN QUE TRATA CUÁN SEGURO CAMINO ES PARA LOS CONTEMPLATIVOS NO LEVANTAR EL ESPÍRITU A COSAS ALTAS, SI EL SEÑOR NO LE LEVANTA; Y CÓMO HA DE SER EL MEDIO PARA LA MÁS SUBIDA CONTEMPLACIÓN LA HUMANIDAD DE CRISTO. DICE DE UN ENGAÑO EN QUE ELLA ESTUVO UN TIEMPO; ES MUY PROVECHOSO ESTE CAPÍTULO.

1. Una cosa quiero decir, a mi parecer importante, que si a vuesa merced le parece bien, servirá de aviso que podría ser haberle menester: porque en algunos libros que están escritos de oración, tratan, que aunque el alma no puede por sí llegar a este estado porque es todo obra sobrenatural que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado, y subiéndole con humildad después de muchos años que haya ido por la vía purgativa y aprovechando por la iluminativa (no sé yo bien por qué dicen iluminativa; entiendo que de los que van aprovechando) y avisan mucho, que aparten de sí toda imaginación corpórea, y que se alleguen a contemplar en la Divinidad: porque dicen, que aunque sea la humanidad de Cristo, a los que llegan ya tan adelante, que embaraza o impide a la más perfecta contemplación. Traen lo que dijo el Señor a los Apóstoles, cuando la venida del Espíritu Santo,

digo cuando subió a los cielos para este propósito. Y paréceme a mí que si tuvieran la fe como la tuvieron después que vino el Espíritu Santo de que era Dios y Hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto a la Madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece que como esta obra toda es espíritu, que cualquiera cosa corpórea la pueda estorbar e impedir; y que considerase en cuadrada manera, y que está Dios de todas partes y verse engolfado en él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece a mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo, y que entre en cuenta este divino cuerpo con nuestras miserias, ni con todo lo criado no lo puedo sufrir. Plegue a su Majestad, que me sepa dar a entender. Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales, y saben lo que dicen y por muchos caminos y vías lleva Dios las almas, como ha llevado la mía; quiero yo ahora decir (en lo demás no me entremeto), y en el peligro en que me vi, por querer conformarme con lo que leía. Bien creo, que quien llegare a tener unión y no pasare adelante (digo arrobamientos y visiones, y otras mercedes que hace Dios a las almas) que terná lo dicho por lo mejor, como yo lo hacía; y si me hubiera estado en ello, creo nunca hubiera llegado a lo que ahora; porque a mi parecer es engaño, ya puede ser yo sea la engañada, mas diré lo que me acaeció.

2. Como yo no tenía maestro y leía en estos libros, por donde poco a poco yo pensaba entender algo (y después entendí, que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender; porque no era nada lo que entendía, hasta que su Majestad por experiencia me lo daba a entender, ni sabía lo que hacía); en comenzando a tener algo de oración sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea: aunque ir levantando el alma yo no osaba, que como era siempre tan ruin, veía que era atrevimiento; mas parecíame sentir la

presencia de Dios como es así, y procuraba estarme recogida con él; y es oración sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho; y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no había quien me hiciese tornar a la humanidad, sino que en hecho de verdad me parecía me era impedimento. ¡Oh, Señor de mi alma y bien mío Jesucristo crucificado! No me acuerdo vez de esta opinión que tuve, que no me dé pena; y me parece que hice una gran traición; aunque con ignorancia. Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo; porque esto era ya a la postre: digo a la postre, de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y visiones. Duró muy poco estar en esta opinión, y así siempre tornaba a mi costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma, como yo quisiera. ¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento ni una hora, que Vos me habiades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron a mí todos los bienes, sino de Vos? No quiero pensar que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho que cierto era ignorancia; y así quisistes Vos, por vuestra bondad remediarla, con darme quien me sacase deste yerro, y después con que os viese yo tantas veces como adelante diré, para que más claro entendiese cuán grande era, y que lo dijese a muchas personas que lo he dicho, y para que lo pudiese ahora aquí. Tengo para mí, que la causa de no aprovechar más muchas almas y llegar a muy gran libertad de espíritu, cuando llegan a tener oración de unión, es por esto.

3. Paréceme que hay dos razones en que puedo fundar mi razón, y quizá no digo nada, mas lo que dijere helo visto por experiencia, que se hallaba muy mal mi alma, hasta que el Señor la dió luz; porque todos sus gozos eran a sorbos, y salida de allí no se

hallaba con la compañía que después para los trabajos y tentaciones: la una es, que va un poco de poca humildad tan solapada y escondida, que no se siente. ¿Y quién será el soberbio y miserable como yo, que cuando hubiera trabajado toda su vida con cuantas penitencias y oraciones, y persecuciones se pudieren imaginar, no se halle por muy rico y muy bien pagado cuando le consienta el Señor estar al pie de la cruz con San Juan? No sé en qué seso cabe no se contentar con esto sino en el mío, que de todas maneras fué perdido en lo que había de ganar. Pues si todas veces la condición o enfermedad, por ser penoso pensar en la Pasión no se sufre, ¿quién nos quita estar con él después de resucitado, pues tan cerca lo tenemos en el Sacramento donde ya está glorificado, y no le miraremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los Apóstoles? Porque cierto no todas veces hay quien sufra pensar tantos trabajos como pasó. Hele aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando a los unos, animando a los otros, antes que subiese a los cielos. Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fué en su mano apartarse un momento de nosotros. ¿Y que haya sido en la mía, apartarme yo de Vos, Señor mío, por más serviros? Que ya cuando os ofendía no os conocía; mas ¿que conociéndoos, pensase ganar más por este camino? ¡Oh, qué mal camino llevaba, Señor! Ya me parece iba sin camino, si Vos no me tornárades a él, que en veros cabe mí, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo, que mirándoos a Vos, cual estuvistes delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen Capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: él ayuda y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero; y veo yo claro y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes,

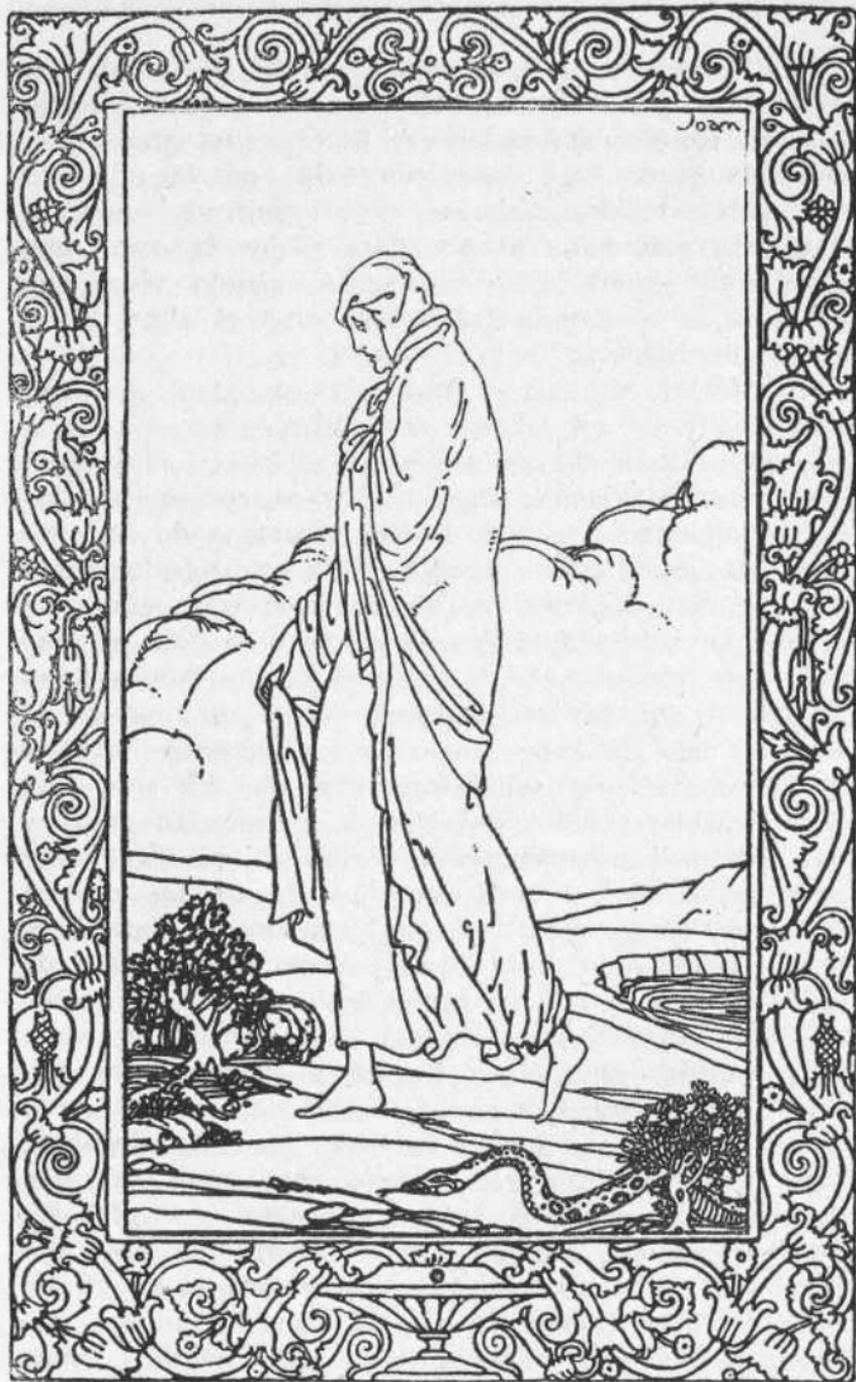
quiere que sea por manos desta humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro, que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

4. Así que vuesa merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de la contemplación; por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes, él le enseñará: mirando su vida, es el mejor declarado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare, y siempre le trajere cabe de sí. Miremos al glorioso San Pablo, que no parece se le caía de la toca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido de algunos Santos grandes contemplativos, y no iban por otro camino. San Francisco da muestra dello en las llagas. San Antonio de Padua, en el Niño. San Bernardo se deleitaba en la humanidad. Santa Catalina de Sena y otros muchos, que vuesa merced sabrá mejor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo, bueno debe de ser cierto, pues gente tan espiritual lo dice; mas a mi parecer ha de ser estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto, está claro se ha de buscar el Criador por las criaturas. Todo es como la merced el Señor hace a cada alma, en eso no me entremeto. Lo que querría dar a entender es, que no ha de entrar en esta cuenta la sacratísima humanidad de Cristo. Y entiéndase bien este punto que querría saberme declarar.

5. Cuando Dios quiere suspender todas las potencias (como en los modos de oración que quedan dichos hemos visto) claro está que aunque no queramos se quita esta presencia. Entonces vaya en hora buena; dichosa tal pérdida, que es para gozar más

de lo que nos parece se pierde: porque entonces se emplea el alma toda en amar a quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera también gozar si no fuera perdiéndose a sí, para como digo más ganarse; mas que nosotros de maña y con cuidado nos acostumbremos a no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta sacratísima humanidad, esto digo que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire como dicen; porque parece no trae arrimo, por mucho que le parezca anda llena de Dios. Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos traerle humano; que este es el otro inconveniente que digo hay. El primero ya comencé a decir es un poco de falta de humildad, de quererse levantar el alma hasta que el Señor la levante, y no contentarse con meditar cosa tan preciosa y querer ser María, antes que haya trabajado con Marta. Cuando el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer día, no hay que temer; más comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada para querer aprovechar en la contemplación, hace mucho daño.

6. Tornando al segundo punto, nosotros no somos Angeles sino tenemos cuerpo: querernos hacer Angeles estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba es desatino, sino que ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces el alma salga de sí, o ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario, que en negocios, y persecuciones, y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades es muy buen amigo Cristo; porque le miramos Hombre, y vémosle con flaqueza y trabajos, y es compañía, y habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí: aunque veces vernán, que ni lo uno ni lo otro no se



pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar a procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere, abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolación, sólo le dejaron en los trabajos, no le dejemos nosotros, que para más subir él nos dará mejor la mano que nuestra diligencia, y se ausentará cuando viere que conviene, y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

7. Mucho contenta a Dios ver un alma que con humildad pone por tercero a su Hijo, y le ama tanto, que aun queriendo su Majestad subirle a muy gran contemplación (como tengo dicho) se conoce por indigno, diciendo con San Pedro: Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador. Esto he probado: deste arte ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo he entendido es, que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin; y aun procuraba su Majestad darme a entender cosas para ayudarme a conocerme, que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí, que cuando el alma hace de su parte algo, para ayudarse en esta oración de unión, que aunque luego parece le aprovecha, que como cosa no fundada se tornará muy presto a caer; y he miedo, que nunca llegará a la verdadera pobreza de espíritu, que es no buscar consuelo ni gusto en la oración (que los de la tierra ya están dejados), sino consolación en los trabajos por amor del que siempre vivió en ellos, y estar en ellos y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud; y la pena que algunas personas, que si no están siempre trabajando con el entendimiento y con tener devoción, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo

que no se procure, y estén con cuidado delante de Dios; mas que si no pudieren tener aún un buen pensamiento (como otra vez he dicho) que no se maten: siervos sin provecho somos: ¿qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto, y andemos hechos asnillos, para traer la noria del agua que queda dicha, que aunque cerrados los ojos y no entendiendo lo que hacen, sacarán más que el hortelano con toda su diligencia. Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios; si su Majestad nos quisiere subir a ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana; si no servir en oficios bajos, y no sentarnos en el mejor lugar, como he dicho alguna vez. Dios tiene cuidado más que nosotros, y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse a sí quien tiene ya dada toda su voluntad a Dios? A mi parecer muy menos se sufre aquí, que en el primer grado de la oración, y mucho más daña; son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz, por mucho que se esfuerce a cantar no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no ha él menester antes dar dos voces: pues supliquemos siempre nos haga mercedes rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté a los pies de Cristo le dan licencia que procure no quitarse de allí, esté como quiera; imite a la Magdalena, que de que estuviere fuerte, Dios la llevará al desierto.

8. Así que vuesa merced hasta que halle quien tenga más experiencia que yo y lo sepa mejor, esté en esto. Si son personas que comienzan a gustar de Dios, no las crea que les parece les aprovecha, y gustan más ayudándose. ¡Oh, cuando Dios quiere, cómo viene al descubierto sin estas ayuditas, que aunque más hagamos, arrebatara el espíritu como un gigante tomaría una paja, y no basta resistencia! ¡Qué manera para creer que cuando él quiere, espera a que vuele el sapo por sí mismo! Y aun más dificultoso y pesado me parece levantarse nuestro espíritu, si Dios

no le levanta; porque está cargado de tierra y de mil impedimentos, y aprovéchale poco querer volar, que aunque es más su natural que el del sapo, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió por su culpa. Pues quiero concluir con esto, que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes, y cuán grande nos le mostró Dios nuestro Señor, en darnos tal prenda del que nos tiene, que amor saca amor. Y aunque sea muy a los principios y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre, y despertándonos para amar, porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil, y obraremos muy en breve y muy sin trabajo. Dénsle su Majestad, pues sabe lo mucho que nos conviene por el que él nos tuvo, y por su glorioso Hijo a quien tan a su costa nos le mostró. Amén.

9. Una cosa querría preguntar a vuesa merced: ¿cómo en comenzando el Señor a hacer mercedes a un alma tan subidas, como es ponerla en perfecta contemplación, que de razón había de quedar perfecta del todo luego (de razón sí por cierto, porque quien tan gran merced recibe no había más de querer consuelos de la tierra), pues por qué en arrobamiento y en cuanto está ya el alma más habituada a recibir mercedes, parece que trae consigo los efectos tan más subidos, y mientras más, más desasida, pues en un punto que el Señor llega la puede dejar santificada, cómo después andando el tiempo la deja el mismo Señor con perfección en las virtudes? Esto quiero yo saber, que no lo sé; mas bien sé es diferente lo que Dios deja de fortaleza, cuando al principio no dura más que cerrar y abrir los ojos, y casi no se siente, sino en los efectos que deja o cuando va más a la larga esta merced. Y muchas veces paréceme a mí, si es el no se disponer del todo luego el alma, hasta que el Señor poco a poco la cría y la hace determinar y da fuerzas de varón, para que dé del todo con todo

en el suelo, como lo hizo con la Magdalena con brevedad; hácelo en otras personas, conforme a lo que ellas hacen en dejar a su Majestad hacer: no acabamos de creer que aun en esta vida da Dios ciento por uno.

10. También pensaba yo esta comparación, que puesto que sea todo uno lo que se da a los que más adelante van, que en el principio es como un manjar que comen dél muchas personas, y las que comen poquito, quédales sólo buen sabor por un rato; las que más, ayuda a sustentar; las que comen mucho, da vida y fuerza; y tantas veces se puede comer, y tan cumplido deste manjar de vida, que ya no coman cosa que le sepa bien sino él, porque ve el provecho que le hace: y tiene ya tan hecho el gusto a esta suavidad, que querría más no vivir que haber de comer otras cosas, que no sean sino para quitar el buen sabor que el buen manjar dejó. También una compañía santa no hace su conversación tanto provecho de un día, como de muchos; y tantos pueden ser los que estemos con ella, que seamos como ella si nos favorece Dios: y en fin todo está en lo que su Majestad quiere, y a quien quiere darlo; mas mucho va en determinarse quien ya comienza a recibir esta merced, en desasirse de todo y tenerla en lo que es razón.

11. También me parece que anda su Majestad a probar quién le quiere, si no uno, si no otro, descubriendo quién es con deleite tan soberano, por avivar la fe si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo: Mira: que esto es una gota del mar grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer con los que ama: y como ve que le reciben así, da y se da. Quiere a quien le quiere; ¡y qué bien querido, y qué buen amigo! ¡Oh, Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar a entender, qué dais a los que se fían de Vos, y qué pierden los que llegan a este estado y se quedan consigo mismos! No queráis Vos esto, Se-

ñor; pues más que esto hacéis Vos, que os venís a una posada tan ruin como la mía. Bendito seáis por siempre jamás. Torno a suplicar a vuesa merced, que estas cosas que he escrito de la oración si las tratare con personas espirituales, lo sean; porque si no saben más de un camino o se han quedado en el medio, no podrán así atinar; y hay algunas, que desde luego las lleva Dios por muy subido camino, y pareceles que así podrán los otros aprovechar allí, y quietar el entendimiento y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quedarse han secos como un palo y algunos que hayan tenido un poco de quietud, luego piensan, que como tienen lo uno, pueden hacer lo otro; y en lugar de aprovechar, desaprovecharán como he dicho: así que en todo es menester experiencia y discreción. El Señor nos la dé por su bondad.





## CAPITULO XXIII

EN QUE TORNA A TRATAR DEL DISCURSO DE SU VIDA, Y CÓMO COMENZÓ A TRATAR DE MÁS PERFECCIÓN, Y POR QUÉ MEDIOS: ES PROVECHOSO PARA LAS PERSONAS QUE TRATAN DE GOBERNAR ALMAS QUE TIENEN ORACIÓN, SABER CÓMO SE HAN DE HABER EN LOS PRINCIPIOS, Y EL PROVECHO QUE LE HIZO SABERLA LLEVAR.

1. Quiero ahora tornar a donde dejé de mi vida, que me he detenido creo más de lo que me había de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. En otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía, la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme las mercedes, como quien deseaba a lo que pareció, que yo las quisiese recibir. Comenzó su Majestad a darme muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo como en estos tiempos había acaecido grandes ilusiones en mujeres y engaños que les había hecho el demonio, comencé a temer como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin

poderlo excusar; puesto que veía en mí por otra parte una grandísima seguridad que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y veía que quedaba de allí muy mejorada y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba a temer y a pensar, si quería el demonio haciéndome entender que era bueno suspender el entendimiento para quitarme la oración mental, y que no pudiese pensar en la pasión ni aprovecharme del entendimiento, que me parecía a mí mayor pérdida como no lo entendía. Mas como su Majestad quería ya darme luz, para que no le ofendiese ya, y conociese lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenía noticia de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, a quien yo sin conocer a ninguno era muy aficionada de sólo saber el modo que llevan de vida y oración, mas no me hallaba digna de hablarles ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos, y ser la que era, hacíaseme cosa recia.

2. En esto anduve algún tiempo, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí y temores, me determiné a tratar con una persona espiritual, para preguntarle qué era la oración que yo tenía, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender a Dios, porque la falta, como he dicho, que veía en mi fortaleza, me hacía estar tan tímida. ¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena, me apartaba del bien! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podía acabarlo conmigo. Sabe él que está todo el remedio de una alma en tratar con amigos de Dios, y así no había término para que yo a esto me determinase. Aguardaba a enmendarme primero, como cuando dejé la oración, y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya caída en cosillas de mala costumbre, que no acababa de entender eran malas,

que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fué la primera. Como yo vi iba tan adelante mi temor porque crecía la oración, parecióme que en esto había algún gran bien o grandísimo mal: porque bien entendía ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo podía resistir; tenerlo cuando yo quería era excusado. Pensé en mí, que no tenía remedio si no procuraba tener limpia conciencia, y apartarme de toda ocasión aunque fuese de pecados veniales, porque siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia; si era demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podía hacer, antes él quedaría con pérdida. Determinada en esto, y suplicando siempre a Dios me ayudase procurando lo dicho algunos días, vi que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfección a solas, por algunas aficiones que tenía a cosas que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.

3. Dijéronme de un clérigo letrado que había en este lugar, que comenzaba el Señor a dar a entender a las gentes su bondad y buena vida, y procuré por medio de un caballero santo que hay en este lugar. (Es casado, mas de vida tan ejemplar, y virtuosa, y de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección, y con mucha razón; porque gran bien ha venido a muchas almas por su medio por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento y muy apacible para todos, su conversación no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser recta y santa, que da contento grande a los que trata: todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece trae otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre y contentar a todos). Pues este bendito y santo hombre con su

industria me parece fué principio para que mi alma se salvase. Su humildad a mí espántame, que con haber a lo que creo poco menos de cuarenta años que tiene oración (no sé si son dos o tres menos), y que lleva toda la vida de perfección, que a lo que parece sufre su estado; porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios y de tanta caridad, que por ella no se pierde: en fin, como mujer de quien Dios sabía había de ser tan grande siervo suyo la escogió. Estaban deudos suyos casados con parientes míos: y también con otro harto siervo de Dios, que estaba casado con una prima mía, tenía mucha comunicación. Por esta vía procuré viniese a hablarme este clérigo que digo tan siervo de Dios, que era muy su amigo, con quien pensé confesarme y tener por Maestro. Pues trayéndolo para que me hablase, y yo con grandísima confusión de verme presente de hombre tan santo, dile parte de mi alma y oración; que confesarme no quiso, dijo que era muy ocupado, y era así. Comenzó con determinación santa a llevarme como a fuerte (que de razón había de estar según la oración vió que tenía), para que en ninguna manera ofendiese a Dios. Yo como vi su determinación tan de presto, en cosillas, que como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfección, afligíme, y como vi que tomaba las cosas de mi alma como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo veía que había menester mucho más cuidado. En fin, entendí no eran por los medios que él me daba por donde yo me había de remediar: porque eran para alma más perfecta; y yo aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes y mortificación. Y cierto, si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque la aflicción que me daba de ver cómo yo no hacía, ni me parece podía lo que él me decía, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo, que siendo persona que

tiene gracia particular en comenzar a llegar almas a Dios, como no fué servido entendiéndose la mía, ni se quisiese encargar della, y veo fué todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús.

4. De esta vez quedé concertada con este caballero santo, para que alguna vez me viniese a ver. Aquí se vió su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo. Comenzóme a visitar, y animarme, y a decirme que no pensase que en un día me había de apartar de todo, que poco a poco lo haría Dios, que en cosas bien livianas había estado él algunos años, que no las había podido acabar consigo. ¡Oh, humildad, qué grandes bienes haces a donde estás, y a los que se llegan a quien la tiene! Decíame este santo (que a mi parecer con razón le puedo poner este nombre) flaquezas que a él le parecía que lo eran con su humildad para mi remedio, y mirado conforme a su estado, no era falta ni imperfección, y conforme al mío, era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias e importan tanto para comenzar a aprovechar a un alma y sacarla a volar, que aun no tiene plumas, como dicen, que no lo creará nadie sino quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios, vea esa merced ha de aprovechar mucho, lo digo aquí, que fué toda mi salud saberme curar, y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discreción poco a poco, dando maneras para vencer al demonio. Yo le comencé a tener tan grande amor, que no había para mí mayor descanso que el día que le veía, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho pareciéndome que por ser tan ruin no me veía.

5. Como él fué entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aun serían pecados, aunque después que le traté más enmendada estaba) y como le dije las

mercedes que Dios me hacía para que me diese luz, díjome que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas, que no podía dejar de temer mucho; porque le parecía mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; mas que pensase bien todo lo que entendía de mi oración y se lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender qué es y saberlo decir, ha poco que me lo dió Dios. Como me dijo esto con el miedo que yo traía, fué grande mi aflicción y lágrimas: porque cierto yo deseaba contentar a Dios, y no me podía persuadir a que fuese demonio, mas temía por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros para ver si sabría decir la oración que tenía, hallé en uno que se llama *Subida del monte*, en lo que toca a unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada (que esto era lo que yo más decía, que no podía pensar nada cuando tenía aquella oración): señalé con unas rayas la parte que eran, y dile para que él y el otro clérigo que he dicho, santo y siervo de Dios, lo mirasen y me dijesen lo que había de hacer; y que si les pareciese dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de meter en esos peligros, pues a cabo de veinte años casi que había que la tenía, no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener. Aunque también esto se me hacía recio, porque ya yo había probado cuál estaba mi alma sin oración: así que todo lo veía trabajoso como el que está metido en un río, que a cualquiera parte que vaya dél, teme más peligro y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande éste, y destos he pasado muchos como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender cómo se ha de probar el espíritu.

6. Y es grande cierto el trabajo que se pasa y es menester tiento en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir a mucho mal diciéndoles muy claro, es demonio; sino mirarlo muy bien, y apartarlas de los peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo como quien le cuesta harto trabajo, no lo tener algunas personas con quien he tratado mi oración, sino preguntando unos y otros por bien, me han hecho harto daño, que se han divulgado cosas que estuvieran bien secretas; pues no son para todos, y parecía las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha permitido el Señor para que yo padeciese. No digo que decían lo que trataba con ellos en confesión; mas como eran personas a quien yo daba cuenta por mis temores para que me diesen luz, parecíame a mí habían de callar. Con todo nunca osaba callar cosa a personas semejantes. Pues digo, que se avise con mucha discreción, animándolas y aguardando tiempo que el Señor las ayudará, como ha hecho a mí, que si no grandísimo daño me hiciera, según era temerosa y medrosa: con el gran mal de corazón que tenía, espantóme cómo no me hizo mucho mal.

7. Pues como di el libro y hecha relación de mi vida y pecados, lo mejor que pude (por junto, que no confesión por ser seglar, mas bien di a entender cuán ruin era) los dos siervos de Dios miraron con gran caridad y amor lo que me convenía. Venida la respuesta que yo con harto temor esperaba, y habiendo encomendado a muchas personas que me encomendasen a Dios, y yo con harta oración aquellos días con harta fatiga, vino a mí y dijome, que a todo su parecer de entrambos era demonio: que lo que me convenía era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, vernía; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión general, y de mi condición,

y todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la Confesión le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo; porque estaba en mucho peligro, si no había quien me gobernase. A mí me dió tanto temor y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro que parece el Señor me le puso en las manos, que decía San Pablo: Que era Dios muy fiel, que nunca a los que le amaban consentía ser del demonio engañado. Esto me consoló muy mucho. Comencé a tratar de mi confesión general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdome que como vi después que lo escribí tantos males y casi ningún bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima. También me daba pena que me viesen en casa tratar con gente tan santa como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más a no lo ser y quitarme de mis pasatiempos; y si esto no hacía que era peor, y así procuré con la sacristana y portera no lo dijesen a nadie. Aprovechóme poco, que acertó a estar a la puerta cuando me llamaron quien lo dijo por todo el convento. Mas ¡qué de embarazos pone el demonio, y qué de temores a quien se quiere llegar a Dios!

8. Tratando con aquel siervo de Dios que lo era harto y bien avisado, toda mi alma como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo a la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado a entender mortificación: y era así, que aun el nombre no me parece entendía, que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes,

que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien a muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo) que tenía mucha culpa, si no respondía a las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hízome gran confusión, llevóme por medios que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Díjome que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase dél, y que no pensase sino en la humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera, que no les diese lugar hasta que él me dijese otra cosa. Dejóme consolada y esforzada, y el Señor que me ayudó y a él para que entendiese mi condición y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer a mis confesores aunque imperfectamente, y casi siempre han sido estos benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó a tener mi alma como ahora diré.





## CAPITULO XXIV

PROSIGUE LO COMENZADO, Y DICE CÓMO FUE APROVECHANDO SU ALMA DESPUÉS QUE COMENZÓ A OBEDECER, Y LO POCO QUE LE APROVECHABA RESISTIR A LAS MERCEDES DE DIOS, Y CÓMO SU MAJESTAD SE LAS IBA DANDO MÁS CUMPLIDAS.

1. Quedó mi alma desta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa a que no me dispusiera; y así comencé a hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo: y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar a Dios, y como que dejaba libertad y no premio, si yo no me le pusiese por amor. Estuve así casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Cuanto a lo exterior víase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba a dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos y aun en la mesma casa: y de lo que antes hacía, razón tenían que era extremo; mas de lo que era obligado al hábito y profesión que hacía, quedaba corta. Gané deste resistir gustos y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque antes me parecía que para darme regalos en la oración, era menester mucho arrinconamiento y casi no me osaba bullir: después vi lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba divertirme, más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que me parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir y así era: yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mayor a hacer mercedes y a señalarse

mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese, que no era más en mi mano. Comencé a tomar de nuevo amor a la sacratísima humanidad, començóse a sentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento, y aficionarme a más penitencia de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Dijome aquel varón santo que me confesó, que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia me la quería dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracia para que me lo mandase, de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquier ofensa que hiciese a Dios por pequeña que fuese, de manera, que si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme hasta que me lo quitaba. Hacía mucha oración porque el Señor me tuviese de su mano, pues trataba con sus siervos no permitiese tornarse atrás que me parecía fuera gran delito y que habían ellos de perder crédito por mí.

2. En este tiempo vino a este lugar el Padre Francisco, que era duque de Gandía, y había algunos años que dejándolo todo había entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor, y el caballero que he dicho también vino a mí, para que le hablase y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante en ser muy favorecido y regalado de Dios, que como quien había mucho dejado por él, aun en esta vida le pagaba. Pues después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía que no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión; y que si después el Señor me llevase el espíritu que no lo resistiese, sino que dejase llevarle a su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dió la medicina y consejo; que hace mucho en esto

la experiencia: dijo que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada y el caballero también: holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba y daba avisos en lo que podía, que era mucho.

3. En este tiempo mudaron a mi confesor deste lugar a otro, lo que yo sentí muy mucho, porque pensé me había de tornar a ser ruin, y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto muy desconsolada y temerosa, no sabía qué hacer de mí. Procuróme llevar una parienta mía a su casa, y yo procuré ir luego a procurar otro confesor en los de la Compañía. Fué el Señor servido, que comencé a tomar amistad con una señora viuda de mucha calidad y oración, que trataba con ellos mucho. Hizo me confesara su confesor, y estuve en su casa muchos días: vivía cerca, yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que de sólo entender la santidad de su trato, era grande el provecho que mi alma sentía. Este Padre me comenzó a poner en más perfección. Decíame que para del todo contentar a Dios, no había de dejar nada por hacer: también con harta maña y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofendía a Dios con ellas, era mucha afición y parecíame a mí era ingratitud dejarlas: y así le decía que pues no ofendía a Dios, ¿que por qué había de ser desagradecida? El me dijo que lo encomendase a Dios unos días, y que rezase el himno de *Veni Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mejor. Habiendo estado un día mucho en oración y suplicando al Señor me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo vínome un arrebataimiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres sino con Angeles.* A mí me hizo

mucho espanto, porque el movimiento del ánimo fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras; así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que a mi parecer causó la novedad) me quedó.

4. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación, ni amor particular, sino a personas que entiendo le tienen a Dios, y le procuran servir, ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos, ni amigos, sino entiendo esto, o es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie; esto es así a todo mi parecer, sin ninguna falta. Desde aquel día yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien había querido en aquel momento (que no me parece fué más) dejar otra a su sierva. Así que no fué menester mandármelo más, que como me veía el confesor tan asida en esto, no había osado determinadamente decir que lo hiciese. Debía aguardar a que el Señor obrase, como lo hizo ni yo pensé salir con ello: porque ya yo mesma lo había procurado, y era tanta la pena que me daba, que como cosa que me parecía no era inconveniente, lo dejaba; y aquí me dió el Señor libertad y fuerza para ponerlo por obra. Así se lo dije al confesor, y lo dejé todo conforme a como me lo mandó. Hizo harto provecho a quien yo trataba ver en mí esta determinación. Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dió la libertad, que yo con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Como fué hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dió.





## INDICE

### DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

*Páginas.*

|                                                                                                                                                                                                                         |    |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| CARTA del P. M. Fr. Luis de León a las Madres priora Ana de Jesús, y religiosas carmelitas descalzas del Monasterio de Madrid. . . . .                                                                                  | 5  |
| CAPITULO I.—En que trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas; la ayuda que es para esto serlo los padres. . . . .                                                                 | 21 |
| CAP. II.—Trata cómo fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas. . . . .                                                                                                   | 25 |
| CAP. III.—En que trata cómo fué parte la buena compañía para tornar a despertar sus deseos; y por qué manera comenzó el Señor a darle alguna luz del engaño que había traído. . . . .                                   | 30 |
| CAP. IV.—Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse a sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad la comenzó a dar. . . . .                                                                    | 34 |
| CAP. V.—Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué a curar. . . . . | 41 |
| CAP. VI.—Trata de lo mucho que debió al Señor en darle conformidad con tan grandes trabajos; y cómo tomó por medianero y abogado al glorioso San Josef, y lo mucho que le aprovechó. . . . .                            | 48 |
| CAP. VII.—Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el señor le había hecho, y cuán perdida vida comenzó a tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas. . . . .    | 55 |
| CAP. VIII.—Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oración para no perder el alma; y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade                                                     |    |

- a que todos la tengan. Dice como es tan gran ganancia, y que, aunque la tornen a dejar, es gran bien usar algún tiempo de tan gran bien. . . . . 68
- CAP. IX.—Trata por qué términos comenzó el Señor a despertar su alma, y darle luz en tan grandes tinieblas, y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle. . . . . 76
- CAP. X.—Comienza a declarar las mercedes que el Señor la hacía en la oración, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide a quien esto envía, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere; pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que le hace el Señor. . . . . 81
- CAP. XI.—Dice en qué está la falta de no amar a Dios con perfección en breve tiempo: comienza a declarar por una comparación que pone, cuatro grados de oración: va tratando aquí del primero: es muy provechoso para los que comienzan, y para los que no tienen gustos en la oración. . . . . 88
- CAP. XII.—Prosigue en este primer estado; dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer hasta que el Señor haga subir el espíritu a cosas sobrenaturales y extraordinarias. . . . . 98
- CAP. XIII.—Prosigue en este primer estado, y pone avisos para algunas tentaciones que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso. . . . . 103
- CAP. XIV.—Comienza a declarar el segundo grado de oración, que es ya dar el Señor al alma a sentir gustos más particulares. Decláralo para dar a entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar. . . . . 114
- CAP. XV.—Prosigue en la misma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oración de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan a tener esta oración, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan. . . . . 121
- CAP. XVI.—Trata del tercer grado de oración, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí. . . . . 130
- CAP. XVII.—Prosigue en la misma materia de declarar este tercer grado de oración: acaba de declarar los

- efectos que hace: dice el impedimento que aquí hace la imaginación y memoria. . . . . 135
- CAP. XVIII.—En que trata del cuarto grado de oración; comienza a declarar por excelente manera la gran dignidad en que el Señor pone al alma que está en este estado: es para animar mucho a los que tratan oración, para que se esfuercen de llegar a tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia; porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar. . . . . 141
- CAP. XIX.—Prosigue en la misma materia, comienza a declarar los efectos que hace en el alma este grado de oración. Persuade mucho a que no tornen atrás, aunque después de esta merced tornen a caer, ni dejen la oración. Dice los daños que vernán de no hacer esto: es mucho de notar, y de gran consolación para los flacos y pecadores. . . . . 149
- CAP. XX.—En que trata la diferencia que hay de unión a arrobamiento: declara, qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma, que el Señor por su bondad llega a él: dice los efectos que hace. . . . . 158
- CAP. XXI.—Prosigue y acaba este postrer grado de oración: dice lo que siente el alma que está en él de tornar a vivir en el mundo, y de la luz que dá el Señor de los engaños dél: tiene buena doctrina. . . . . 172
- CAP. XXII.—En que trata cuán seguro camino es para los contemplativos no levantar el espíritu a cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplación la Humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo; es muy provechoso este capítulo. . . . . 179
- CAP. XXIII.—En que torna a tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó a tratar de más perfección, y por qué medios: es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oración, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar. . . . . 191
- CAP. XXIV.—Prosigue lo comenzado, y dice cómo fué aprovechando su alma después que comenzó a obedecer, y lo poco que le aprovechaba resistir a las mercedes de Dios, y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas. . . . . 200





# Año Cristiano y Vida de los Santos

entresacadas y extractadas de los autores más autorizados, P. Rivadeneira, P. Croisset, etc., etc.

POR

TEODOMIRO MORENO DURAN

Obra ilustrada con grabados y precedida de un prólogo

DEL

R. P. AGUSTÍN MÁS FOLCH

*(Publicada con licencia eclesiástica)*

Conocer las vidas de los Santos es casi un deber de todo creyente y un ejercicio meritorio y saludable para cuantos deseen ajustar sus actos a las normas del bien.

Los hombres de estos tiempos, espíritus oscilantes como velas encendidas y expuestas al viento, según la frase de Fenelón, se preocupan apenas de educar la inteligencia, fecunda potencia del alma, por cuya virtud las más grandes lumbreras de la humanidad, sabios, artistas, héroes, produjeron en todas las épocas obras admirables y llevaron a cabo gigantescas empresas. Principio y complemento de esta cultura ha de ser la del estudio de los que, como dice un pensador, «sólo son bienhechores de la humanidad, los que hicieron reinar la virtud en el mundo».

Esta obra está editada en **doce tomos**, uno para cada mes, 20 x 13, de 200 a 306 páginas cada uno, con 134 láminas en total, reproducción de los cuadros más famosos de los museos. En rústica, con cubiertas alegóricas, **18 pesetas**, y en tela, con planchas doradas, y con estuche librería para colocarlo, **42 pesetas**.



\*  
♦♦♦♦♦

**VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS**

♦♦♦♦♦

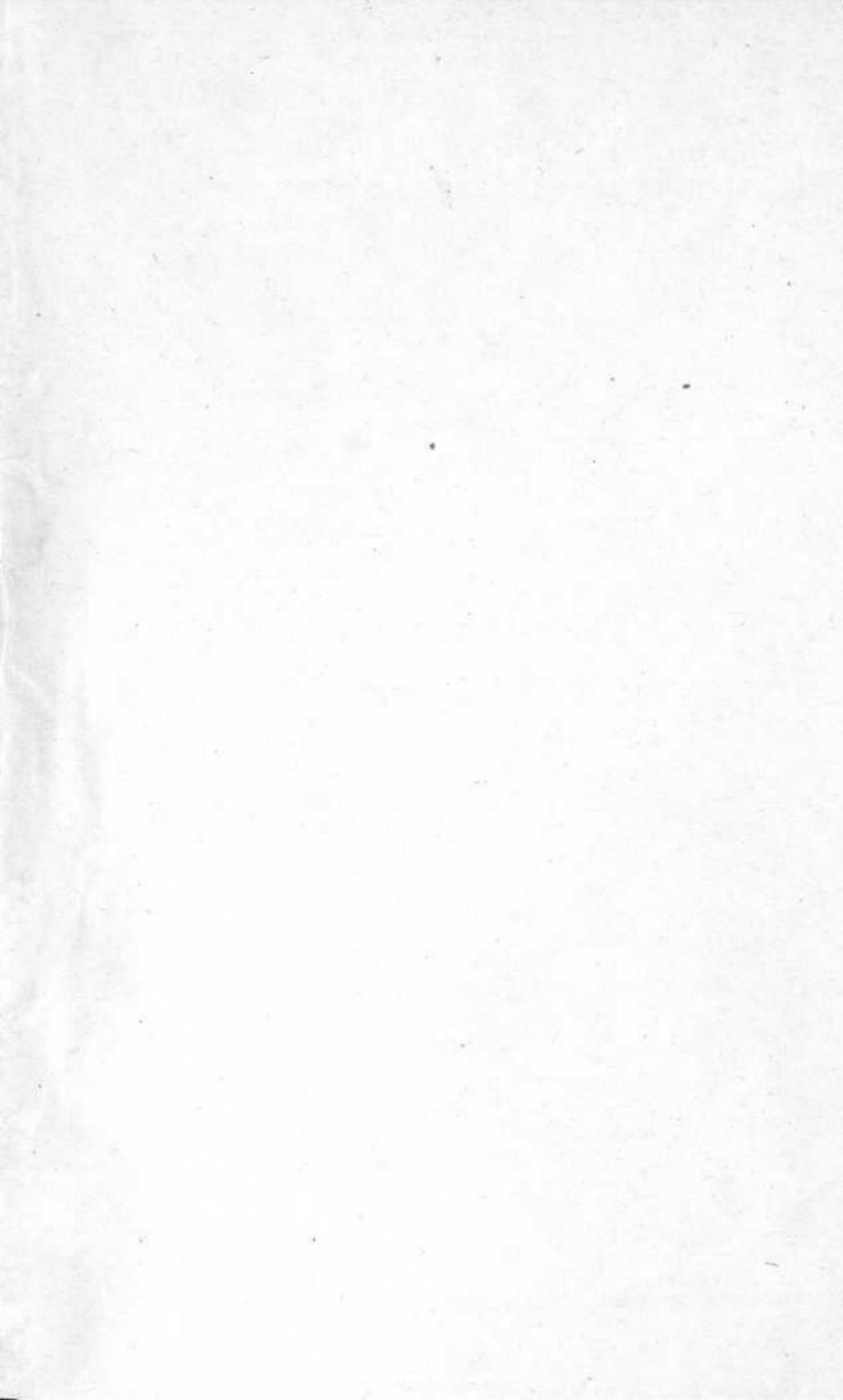
omo I

♦♦♦♦♦

asa Editorial  
MATECI  
A...





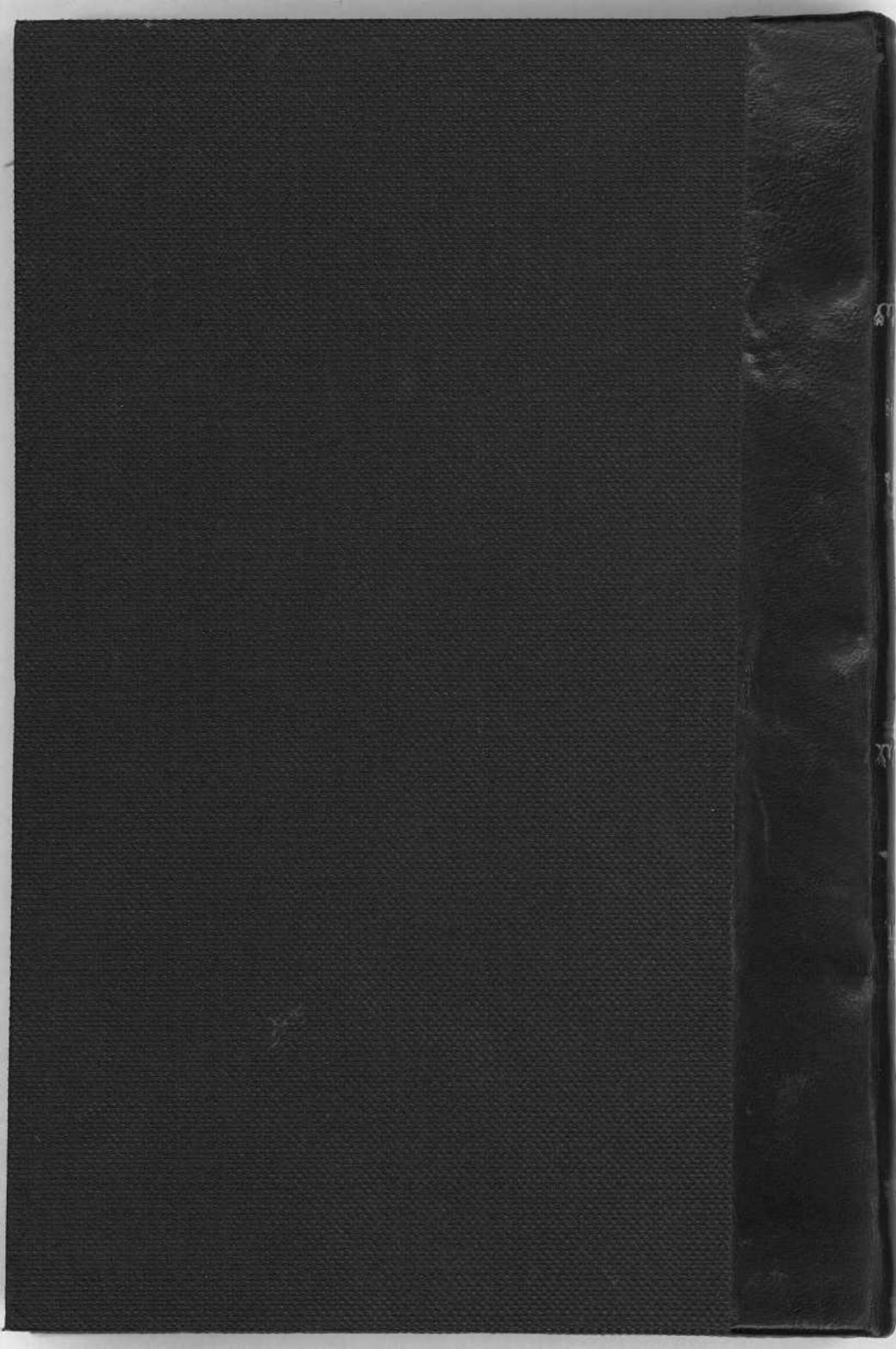








96-8-3480





VIDA DE

SNT. TERESA



I

